J. GRESHAM MACHEN



CRISTIANISMO Y LIBERALISMO



Cristianismo y Liberalismo

CRISTIANISMO Y LIBERALISMO

J. Gresham Machen

PREFACIO

El 3 de noviembre de 1921 el autor del presente libro dio un discurso ante los Ancianos del Presbiterio de la Asociación de Chesterton que posteriormente fue publicado en *The Princeton Review*, vol. Xx, 1922, pp. 93-117, bajo el título “Liberalismo o Cristianismo.” El discurso generó tal interés que motivó al autor a escribir una extensa obra acerca del mismo tema. Por cortesía del *Princeton Theological Review* se permitió el uso libre del discurso, considerado el núcleo del presente libro. Un agradecido reconocimiento se debe también al editor de *The Presbyterian* por permitir generosamente el uso de varios artículos breves que se publicaron en la misma edición. Las divisiones principales del tema del libro fueron sugeridas originalmente por el Reverendo Paul Martin de Princeton, a quien, sin embargo, no se le ha consultado respecto a cómo han de ser tratado dichos temas.

CONTENIDO

Capítulo I

Introducción

El propósito de este libro no es resolver el tema religioso del momento, sino más bien presentar ese tema religioso actual con la mayor claridad y nitidez posible, con el objetivo de ayudar al lector a evaluarlo por sí mismo. No resulta popular hoy, en absoluto, presentar tales cuestiones con tanta claridad y nitidez. Muchos prefieren pelear sus batallas intelectuales desde "un bajo perfil," como lo ha descrito acertadamente el Doctor Francis L. Patton. Ser claros con las definiciones de términos en asuntos religiosos y enfrentarse a las implicancias lógicas de la perspectiva religiosa constituye, para muchos, un procedimiento impío. Podría desmotivar, temen, la contribución de la misión de juntas. Podría obstaculizar el progreso de la consolidación y producir una lastimosa muestra de estadísticas de la Iglesia. Pero con tales personas es imposible llegar a acuerdos. La luz, puede parecer, muchas veces, una intrusa impertinente; pero al final, su presencia será siempre beneficiosa. El tipo de religión que se deleita en el sonido piadoso de frases tradicionales, sin importarle su significado, o que retrocede ante temas controversiales, no será capaz de mantenerse en pie frente a los choques de la vida. En el ámbito de la religión, así como en otros ámbitos, los temas en los cuales los hombres están de acuerdo son aquellos de menor importancia; sin embargo, están dispuestos a pelear por aquellos temas de menor relevancia.

En particular, en el ámbito de la religión, estos son tiempos de conflictos. La gran religión de la redención, que ha sido conocida siempre como cristianismo, está

batallando en contra de una creencia religiosa completamente distinta, la cual, usando terminología tradicionalmente cristiana, se hace aún más destructiva. Esta religión moderna, que no tiene nada de redentora, se llama “modernismo” o “liberalismo.” Ambos nombres son insatisfactorios; el segundo, en particular, atrae muchos cuestionamientos. Al movimiento llamado "liberalismo" se le denomina "liberal," pero sólo por parte de sus aliados. En cambio, para sus oponentes, el término pareciera ignorar muchos hechos relevantes. El movimiento es tan variado en sus manifestaciones que sería difícil encontrar un nombre que se pudiera aplicar acertadamente a cada una de sus formas. Muchas son sus formas pero todas tienen un origen común: el naturalismo, esto es, la negación de cualquier influencia del poder creador de Dios (a diferencia del orden natural de las cosas) en conexión al origen del cristianismo. Aquí el término "naturalismo" se usa en un sentido diferente a su significado filosófico. En su sentido no–filosófico, describe acertadamente lo que se denomina religión “liberal,” término que podría ser una degradación de un nombre originalmente noble.

El crecimiento de este liberalismo naturalístico moderno no es producto del azar, sino que ha sido ocasionado por cambios importantes en las condiciones de vida de los últimos tiempos. En el último siglo se ha evidenciado el comienzo de una nueva era en la Historia de la humanidad, la cual puede traer pesar, pero no puede ser ignorada ni por el conservadurismo más obstinado. No es un cambio que se mantiene bajo superficie, visible sólo para aquellos con un mayor discernimiento; al contrario, es claramente visible para el común de la gente. Las invenciones modernas y el industrialismo que se construyó sobre estas, nos han dado, de muchas maneras, un nuevo mundo. Tal como nos es imposible salir de la atmósfera en la cual respiramos, nos es imposible salir de este nuevo mundo.

Los cambios en las condiciones materiales de vida no son los únicos; estos se producen por fuertes cambios en la mente del hombre, los cuales, vienen consecuentemente por cambios en su espiritualidad. El presente mundo industrial no se produce por fuerzas ciegas de la naturaleza, sino por la actividad consciente del espíritu del ser humano; los cambios son consecuencia de los logros de la ciencia.

La expansión del conocimiento humano es el hecho más sorprendente de los últimos tiempos, el cual crece tomado de la mano del perfeccionamiento del instrumento de investigación, llegando a tal punto el logro que se percibe como ilimitada su posibilidad de avance en el ámbito material.

La aplicación de métodos científicos modernos es casi tan amplia como el universo en el cual vivimos. Aun cuando los logros en el campo de la física y química son los más palpables, no se puede aislar el resto de la vida de este análisis científico. Junto a las otras ciencias ha aparecido una nueva ciencia de la Historia, la cual, junto a la de la psicología y de la sociología, reclama absoluta igualdad a sus ciencias hermanas, aunque no lo merezca. Ningún departamento del conocimiento humano logra hoy aislarse de esta sed insaciable moderna por la conquista científica. Este viento inmisericorde se lleva todo tratado de inviolabilidad, sea o no canonizado por la tradición ancestral.

En esta época es evidente que cualquier herencia del pasado será expuesta a la luz de la crítica, y de hecho, muchas creencias se han derrumbado ante esta exigente prueba. Más aun, cualquier dependencia de una institución al pasado a menudo se interpreta como una presunción indebida que milita en contra en vez de a favor de la creencia. El hombre ha tenido que renunciar a tantas convicciones que ha llegado a creer que ninguna convicción debería ya existir.

Si tal moda de pensamiento es justificable, entonces no hay otra institución que encare una presunción más fuerte y hostil que la del cristianismo, ya que no hay institución que se fundamente de forma tan completa en la autoridad de épocas pasadas.

No estamos investigando si esta política es sabia o históricamente justificable; en todo caso, el hecho es simple, durante siglos el cristianismo no ha apelado a la veracidad de sus afirmaciones, simplemente o primeramente en base a la experiencia, sino que se basa en un grupo de libros, de los cuales el más reciente fue escrito hace aproximadamente diecinueve siglos. Con razón, hoy en día, se critica tal apelación, entendiendo que los autores del libro en cuestión eran hombres de su propia época, cuyas perspectivas sobre el mundo material, juzgados bajo estándares modernos, deben haber sido de lo más simples y burdas. Inevitablemente surge el cuestionamiento si las opiniones de aquellos hombres pueden definir normas hoy; en otras palabras, si la religión del primer siglo puede mantenerse en pie al lado de la ciencia del siglo XX.

Aun cuando es posible responder a tal cuestionamiento, este presenta un gran problema para la iglesia moderna. Muchas veces se intenta dar una respuesta más simple de lo que, a primera vista, pareciera ser. Se dice que la religión está tan separada de la ciencia, que si ambas se definen correctamente, no es posible llegar a un conflicto entre ellas. Pero este intento de separación es seriamente objetable, lo cual se intenta demostrar en las próximas páginas. Se debe observar que aun si es justificable tal separación, ésta no se logra sin esfuerzo; eliminar el problema de la ciencia y la religión constituye un problema en sí mismo. De hecho, correcta o incorrectamente, la religión en sí misma se conecta a muchas convicciones, sobre todo en el ámbito de la Historia, lo cual puede invocar temas de investigación científica, tal como los científicos investigadores se han

adherido, muchas veces, correcta o incorrectamente, a conclusiones que afectan profundamente los campos de filosofía y religión. Por ejemplo, si se le preguntara a un cristiano común y corriente, hace un siglo o incluso hoy en día, qué pasaría con su religión si la Historia probara irrefutablemente que nunca existió tal hombre llamado Jesús en el primer siglo de nuestra era, sin duda él debiera responder que su creencia moriría. La investigación de los eventos ocurridos en el primer siglo en Judea, al igual que la investigación de eventos en Italia o Grecia, pertenecen al campo científico de la Historia. En otras palabras, nuestro cristiano común y corriente, correcta o incorrectamente, sabia o neciamente, ha conectado su religión, de tal forma indisoluble, con convicciones de las cuales la Historia también tiene derecho a hablar. Ahora, si esas convicciones, aparentemente religiosas, que pertenecen al campo de la ciencia, no son realmente religiosas, la misma demostración de este hecho no es trivial. Aun si el problema de la ciencia y la religión se reduce a desentrañar la religión de añadidos seudo–científicos, la seriedad del problema no se ve disminuida. Por lo tanto, desde cualquier punto de vista, el problema en cuestión es muy preocupante para la Iglesia. ¿Cuál es la relación entre el cristianismo y la cultura moderna? ¿Puede el cristianismo sobrevivir en una era científica?

Este es el problema que el liberalismo moderno intenta resolver. Admitiendo que puedan surgir objeciones científicas en contra de las particularidades de la religión cristiana—en contra de la doctrina cristiana acerca de la persona de Cristo, y la redención mediante Su muerte y resurrección—el teólogo liberal busca rescatar algunos principios de la religión, para los cuales dichas particularidades se consideran simples símbolos, y considera que tales principios constituyen “la esencia del cristianismo.”

Es cuestionable si tal método de defensa es realmente eficaz; pues una vez abandonada su defensa exterior al enemigo, retirándose a algún tipo de ciudadela interior, el apologista probablemente descubrirá que aún en aquel lugar, el enemigo lo perseguirá. El materialismo moderno, sobre todo en el campo de psicología, no se contentará con ocupar los barrios más bajos de la ciudad cristiana, sino que avanzará hasta los mayores alcances de la vida; se opone al idealismo filosófico del predicador tanto como se opone a las doctrinas bíblicas que el predicador liberal ha dejado de lado en búsqueda de la paz. Meramente conceder terreno de esta forma, jamás logrará evitar el conflicto intelectual. Hoy en día, en la batalla intelectual, no puede haber "paz sin victoria"; alguno de los dos bandos debe ganar.

Sin embargo, es posible que la ilustración que se acaba de presentar dé la impresión equivocada; podría parecer que lo que el teólogo liberal retiene, luego de abandonar, una tras otra, las doctrinas cristianas, sea algo tan distinto al cristianismo, que ni siquiera pertenezca ya dentro de la categoría de tal religión.

Se podría, incluso, llegar a concluir que los temores del hombre moderno con respecto al cristianismo no tienen verdadero asidero, y que al abandonar las murallas que fortificaban la ciudad de Dios han llegado a habitar la planicie de una religión vaga y natural, vulnerable ante el enemigo que siempre acecha.

Por tanto, se levantan dos líneas de crítica respecto al intento liberal de conciliar la religión con la ciencia. Se puede criticar al liberalismo moderno (1) de no ser cristianismo y (2) de no ser científico. Nos ocuparemos principalmente con la primera línea de crítica intentando mostrar que a pesar del uso de terminología y frases tradicionales, el liberalismo moderno no es sólo una religión distinta al cristianismo, sino

que pertenece a una clase totalmente distinta de religiones. Pero, al mostrar que el intento moderno de rescatar al cristianismo es un intento falso, no estamos mostrando que no hay forma de rescatar al cristianismo. Al contrario, podríamos llegar a concluir, aun en este pequeño libro, que no es el cristianismo del Nuevo Testamento el que está en conflicto con la ciencia, sino el supuesto cristianismo de la iglesia moderna liberal, y que la verdadera ciudad de Dios, tiene suficientes armas de defensa para protegerse de los asaltos de la incredulidad contemporánea. Sin embargo, nuestra principal preocupación es respecto del otro lado del problema. Nos esforzaremos en demostrar que el intento liberal por reconciliar el cristianismo con la ciencia moderna ha implicado renunciar a todo lo distintivo del cristianismo, y que lo que en efecto queda es en esencia el tipo de aspiración religiosa indefinida que existía en el mundo antes de que el cristianismo apareciera en escena. Al intentar eliminar todos los elementos del cristianismo que podrían llegar a objetarse en el nombre de la ciencia, al tratar de sacar al enemigo de encima evitando el conflicto, darle las concesiones que más al enemigo le encantan, el apologista, en efecto, ya abandonó todo lo que buscaba defender en un comienzo. Al igual que en muchos ámbitos de la vida, las cosas que parecen ser las más difíciles de defender son las más valiosas y dignas de ser defendidas.

Al decir que el liberalismo en la iglesia moderna representa un vuelco a una religión no-cristiana o sub-cristiana, nos preocupa particularmente que no se malentienda lo dicho. Hablar de una religión "no-cristiana" al hacer esta conexión, muchas veces es visto como un oprobio, pero esa no es nuestra intención. Sócrates, por ejemplo, no era cristiano, ni tampoco Goethe; sin embargo, estamos completamente de acuerdo con el respeto que se les ha de dar. Se destacan inconmensurablemente respecto al común de la gente; si alguno menor en el reino de los cielos es mayor que ellos, claramente no es por

una superioridad inherente, sino en virtud de un privilegio inmerecido, el cual en vez de desdén producirá humildad en él.

Tales consideraciones no debieran reducir la importancia de la pregunta en cuestión. Si pudiéramos imaginar una condición en que la predicación en la Iglesia fuera completamente controlada por el liberalismo, lo cual en muchos lugares ya es preponderante, creeríamos que el cristianismo finalmente habría muerto y que el Evangelio habría sonado por última vez. De ser así, se desprende que el tema en cuestión que más nos concierne y que estamos investigando es inconmensurablemente más importante que cualquier tema que la Iglesia deba enfrentar. Mucho más importante que las preguntas acerca de métodos de predicación, la raíz de la pregunta es qué debemos predicar.

Sin lugar a dudas, muchos se impacientarán y dejarán de lado los cuestionamientos respecto al tema. Por ejemplo, todos aquellos que plantean la pregunta expresando su incapacidad de concebir que tal pregunta deba volver a abrirse y responderse. Tal es el caso de los "pietistas," de los cuales aún hay muchos. "¿Qué?," dirían, "¿Hay alguna necesidad de argumentar en defensa de la Biblia? ¿Acaso no es la Palabra de Dios, la cual contiene verdad en sí misma, certidumbre inmediata y que sólo podría ser oscurecida en su defensa? Si la ciencia se contradice con la Biblia, ¡lástima por la ciencia!" A este tipo de personas les brindamos el más alto respeto, pues creemos que han acertado el punto más importante. Han llegado a través de un camino rápido y directo a la convicción que muchos otros reciben mediante un gran esfuerzo intelectual. Pero no podemos esperar que estén interesados en lo que queremos decir.

Hay otro grupo de personas desinteresadas que es mucho más numeroso. Consiste en aquellos que ya han respondido el tema y llegado a una conclusión definitiva, pero hacia el lado opuesto. Si uno de estos llegara a tener en sus manos este pequeño libro, no dudaría en dejarlo de lado, considerándolo como un intento más de defender una posición derrotada, sin esperanzas. Ellos dirán que al igual que existen personas que creen que la tierra es plana, hay otros que creen y defienden el cristianismo, la Iglesia, los milagros, la expiación y todo el resto. En ambos casos, se dirá, que son interesantes ejemplos de un desarrollo estacionario, pero que no vale más que eso.

Tal forma de cerrar el argumento, sin embargo, aunque finalmente se pueda o no comprobar, se basa en realidad en una visión imperfecta de la situación. Sobrestima exageradamente los logros de la ciencia. Tal como se ha observado, la ciencia ha logrado mucho, ha contribuido en muchas maneras a la creación de este nuevo mundo; pero existe otro aspecto del panorama que no debe ser ignorado. El mundo moderno representa, en muchos aspectos, grandes avances en relación al mundo de nuestros ancestros, pero en otros aspectos representa un lamentable declive. Los avances se aprecian en las condiciones físicas de la vida, pero, correspondientemente, en el ámbito espiritual hay pérdidas. Las pérdidas son, probablemente, más claras en el ámbito del arte. A pesar de la gran revolución que se ha producido y manifestado en las condiciones de vida externas, no existe ni siquiera un buen poeta que haya sobrevivido para celebrar el cambio. El ser humano se ha puesto torpe. Han dejado de existir, también, los grandes pintores, músicos y escultores. El arte que aún subsiste se origina mayormente sobre la base de la imitación, y cuando no, tiende a ser un tanto extraño.

Incluso el valor y la apreciación que se le da a las obras gloriosas del pasado poco a poco se pierden bajo la influencia de una educación utilitarista que solamente se

preocupa de producir el bienestar físico. El gran libro “The Outline of History” de H.G. Wells, orgulloso en su absoluta eliminación de todo elemento espiritual de los rangos superiores de la vida humana, es un libro profundamente moderno.

Este declive sin precedentes en la literatura y el arte es sólo una manifestación de un fenómeno de mucho mayor alcance. Es sólo un ejemplo de cómo el hombre ha reducido su rango de capacidades y personalidad en este mundo moderno. Todo el desarrollo del mundo moderno ha limitado fuertemente el ámbito de la libertad del individuo. La tendencia se observa claramente en el socialismo: un estado socialista reduce al máximo la libertad de opción del individuo. Bajo un gobierno socialista, el trabajo y la recreación serían prescritos y no existiría la libertad del individuo. Pero la misma tendencia se aprecia hoy día, aun en esas comunidades donde el comunismo es aborrecido. Una vez que la mayoría ha determinado que un régimen gubernamental es beneficioso, el mismo régimen es forzado sin misericordia sobre el individuo.

Al parecer, a las legislaturas modernas no se les ocurre que aun cuando el “bienestar” es bueno, el bienestar “a la fuerza” puede ser malo. En otras palabras, el utilitarismo se encamina hacia a sus propias conclusiones lógicas; frente al interés del bienestar físico, los grandiosos principios de la libertad se lanzan al viento sin piedad.

El resultado es un empobrecimiento incomparable de la vida humana. La personalidad sólo puede desarrollarse en el mundo de la libertad de elección. En el estado moderno, este mundo merma lenta pero firmemente. Esta tendencia se hace presente de forma especial en la esfera de la educación. Se piensa que el propósito de la educación es producir el mayor nivel de felicidad para la mayor cantidad de gente posible. Más aun, se dice que el mayor nivel de felicidad para la mayor cantidad sólo se puede definir según la

voluntad de la mayoría, que hay que evitar las idiosincrasias en educación y quitarles el derecho a los padres de escoger la educación de sus hijos, dejando esa elección en las manos del estado. Luego, el estado ejercita su autoridad por medio de los instrumentos que han preparado, y de inmediato, el niño es puesto bajo el control de expertos sicólogos, quienes no tienen el más mínimo conocimiento de las esferas más altas o espirituales de la vida humana; quienes, a su vez, impiden que aquellos que caen bajo su cuidado adquieran tal conocimiento. Tal resultado ha tardado en Norteamérica debido a los remanentes del individualismo anglosajón, pero muchas señales indican que esta posición media ya no podrá sobrevivir. La libertad se pierde con facilidad cuando sus principios fundamentales se entregan. Durante un tiempo se pensaba que el utilitarismo que entró en boga a mediados del siglo diecinueve sería un asunto netamente académico, sin influencia sobre el diario vivir. Pero se ha probado que tales apariencias han sido engañosas. La tendencia dominante, aun en un país como los Estados Unidos, que antiguamente se jactaba de su libertad de reglamentos burocráticos en los detalles de la vida, se dirige hacia un utilitarismo monótono en el cual se perderán todas de sus más altas aspiraciones.

Manifestaciones de estas tendencias son claramente visibles, por ejemplo, en el estado de Nebraska, donde actualmente se promulga una ley en la cual se prohíbe a los profesores, en cualquier estado, de cualquier colegio, público o privado, dar instrucciones a los alumnos en cualquier idioma que no sea el inglés, permitiendo, a su vez, sólo el estudio del inglés, a menos que el alumno se haya graduado del 8vo grado, y haya pasado un examen que debe rendir en la superintendencia del condado[1]. En otras palabras, se le prohíbe aprender un idioma foráneo, aparentemente incluyendo el griego y latín, hasta no

[1] Laws, Resolutions and Memorials por la legislatura del estado de Nebraska, durante la sesión número 37, 1919, capítulo 249, p. 1019.

tener la edad que le impedirá aprender bien el idioma. Es así como el colectivismo moderno lidia con un tipo de estudio que es absolutamente esencial para el genuino avance intelectual de todo niño. Las mentes de las personas en el estado de Nebraska y en cualquier otro estado que sostiene leyes similares[2] permanecerán, bajo el poder del estado, en un estado de desarrollo estática.

Con este tipo de leyes pareciera que el oscurantismo encontró su punto más bajo, pero hay lugares más bajos aún. En el estado de Oregon, en el día de las elecciones, se aprobó una ley mediante un plebiscito el cual declaraba que cada niño debía estudiar en un colegio público. Los colegios privados y cristianos, por lo menos en cursos más bajos, dejaron de existir. Permaneciendo esta actitud de la gente, este tipo de leyes pronto se esparcirá mucho más allá de los límites de un estado, lo que significa, por supuesto, la total destrucción de la verdadera educación.

Cuando uno considera lo que ya han llegado a ser las escuelas de Estados Unidos—su materialismo, su desmotivación por cualquier tipo de esfuerzo intelectual sostenido, su motivación por estas peligrosas modas seudo científicas de psicología experimental—uno sólo puede horrorizarse ante la idea de esta sociedad en la cual no existe escapatoria de tal sistema asesino de almas. Pero el principio de tales leyes y su tendencia final son mucho peor que los resultados[3] inmediatos. Un sistema de colegios

---

[2] Compare, por ejemplo, Legislative Acts of the General Assembly de Ohio, Vol. cviii, 1919, pp. 614f.; y Acts and Joint Resolutions of the General Assembly of Iowa, 1919, Chapter 198, p. 219.

[3] Este principio maligno se ve con mayor claridad en las denominadas “Lusk Laws” en el estado de Nueva York. Una de estas se refiere a los profesores de colegios públicos. La otra sostiene que “Ninguna persona, compañía, corporación o sociedad puede conducir, mantener u operar ningún colegio, instituto, clase o curso de instrucción en ninguna materia sin que haya aplicado y se le haya concedido el permiso de parte de la Universidad del Estado de Nueva York para conducir, mantener u operar tal instituto, colegio, clase o curso.” Además sostiene que “Una Institución, colegio, clase o curso que reciba el permiso mencionado en esta sección estará sujeta a la visita de oficiales y empleados de la Universidad del Estado de Nueva York.” Ver “Laws of the State of New York, 1921, Vol. III cap. 667, pp. 2049-2051. Esta ley es elaborada en forma tan amplia que no podría ser reforzada ni siquiera por el ejército alemán completo, con su eficiencia pre-segunda guerra, ni por todo el sistema de espionaje del Czar. La medida de la fuerza aplicada queda a discreción de los oficiales, y los ciudadanos quedan constantemente bajo el peligro de esa

públicos, en sí mismo, es definitivamente un beneficio enorme para la humanidad. Pero es beneficioso sólo si se mantiene saludable en el tiempo mediante la posibilidad absolutamente libre de la competencia de colegios privados. Un sistema de colegiatura público que provee educación gratuita para aquellos que lo necesiten, es un digno y beneficioso logro de los tiempos modernos; pero una vez que se vuelve monopolista, es el instrumento tiránico más grande que jamás se haya conocido. La libertad de pensamiento en la Edad Media se combatió mediante la inquisición, pero este método moderno es mucho más efectivo. Poner la vida de los niños en sus años de formación, a pesar de las convicciones de sus padres, bajo el control de expertos nombrados por el estado, luego obligarlos a asistir a colegios donde se destruyen las más altas aspiraciones del ser humano y donde la mente se llena del materialismo de la época—entonces será difícil incluso imaginar cómo los remanentes de la libertad podrán sobrevivir. Tal tiranía, apoyada por esta técnica perversa utilizada como instrumento para destruir el alma humana es, definitivamente, mucho más peligrosa que cualquier tiranía cruel del pasado, que a pesar de haber usado armas y espadas, permitieron, al menos, que el pensamiento estuviera en libertad.

La verdad es que permitir que el paternalismo materialista de nuestros días no sea examinado, hará rápidamente de los Estados Unidos una enorme "Gran Avenida," en

---

intolerante interferencia en la vida privada, resultado de la aplicación de las medidas a los "cursos de pedagogía." Una de las exenciones es muy mala, en particular. "La licencia no podrá ser requerida," sostiene la ley, "por colegios establecidos y mantenidos, de ahora en adelante, por una denominación religiosa o secta, reconocida como tal, durante el tiempo que esta sección se lleve a cabo." Uno puede gozarse en que las iglesias actuales están libres, en este tiempo, de la amenaza de la ley. Pero en principio la limitación de la extensión para las iglesias existentes es realmente contraria al principio fundamental de la libertad religiosa, porque crea una distinción entre las religiones establecidas y las no establecidas. Siempre hubo tolerancia para cuerpos religiosos establecidos, aun en el Imperio Romano; pero la libertad religiosa consiste en derechos igualitarios para nuevas cuerpos religiosos. Las otras exenciones no disminuyen ni en lo más mínimo el carácter opresivo de la ley. Así tan malos son los resultados inmediatos de la ley, más alarmante aún es lo que revela acerca de la gente. Gente que tolera este tipo de leyes es gente que se ha alejado mucho de los principios de libertad de los Estados Unidos. El verdadero patriotismo no conciliará con la amenaza, sino que buscará guiar al pueblo hacia los principios que nuestros padres, en América e Inglaterra, estuvieron dispuestos a defender hasta la muerte. Hay algunas señales de que las Leyes "Lusk" podrían ser derogadas. De ser así, nos servirán de ejemplo de que hay que estar muy atentos para preservar la libertad.

donde no habrá motivación para la aventura espiritual y la democracia estará restringida a las proporciones reducidas de la humanidad menos dotada. ¡Que Dios nos conceda la posibilidad de reaccionar, y que los grandes principios anglosajones de libertad se redescubran antes de que sea muy tarde! Pero sea cual sea la solución para los problemas sociales y educacionales de nuestro país, es necesario detectar la condición lamentable presente en el mundo en general. Es imposible negar que los grandes hombres son pocos o ya no existen, y que se ha observado una restricción en el área de la vida personal. El crecimiento material ha ido mano a mano con el declive espiritual.

Tal condición en el mundo debiera llevarnos a una decisión entre modernismo y tradicionalismo, liberalismo y conservadurismo, con un acercamiento libre de los prejuicios que tan a menudo se exponen. En vista de los lamentables defectos de la vida moderna, un tipo de religión no puede ser elogiado simplemente por ser moderno, ni condenado por el hecho de ser antiguo. Al contrario, la condición del hombre es tal, que vale la pena cuestionarse qué fue lo que produjo en los hombres del pasado tanta grandeza y en los del presente tal pequeñez. En medio de todos los logros materiales de la modernidad, es bueno preguntarse que si al ganar el mundo entero no estaremos perdiendo nuestras propias almas. ¿Estaremos para siempre condenados a vivir la vida sórdida del utilitarismo? ¿O existe algún secreto oculto que de ser descubierto restaurará algo de las glorias del pasado en la humanidad? El autor de este pequeño libro descubriría tal secreto en la religión cristiana. Pero la religión cristiana a la cual nos referimos definitivamente no es la religión de la iglesia liberal moderna, sino un mensaje de gracia divina, prácticamente olvidado hoy, como sucedió en la Edad Media, pero destinado a abrir paso una vez más en los tiempos de Dios, en una nueva reforma, para traer luz y libertad a la humanidad. Lo que el mensaje es, sólo puede ser claramente explicado, al igual que toda definición, por medio de la exclusión, por medio del contraste. Al exponer

el liberalismo actual, que prácticamente domina en la Iglesia hoy, en contra del cristianismo, no estamos motivados por propósitos negativos ni polémicos; al contrario, al mostrar lo que el cristianismo no es, esperamos ser capaces de mostrar lo que el cristianismo es para que el hombre pueda alejarse de los elementos débiles y miserables, y recurrir nuevamente a la gracia de Dios.

Capítulo II

Doctrina

El liberalismo moderno en la Iglesia, como sea que se le juzgue, ya no es, en ningún caso, un tema simplemente académico. Ya no es tema, simplemente, de seminarios teológicos y universidades. Al contrario, sus ataques en contra de los fundamentos de la fe cristiana se están llevando a cabo en las escuelas dominicales, en el púlpito y en la prensa religiosa. Si tales ataques son injustificados, la solución no se encuentra, como muchos devotos han sugerido, en la abolición de los seminarios bíblicos, o en el abandono de la teología con fundamentos científicos, sino más bien en la búsqueda seria de la verdad y una devoción leal a ella, una vez que se encuentre.

En los seminarios teológicos y universidades, sin embargo, las raíces de este gran tema se ven con mayor claridad que en el mundo en general; entre estudiantes se ha abandonado el uso de las frases que implicaban seguridad de la verdad, y los abogados de la nueva religión no sufren, como otros en la Iglesia en general, por mantener una apariencia de continuidad con el pasado. Pero tal franqueza, estamos convencidos, debiera extenderse al pueblo en general. Son pocos los deseos, de parte de los maestros de la religión, que han sido más dañinamente exagerados que el deseo de “evitar ofensas.” Con demasiada frecuencia ese deseo ha estado cerca de ser peligrosamente deshonesto; el maestro de religión, en el fondo de su corazón, está muy consciente de la radicalidad de su opinión, pero no está dispuesto a renunciar a su posición en la atmósfera santificada de la Iglesia, declarando todo lo que piensa. En contra de toda política conciliadora o

paliativa, simpatizamos con aquellos hombres, sean radicales o conservadores, quienes tengan una verdadera pasión por la luz.

Cuando nos deshacemos de todas las frases tradicionales, ¿cuál es, en el fondo, el verdadero significado de esta revolución en contra de los fundamentos del cristianismo? ¿Cuáles son, en breve, las enseñanzas del liberalismo moderno que se oponen a las del cristianismo?

En principio, nos encontramos con una objeción. “La enseñanza,” se dice, “no es importante; la exposición de las enseñanzas de liberalismo y cristianismo, por tanto, no deberían despertar ningún interés en realidad; los credos son meramente intercambios de expresión de la experiencia cristiana unitaria, y ya que sólo expresan experiencia, son todas igualmente válidas. Por lo tanto, las enseñanzas del liberalismo, pueden ser completamente diferentes a las enseñanzas del cristianismo histórico, y, sin embargo, ambas, en el fondo, pueden ser lo mismo.”

Es así que encuentra expresión la hostilidad moderna a la llamada "doctrina." ¿Pero realmente se está objetando en contra de la doctrina, o más bien en contra de una doctrina en particular por el interés de otra? Sin lugar a dudas, en muchas expresiones de liberalismo, la situación corresponde al segundo caso. Existen doctrinas del liberalismo moderno que se han declarado con tanta intolerancia y tenacidad como cualquier doctrina proveniente de credos históricos. Tales, por ejemplo, son las doctrinas liberales acerca de la paternidad universal de Dios y la hermandad universal del hombre. Estas doctrinas, tal como lo veremos, son contrarias a la religión cristiana. Pero las doctrinas son todas iguales, y como tal, requieren defensa intelectual. Aunque pareciera que el predicador liberal objeta en contra de la teología, realmente está objetando un sistema teológico por

el interés de otro. Y el deseo de ser inmune a la controversia teológica aún no se ha logrado.

A veces, sin embargo, la objeción moderna en contra de la doctrina toma carices de una objeción más seria. Sea o no sea bien fundamentada la objeción, la verdadera intención de esta se debe aclarar.

Ese significado es perfectamente claro. Para objetarlo sería necesaria una actitud de burdo escepticismo. Si todos los credos son igualmente verdaderos, entonces, como se contradicen el uno al otro, son todos igualmente falsos, o por lo menos igualmente inciertos. Por lo tanto, estamos simplemente haciendo malabarismo con palabras. Decir que todas las creencias son igualmente verdaderas, y que se basan en la experiencia, es simplemente volver atrás al agnosticismo, el cual, hace cincuenta años, se consideraba como el enemigo más destructivo de la Iglesia. El enemigo no se ha convertido en amigo sólo por haber sido recibido en el campamento. Muy distinto es el concepto de credo cristiano. De acuerdo al concepto cristiano, un credo no es una mera expresión de experiencia cristiana, sino al contrario, es una exposición de verdades sobre los cuales la experiencia se basa.

Pero, se dirá, el cristianismo es una experiencia de vida, no una doctrina. Muchas veces se afirma esta frase y tiene cierta apariencia de piedad, pero es radicalmente falsa; uno ni siquiera tiene que ser cristiano para reconocer su falsedad. Porque al decir que el “cristianismo es una experiencia de vida” es afirmar algo en la esfera de la Historia. La afirmación no pertenece a la esfera de los ideales; es muy distinto decir que el cristianismo debiera ser una experiencia de vida, o que la religión ideal debiera ser una experiencia de vida. La afirmación de que el cristianismo es una

experiencia de vida está sujeta a la investigación histórica tal como la afirmación de que el Imperio Romano bajo el gobierno de Nerón era una democracia libre. Posiblemente el Imperio Romano bajo el gobierno de Nero, de haber sido una democracia libre, habría sido mejor, pero la pregunta es simplemente si fue o no fue una democracia. El cristianismo es un fenómeno histórico, como el Imperio Romano, el Reino de Prusia, o los Estados Unidos de América. Y como fenómeno histórico, debe ser analizado sobre la base de la evidencia histórica.

¿Es cierto que el cristianismo no es doctrina sino una experiencia de vida? La pregunta sólo se puede resolver examinando los comienzos del cristianismo. Reconocer este hecho no involucra aceptar el credo cristiano; es meramente una cuestión de sentido común y honestidad. Al fundarse una nueva corporación, se establecen los estatutos de dicha corporación y en ellos se establecen los objetivos. Posiblemente pueden existir otros objetivos más adecuados; sin embargo, si los directores usan el nombre y los recursos de tal corporación para alcanzar los otros objetivos, actúan *ultra vires* respecto de la corporación. Esto mismo ocurre con el cristianismo. Es perfectamente concebible que los fundadores del movimiento cristiano no tenían el derecho de legislar por las generaciones posteriores; pero, en todo caso, sí tenían un derecho único e intransferible de legislar por todas las generaciones que eligieran llevar el nombre “cristiano.” Es concebible que el cristianismo deba ser abandonado, y que otra religión deba sustituirlo; pero en cualquier caso, la pregunta respecto a qué es el cristianismo sólo se puede determinar examinando los comienzos del cristianismo.

Los comienzos del cristianismo constituyen un fenómeno histórico bastante definido. El movimiento cristiano se originó algunos días después de la muerte de Jesús de Nazaret. Es dudoso llamar cristianismo a cualquier cosa antes de la muerte de Jesús.

En todo caso, si el cristianismo existió antes de ese evento, era un cristianismo en etapa preliminar. El nombre se originó después de la muerte de Jesús y también fue algo nuevo en sí mismo. Evidentemente, hubo un importante nuevo comienzo entre los discípulos de Jesús en Jerusalén después de la crucifixión. En ese tiempo se ubica el comienzo de un notable movimiento que se extendió desde Jerusalén hacia el mundo gentil—el movimiento denominado cristianismo.

Acerca de las primeras etapas de este movimiento, se ha preservado información histórica definida en las Epístolas de Pablo, las cuales son consideradas por todo serio historiador como productos fidedignos de la primera generación cristiana. El autor de las Epístolas habría tenido comunicación directa con los íntimos amigos de Jesús que comenzaron el movimiento en Jerusalén, y en las Epístolas deja muy en claro cuál era el carácter fundamental del movimiento. Si hay un hecho claro, en base a la evidencia, es que el movimiento cristiano, en sus inicios, no era una experiencia de vida en el sentido moderno, sino una experiencia de vida fundamentada sobre un mensaje. No se basó meramente en sentimientos, ni en un programa de trabajo, sino en hechos reales. En otras palabras, se basó en una doctrina.

Claramente, con respecto al apóstol Pablo, no hay motivos para debatir; Pablo definitivamente no era indiferente a la doctrina; al contrario, la doctrina fue la base de su vida. Cierto que su devoción a la doctrina no lo volvía enteramente intolerante. Un ejemplo notorio de dicha tolerancia se encuentra en el episodio de su encierro en la prisión de Roma, como lo atestigua la Epístola a los Filipenses. Aparentemente, algunos maestros cristianos en Roma habrían sentido celos por la grandeza del apóstol. Mientras el apóstol estaba en libertad, ellos estaban obligados a tomar un papel secundario en la predicación del Evangelio; pero ahora que Pablo estaba encarcelado, podían buscar la

supremacía. Buscaron aumentar las aflicciones de Pablo mientras estaba en la cárcel; predicaron a Cristo aun con envidia y contiendas. En resumen, los predicadores rivales hicieron de la predicación del Evangelio un medio para gratificar su ambición personal; es difícil concebir un actuar tan perverso. Pero Pablo no estaba perturbado. “Sea por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo y me gozaré más aun.” (Filipenses 1.18) La forma en la cual se predicaba no era la correcta, pero el mensaje era verdadero; y Pablo estaba mucho más interesado en el contenido del mensaje que en la forma que se presentara. Es imposible concebir una actitud más amplia y fina de tolerancia.

Pero la tolerancia de Pablo no era indiscriminada. Él no mostró tolerancia alguna, por ejemplo, en Galacia. Ahí también había predicadores rivales. Pero Pablo no fue tolerante con ellos. “Si nosotros,” dijo, “o un ángel del cielo, predica cualquier otro evangelio diferente al que hemos predicado, sea maldito.” ¿Cuál es la diferencia en la actitud del apóstol en ambos casos? ¿Cuál es la razón de su gran tolerancia en Roma y la feroz maldición en Galacia? La respuesta es muy sencilla. En Roma, Pablo fue tolerante porque el contenido del mensaje que se estaba predicando era verdadero; en Galacia fue intolerante porque el contenido del mensaje rival era falso. En ninguno de los casos la actitud de Pablo tuvo algo que ver con distintos tipos de personalidad. Claramente las motivaciones de los judaizantes en Galacia estaban lejos de ser puras, y de manera incidental Pablo sí se refiere a su impureza. Pero esa no era la base de su oposición. Los judaizantes, sin lugar a duda, estaban lejos de ser moralmente perfectos, pero la oposición de Pablo hacia ellos hubiese sido exactamente igual si se hubiese enfrentado a ángeles celestiales. Su oposición se basaba por completo en la falsedad de sus enseñanzas; estaban cambiando el único y verdadero Evangelio por un evangelio que no era el Evangelio en absoluto.

A Pablo jamás se le hubiera ocurrido que el Evangelio era verdadero para una persona y falso para otra; la plaga del pragmatismo jamás llegó a su alma. Pablo estaba convencido de la verdad objetiva del mensaje del Evangelio, y la devoción a esta verdad era la pasión de su vida. El cristianismo para Pablo no era sólo una experiencia de vida, sino una doctrina, y en el orden lógico, la doctrina vino antes.[4]

Pero, ¿cuál era la diferencia entre las enseñanzas de Pablo y la de los judaizantes? ¿Por qué ocurrió esta gran polémica de la Epístola a los Gálatas? Para la iglesia moderna la diferencia pareciera ser meramente una sutileza teológica. Respecto a muchos temas, los judaizantes estaban de acuerdo con Pablo. Los judaizantes creían que Jesús era el Mesías; no hay ni siquiera una sombra de evidencia de que objetaran la eminente visión que tenía Pablo respecto a la persona de Cristo. Sin duda alguna, creían que Jesús había resucitado de la muerte. Creían, además, que la fe en Jesucristo era necesaria para la salvación. Pero el problema era que creían que había algo más necesario para la salvación; ellos creían que a lo que Cristo hizo, necesariamente se le debía agregar los esfuerzos del propio creyente en guardar la ley. Desde una perspectiva moderna, la diferencia pareciera ser muy sutil. Pablo, al igual que los judaizantes, creía que guardar la ley, en su esencia más profunda, estaba conectado inseparablemente de la fe. La diferencia consistía en el orden lógico—y quizás, ni siquiera temporal—de tres pasos. Pablo decía que un hombre (1) primero cree en Cristo, (2) luego es justificado delante de Dios, (3) y luego procede inmediatamente a guardar los mandamientos de Dios. Los judaizantes decían que el hombre (1) primero cree en Cristo, (2) hace su mejor intento por

[4] Ver, *El Origen de la Religión de Pablo,* 1921, p. 168. No se sostiene que para Pablo la doctrina viene temporalmente antes que la *experiencia de vida*, sino que viene *lógicamente* primero. Aquí se encuentra la respuesta a la objeción del Dr. Lyman Abott que se levantó en contra de la afirmación en *El Origen de la Religión de Pablo.* Ver *The Outlook,* vol. 132, 1922, pp.104ss.

guardar los mandamientos de Dios, y luego (3) es justificado. Para un cristiano moderno y “práctico” la diferencia pareciera ser muy sutil y una cuestión tan intangible, que prácticamente no valdría la pena considerarse teniendo tanto en común en el ámbito práctico. ¡Cuán espléndido habría sido para las ciudades gentiles si los judaizantes hubiesen extendido exitosamente la observancia de la ley de Moisés, incluyendo lamentablemente las observancias ceremoniales! Obviamente Pablo debería haberse unido a la causa con maestros que estaban de acuerdo con él en tantos puntos importantes; claramente Pablo debería haber aplicado el gran principio de la unidad cristiana.

Pablo, sin embargo, no tomó esta actitud para nada; y sólo porque él (y otros) no tomó esta actitud es que la Iglesia cristiana existe hasta el día de hoy. Pablo vio con mucha claridad que la diferencia entre sus enseñanzas y la de los judaizantes era la diferencia entre dos tipos de religión completamente distintas; era la diferencia entre una religión basada en el mérito y otra basada en la gracia. Si Cristo provee sólo una parte de nuestra salvación, dejándonos solos para hacer el resto, entonces seguimos sin esperanza bajo la carga del pecado. Porque no importa la distancia del puente que se debe construir para alcanzar la salvación; una conciencia que ha despertado ve claramente que nuestro miserable intento de ser buenos es insuficiente para construir el puente, por ínfimo que sea. El alma culpable entra una vez más en la inútil tarea de regatear con Dios, preguntándose siempre si es que ha cumplido con todo lo necesario. Y gemimos nuevamente bajo el cautiverio de la ley. Pablo vio tal intento de agregar a la obra de Cristo mediante nuestros propios méritos como la esencia de la incredulidad; Cristo hará todo o nada, y nuestra única esperanza es arrojarnos sin reservas sobre Su misericordia y confiar en Él completamente.

Pablo ciertamente tenía razón. La diferencia que lo dividía de los judaizantes no era una sutileza teológica, sino el corazón y el núcleo de la religión de Cristo.

“Tal como soy sin más pedir,
Pero Tu sangre se derramó por mi”

—acerca de esto contendía Pablo en Galacia; ese himno jamás se habría escrito si los judaizantes hubiesen ganado. Sin ese elemento esencial que expresa el himno, el cristianismo ni siquiera existiría.

Claramente, entonces, Pablo no era un defensor de una religión sin dogmas; se interesaba por sobre todo en la verdad objetiva y universal de su mensaje. Esto lo admitiría, probablemente, cualquier historiador serio, sin importar cuál es su opinión personal respecto a la religión de Pablo. A veces, el predicador moderno busca causar la impresión opuesta al citar a Pablo fuera de contexto, sacando interpretaciones que no pueden estar más lejos del sentido original. La verdad es que es imposible dejar a Pablo de lado. El liberal moderno desea producir la impresión, en la mente de cristianos sencillos (y en su propia mente), de que existe alguna continuidad entre el pensamiento liberal y los pensamientos y vida del apóstol. Pero tal impresión es totalmente engañosa. Pablo no esta interesado simplemente en los principios éticos de Jesús; no estaba interesado meramente en principios religiosos y éticos universales. Al contrario, estaba interesado en la obra redentora de Cristo y su efecto en nuestras vidas. Su interés primario era la doctrina cristiana, y no simplemente en las presuposiciones cristianas, sino en su centro. Si el cristianismo se hace independiente de la doctrina, entonces las enseñanzas de Pablo deben ser extraídas de la raíz y de las ramas del cristianismo.

Pero, ¿qué importa? Algunos no temen esta conclusión. Si las enseñanzas de Pablo se eliminan, podemos vivir sin ellas. Podría ser que, al introducir un elemento doctrinal en la vida de la Iglesia, Pablo estuviera pervirtiendo el cristianismo primitivo que era aun más independiente de la doctrina de lo que un predicador liberal moderno podría desear.

Esta sugerencia es claramente revocada por la evidencia histórica. Claramente no se puede resolver el problema de forma tan sencilla. Se han hecho muchos intentos por separar bruscamente la religión de Pablo de la religión de la Iglesia primitiva en Jerusalén; muchos intentos se han hecho para demostrar que Pablo introdujo un principio completamente nuevo al movimiento cristiano y que incluso fue el fundador de una religión nueva.[5] Pero cada uno de estos intentos fracasó. Las mismas Epístolas de Pablo atestiguan una unidad fundamental de principios entre Pablo y los compañeros de Jesús, y toda la Historia de la Iglesia, en sus principios, pasa a ser incomprensible si no es por la base de aquella unidad. Ciertamente, con respecto al carácter fundamentalmente doctrinal del cristianismo, Pablo no fue un innovador. El hecho se aprecia en el carácter de la relación de Pablo con la iglesia en Jerusalén, tal como atestiguan las Epístolas y como se aprecia con absoluta claridad en el precioso pasaje de 1 Corintios 15:3-7, en donde Pablo resume la tradición que había recibido de la Iglesia primitiva. ¿Qué constituye el contenido de aquel mensaje primitivo? ¿Es un principio universal de la paternidad de Dios y la hermandad del hombre? ¿Es una vaga admiración por el carácter de Jesús como el que prevalece en la iglesia moderna? Nada puede estar más lejos de la verdad. “Cristo murió por nuestros pecados,” dijeron los primeros discípulos, “de acuerdo a las Escrituras; fue sepultado; y se levantó de los muertos al tercer día, tal como lo dicen las

[5] Algunos escritos de estos intentos se han dado a conocer por el escritor presente en el *El Origen de la Religión de Pablo,* 1921.

Escrituras.” Desde sus comienzos, el Evangelio cristiano, tal como la palabra “evangelio” o “buenas noticias” lo expresa, consistía en el relato de eventos que ocurrieron. Desde el comienzo, se dio a conocer el significado de lo que había ocurrido; y cuando se dio a conocer el significado, hubo doctrina cristiana. “Cristo murió”—eso es historia; “Cristo murió por nuestros pecados”—esa es la doctrina. Sin estos elementos, que están unidos indisolublemente, no hay cristianismo.

Es absolutamente claro, entonces, que los primeros misioneros cristianos no llegaron con una simple exhortación; no dijeron: “Jesús de Nazaret vivió una maravillosa vida de piedad filial, e invitamos a nuestra audiencia a entregarse, tal como lo hemos hecho nosotros, al encanto de este estilo de vida.” Ciertamente es lo que los historiadores modernos habrían esperado escuchar de los primeros misioneros cristianos, pero hay que reconocer que lo que dijeron no tiene nada que ver con esta exhortación. Es concebible que los primeros discípulos de Jesucristo, después de la catástrofe de Su muerte, hayan meditado silenciosamente respecto a Sus enseñanzas. Quizás se decían entre ellos que “Padre nuestro que estás en los cielos” era una buena forma de referirse a Dios, aun cuando la Persona que les había enseñado la frase estuviera muerta. Probablemente se aferraron a los principios de Jesús y acariciaron la vaga esperanza de que Aquel que había declarado estos principios tuviera alguna existencia más allá de la tumba. Tales reflexiones habrían sido muy naturales para el hombre moderno. Pero a Pedro, Juan y Santiago ciertamente no se le ocurrieron. Jesús había generado en ellos grandes esperanzas; esas esperanzas fueron destruidas por la cruz; y reflexiones respecto a los principios generales de la religión y la ética no tenían el poder para revivir las esperanzas. Los discípulos habían sido, evidentemente, inferiores a su Maestro en todo sentido; no entendieron Sus eminentes enseñanzas espirituales. Aun en el tiempo de la solemne crisis habrían discutido acerca del lugar que habrían de tomar en el Reino de los Cielos. ¿Qué

esperanza de vencer tendrían estos hombres cuando su Maestro había fracasado? Aún cuando Él estuvo con ellos, no tenían poder; y ahora que no estaba con ellos, quizás perderían el poco poder que tenían.

Sin embargo, estos mismos hombres débiles y desalentados, pasados unos días desde la muerte de su Maestro, instauraron el movimiento espiritual más importante que el mundo haya conocido. ¿Qué produjo este asombroso cambio? ¿Qué fue lo que transformó a estos discípulos débiles y cobardes en los conquistadores espirituales del mundo? Evidentemente no fueron los recuerdos de la vida de Jesús, ya que estos producían tristeza en vez de alegría. Claramente, los discípulos de Jesús, en los días entre la crucifixión y el comienzo de su ministerio en Jerusalén, habrían recibido algún nuevo equipamiento para la tarea. Ese nuevo equipamiento era, al menos el sorprendente elemento externo (sin mencionar el don que los cristianos creen que recibieron en Pentecostés), muy sencillo. La gran arma con la cual los discípulos de Jesús salieron a conquistar el mundo, no fue una simple comprensión de principios eternos; era un mensaje histórico, un relato de algo que ocurrió; era el mensaje, "Ha resucitado."[6] Pero el mensaje de la resurrección no estaba aislado. Estaba conectado con la muerte de Jesús, que ahora se entendía no como un fracaso, sino como un triunfo de la gracia divina; estaba conectado con la estadía completa de Jesús en la tierra. La llegada de Jesús ahora se entendía como la obra de Dios por medio de la cual hombres pecadores eran salvados. La Iglesia primitiva, no se preocupaba simplemente de lo que Jesús había dicho, sino también, y primeramente, de lo que Jesús había hecho. El mundo habría de ser redimido por medio de la proclamación de tal evento. Y junto al evento estaba el significado del evento; y la exposición del evento con el significado del evento es la doctrina. Estos dos

---

[6] Compare *Una encuesta rápida de la Literatura e Historia del Nuevo Testamento,* publicado por el Consejo Presbiteriano de Publicación y Trabajo Colegial Sabático texto para estudiantes, pp. 42ss.

elementos siempre se combinan en el mensaje cristiano. La narración de los hechos es historia; la narración de los hechos con el significado de los hechos es doctrina. “Sufrió bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”—eso es Historia. “Me amó y se dio a sí mismo por mí”—eso es doctrina. Ese es el cristianismo de la Iglesia primitiva.

“Pero,” se dirá, “aun si el cristianismo de la Iglesia primitiva dependía de la doctrina, nosotros podemos librarnos de tal dependencia; podríamos apelar a la Iglesia primitiva refiriéndonos al mismo Jesucristo. Ya se ha aceptado que si la doctrina se deja de lado, Pablo debe dejarse de lado; ahora también se puede aceptar que si se abandona la doctrina, aun la Iglesia primitiva, con su mensaje de la resurrección debe ser abandonada. Pero, posiblemente, aún podemos encontrar en el mismo Jesús la religión simple y no doctrinal que deseamos.” Ese es el verdadero significado del slogan moderno “Regreso a Cristo.”

¿Realmente debemos tomar este paso? Ciertamente sería un paso bastante extraordinario. Una gran religión recibió su inmenso poder del mensaje de la obra redentora de Cristo; sin este mensaje, Jesús y Sus discípulos habrían sido prontamente olvidados. El mismo mensaje, con todas sus implicancias, es el corazón y alma del movimiento cristiano a través de los siglos. Sin embargo, ahora se nos pide creer que aquello que le dio el poder al cristianismo a través de los siglos, fue una equivocación; que los que originaron el movimiento malentendieron radicalmente el mensaje de la vida y obra de su Maestro, y que a nosotros los modernos se nos ha dado la misión de entender los primeros indicios de esta equivocación inicial. Aun si este punto de vista fuera correcto, y aun si el mismo Jesús enseñara una religión como la del liberalismo moderno, sería dudoso que dicha religión pudiera llamarse cristianismo, ya que el nombre del

cristianismo se aplicó por primera vez después de ocurrido el supuesto primer gran cambio decisivo, y es muy dudoso que un nombre que se ha sujetado tan firmemente a una religión durante diecinueve siglos, de pronto, deba referirse a otra religión.

Si los primeros discípulos de Jesús realmente se alejaron de las enseñanzas de su Maestro tan radicalmente, entonces un mejor uso de terminología nos llevaría a decir que Jesús simplemente no fue el fundador del cristianismo, sino más bien, de una religión simple, no doctrinal, olvidada por siglos, redescubierta, hoy, por el hombre moderno. Aun así, seguiría apareciendo el contraste entre cristianismo y liberalismo.

Sin embargo, esto está lejos de ser el caso real. Los discípulos no se apartaron de las enseñanzas de su Maestro al basar el cristianismo en un evento histórico. Pues claramente Jesús hizo lo mismo. Jesús no se contentó simplemente con enunciar principios generales de ética y religión; la imagen de Jesús como un sabio, similar a Confucio, pronunciando máximas de la conducta puede satisfacer al Sr. H.G. Wells, al pasearse con liviandad por sobre los problemas de la Historia, pero la escena prontamente desaparecerá al llevar a cabo una investigación histórica seria. “Arrepiéntanse,” dijo Jesús, “porque el Reino de Dios ha llegado.” El Evangelio que Jesús proclamó en Galilea consistía en la proclamación de un Reino venidero. Pero claramente Jesús consideraba la llegada del Reino como un evento, o una serie de eventos históricos. Sin duda también consideraba al Reino como una realidad presente en el alma del hombre; sin duda Él representaba el Reino, de cierta manera, ya presente. No lograremos avanzar en nuestra interpretación de las palabras de Jesús sin este aspecto del asunto. Pero tampoco podremos avanzar sin el otro aspecto según el cual la llegada del Reino dependía de eventos definitivos y catastróficos. Pero si Jesús consideraba que el Reino era dependiente de estos eventos definitivos, Su enseñanza era similar en el punto decisivo a

la de la Iglesia primitiva; ni Él ni la Iglesia primitiva enunciaron meramente principios generales de ética y religión; ambos, al contrario, hicieron que el mensaje dependiera de sucesos que ocurrieron. Sólo en las enseñanzas de Jesús los sucesos representaban eventos futuros, mientras que en la iglesia de Jerusalén, por lo menos el primer suceso ocurrió en el pasado. Jesús proclamó un evento venidero; los discípulos proclamaron que, al menos, parte de los sucesos ya habían ocurrido; pero lo importante es que ambos, Jesús y los discípulos, proclamaron un evento. Claramente Jesús no era un mero expositor de verdades permanentes, como los predicadores liberales; al contrario, Él estaba conciente de estar parado sobre el punto que cambiaría la Historia, el momento en el cual ocurriría lo que nunca antes había ocurrido.

Pero Jesús no sólo anunció el evento; anunció también el significado del evento. Es natural, que el significado completo de tal evento se aclarara después de ocurrido el evento. Si Jesús realmente vino a anunciar y a traer un evento a su ejecución, los discípulos no se alejaban de Su propósito si explicaban el significado completo del evento en más profundidad de lo que había sido anunciado en un periodo preliminar, constituido por el ministerio de Jesús en la tierra. Pero Jesús mismo, aunque por medio de profecías, dio a conocer el significado de los grandes acontecimientos que serían la base y fundamento de una nueva era.

Claramente lo hizo, y en gran manera, si las palabras que se le atribuyen a Él en los Evangelios son suyas realmente. Pero aun si se rechaza el cuarto Evangelio, y se aplica la crítica más radical a los otros tres, es imposible eliminar este elemento de las enseñanzas de Jesús. Las palabras significativas que se le atribuyen a Jesús en la Última Cena con respecto a la llegada de Su muerte, y Su pronunciación en Marcos 10:45 ("El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar Su vida en rescate por

muchos.”), han sido motivo de gran debate. Es difícil aceptar la autenticidad de tales palabras y mantener, a su vez, el punto vista moderno respecto a Jesús. Sin embargo, también es difícil deshacerse de ellas en base a cualquier teoría crítica. Lo que ahora nos concierne, sin embargo, es aun más general que la autenticidad de estas preciosas palabras. Lo que ahora nos preocupa entender es que ciertamente Jesús no se contentó con la proclamación de principios éticos perdurables; claramente anunció un evento venidero; y claramente no anunció el evento sin dar a conocer algo de su significado. Pero cuando dio a conocer algo del significado del evento, sin importarle cuánto se sobrepasaba de la línea que separa una religión sin dogmas, o incluso una religión dogmática que enseña sólo principios eternos, de una cuya raíz es el significado de hechos históricos definitivos, estaba colocando un abismo entre Él mismo y el liberalismo filosófico moderno que hoy, incorrectamente, lleva Su nombre.

La enseñanza de Jesús también se basaba en doctrina en otra manera más. Se basaba en doctrina porque dependía de la extraordinaria presentación de la Persona de Jesús. Muchas veces se afirma que Jesús mantuvo Su Persona fuera del Evangelio, presentándose como el supremo profeta de Dios. Esta afirmación se encuentra en la raíz de la concepción liberal moderna de la vida de Cristo. Aún siendo muy común, es radicalmente falsa. Es interesante observar que los mismos historiadores modernos, cuando comienzan a enfrentarse seriamente a las fuentes, están obligados a reconocer que el verdadero Jesús no es lo que ellos quisieran que fuera. Un mayordomo chambelán[7] podría construir a un Jesús defensor de una religión pura, “sin forma” y sin doctrina; pero un historiador capacitado, a pesar de sus propios intereses, está obligado a admitir que existe un elemento en el verdadero Jesús que se niega a encajar en ese molde. Para los

[7] Monarch and Gott, 1921. Compare con el artículo en *Princeton Theology Review, xx* 1922, pp. 327-329.

historiadores modernos, tal como Heitmuller ha dicho, “hay algo casi misterioso” acerca de Jesús.[8]

Este “misterioso” elemento de Jesús se encuentra en Su conciencia Mesiánica. Lo extraño es que este maestro de rectitud pura, al cual apela el liberalismo moderno, este exponente clásico de la religión no doctrinal que supuestamente subyace a todas las religiones históricas, esta verdad irreducible que queda una vez extirpadas todas las adiciones doctrinales—lo curioso es que este supremo revelador de la verdad eterna supuso ser el actor principal de la catástrofe mundial y el que habría de ejercer juicio sobre el mundo entero. Tal es la extraordinaria forma en la cual Jesús aplicó a sí mismo la categoría mesiánica.

Es interesante analizar cómo los historiadores modernos han enfrentado esta conciencia mesiánica de Jesús. Algunos como el Sr. H. G. Wells, prácticamente la han ignorado. Sin cuestionarse si es un hecho histórico o no, la han tratado como si no existiera, y no han permitido que les perturbe en su construcción del sabio de Nazaret. Este Jesús reinventado puede servir para santificar con su sublime nombre las nociones y programas del hombre moderno; el Sr. Wells puede creer que es edificante asociar a Jesús con Confucio en un lazo vago de hermandad benéfica. Pero lo que se debe comprender con claridad es que ese Jesús no tiene nada que ver con la Historia. Es una figura completamente imaginaria, un símbolo y no una verdad.

Otros, con más seriedad, han reconocido la existencia de este problema, pero han buscado evadirlo al afirmar que Jesús nunca pensó que era el Mesías; y esto lo

[8] Heitmuller, Jesus, 1913, p.71. Ver *El Origen de la Religión de Pablo* 1921, p.157.

sustentan, no mediante meras afirmaciones, sino por medio de un análisis crítico de la fuente. Tal fue el esfuerzo, por ejemplo, de W. Wrede.[9] Brillante fue su esfuerzo, pero su resultado fracasó. La conciencia mesiánica de Jesús no sólo encuentra su raíz en las fuentes consideradas como documentos, sino en la misma base de toda la edificación de la Iglesia. Si, tal como pertinentemente dijo J. Weiss, a los discípulos simplemente se les dijo que el Reino de Dios llegaría, y si Jesús mantuvo escondido Su papel en el Reino de Dios, entonces, ¿porqué cuando finalmente el desconsuelo dio lugar a la alegría, los discípulos no dijeron simplemente, "A pesar de la muerte de Jesús, el Reino de Dios aún llegará?" ¿Por qué dijeron en vez, "A pesar de Su muerte, Él es el Mesías."?[10] Luego, desde ningún punto de vista, se puede negar que Jesús afirmara ser el Mesías—ni del punto de vista de la aceptación del Evangelio, ni del punto de vista del naturalismo moderno.

Y cuando se consideran los acontecimientos del Evangelio desde cerca, se encuentra la conciencia mesiánica a través de todo el relato. Incluso aquellas secciones consideradas netamente éticas se basan completamente en las eminentes declaraciones de Jesús. El Sermón del Monte es un sorprendente ejemplo. Es la costumbre poner en contraste al Sermón del Monte con el resto del Nuevo Testamento. "No tenemos nada que ver con teología," en efecto, dice el hombre; "no tendremos nada que ver con milagros, la obra de la cruz, el cielo y el infierno. Para nosotros la Regla de Oro es una guía de vida; en los principios simples del Sermón del Monte descubrimos la solución a todos los problemas de la sociedad." Es bastante extraño que el hombre pueda hablar de esta manera. Claramente es bastante despectivo hacia Jesús declarar que nunca, salvo en un

[9] *Das Messiasgeheimnis in den evangelien, 1901.*
[10] J. Weiss, "Das Problem der Entstehung des Christentums," *in archive fur Religionswissenschaft, xvi. 1913, p. 456.* Ver *El Origen de la Religión de Pablo,* 1921, p. 156.

pequeño fragmento de Sus palabras conservadas, dijo algo valioso. Pero aun en el Sermón del Monte hay mucho más de lo que muchos hombres suponen. Dicen que no contiene teología; pero en realidad contiene la más sorprendente teología. En particular, contiene la más alta y noble presentación propia de Jesús como Persona. Esa presentación aparece en el sorprendente tono de autoridad que impregna todo el discurso; aparece en la frase recurrente, “De cierto, de cierto os digo.” Jesús, con claridad, pone Sus palabras al mismo nivel que las palabras que Él consideraba como Escritura divina; Él tomó la facultad de legislar por el Reino de Dios. Que no se objete que este tono de autoridad involucra simplemente una conciencia profética en Jesús, un simple derecho de hablar en el nombre de Dios mientras el Espíritu de Dios lo pueda guiar. Porque, ¿qué profeta habló de esta manera? Los profetas dijeron, “Así dice el Señor,” pero Jesús dijo, “Yo les digo.” Aquí no tenemos a un simple profeta, no tenemos a un humilde defensor de la voluntad de Dios; sino una Persona extraordinaria hablando de manera tal que a cualquiera podría parecer absurda y abominable. Esto mismo aparece en el pasaje de Mateo 7:21-23: No todos los que me digan “Señor, Señor” entrarán al Reino de los Cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. En aquel día muchos me dirán: Señor, Señor, ¿acaso no hemos profetizado en tu nombre, y echado demonios en tu nombre, y hecho milagros en tu nombre? Y yo les diré; jamás los conocí, aléjense de mí, hacedores de maldad.” Este pasaje, en algunos aspectos, es preferido por los maestros liberales, ya que se interpreta—falsa pero convincentemente—que todo lo que el hombre necesita para alcanzar a Dios es un rendimiento relativamente bueno de su deber hacia otros hombres, y no un asentimiento hacia un credo o incluso una relación directa con Jesús. Pero aquellos que victoriosos citan el pasaje, ¿no se han detenido alguna vez a pensar en el otro lado de la escena, sobre el formidable hecho de que este pasaje declara que el destino eterno del hombre depende de las palabras de Jesús? Aquí Jesús se representa a sí mismo, sentado en el trono de justicia del mundo entero, apartando para siempre a quien Él quiera del

supremo gozo de estar en Su presencia. ¿Existe algo más lejano a este Jesús que el humilde maestro de justicia que pinta el liberalismo moderno? Claramente es imposible escaparse de la teología, aun en los recintos escogidos del Sermón del Monte. Una teología formidable, con la Persona de Jesús al centro de todo, es la presuposición de la toda la enseñanza.

Pero, ¿aún no es posible deshacerse de la teología? ¿Acaso no podemos deshacernos del extraño elemento teológico que se intrometió aun en el Sermón del Monte, y contentarnos simplemente con la parte ética del discurso? La pregunta, desde el punto de vista del liberalismo moderno, es natural. Pero se debe responder con una negativa enfática, ya que, la ética por sí sola, no va a funcionar. La Regla de Oro nos da un ejemplo. "Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos." ¿Es esta regla una regla de aplicación universal? ¿Realmente solucionará todos los problemas de la sociedad? Un par de experiencias demostrarán que este no es el caso. Ponte a ayudar a un alcohólico a dejar su hábito perverso y pronto comenzarás a desconfiar de la interpretación moderna de la Regla de Oro. El problema es que sus compañeros borrachos también aplican muy bien la regla; hacen con él exactamente lo que les gustaría que él hiciera con ellos—comprarle otro trago. La Regla de Oro se convierte en un poderoso obstáculo en el avance de la moral. Pero el problema no tiene que ver con la regla en sí, sino con la interpretación de la regla. El error consiste en suponer que la Regla de Oro, y el resto del Sermón del Monte, van dirigidos al mundo entero. Pero, de hecho, el discurso va dirigido específicamente a los discípulos de Jesús; y de forma muy clara, se distingue del mundo exterior a ellos. Las personas a quienes se dirige esta Regla de Oro son personas en las cuales se ha forjado un gran cambio—un cambio que les permite entrar al Reino de Dios. Tales personas tendrán anhelos puros; sólo ellos, de forma segura, podrán hacer a los demás lo que quisieran que

se hiciera con ellos mismos, ya que las cosas que quisieran que los demás hiciesen con ellos son elevadas y puras.

Lo mismo ocurre en el resto del discurso. La nueva regla del Sermón del Monte, en sí misma, sólo producirá desesperanza. De hecho, es muy extraña la complacencia con la cual los hombres modernos afirman que la Regla de Oro y los principios éticos elevados es todo lo que necesitan. En realidad, si los requerimientos para entrar al Reino de Dios son los que menciona Jesús, estamos todos perdidos; si ni siquiera hemos alcanzado la justicia externa de los escribas y fariseos, ¿cómo vamos a alcanzar la justicia del corazón que demanda Jesús? El Sermón del Monte, interpretado correctamente, convierte al hombre en un buscador de un medio divino de salvación por medio del cual puede obtener la entrada al Reino de los Cielos. Incluso Moisés era demasiado para nosotros; pero ante esta elevada ley de Jesús, ¿quién puede permanecer en pie sin ser condenado? El Sermón del Monte, así como el resto del Nuevo Testamento, conduce al hombre directamente a los pies de la cruz.

Aun los discípulos, a quienes en primer lugar iba dirigida la enseñanza, bien sabían que necesitaban más que una guía del camino que debían seguir. Sólo una lectura superficial de los Evangelios encuentra en la relación de Jesús y Sus discípulos, una relación de maestro y pupilo. Cuando Jesús dijo, "Vengan a mi todos los que están cargados y cansados, y yo los haré descansar," no estaba hablando como un filósofo que llama a sus alumnos a clases; sino como alguien quien poseía sobreabundantes reservas de gracia divina. Y esto los discípulos lo sabían. Ellos bien sabían, en el fondo de su corazón, que no tenían el derecho de estar parados en el Reino; sabían que sólo Jesús podía conseguir su entrada. Aún no entendían completamente cómo Jesús los convertiría

en hijos de Dios; pero sí sabían que Él, y sólo Él, podía lograrlo. De igual modo, toda postura teológica de los grandes credos cristianos contiene la misma expectativa.

A estas alturas, podría surgir una objeción. ¿Acaso no podríamos—dirá el liberal moderno—volver a la simple confianza de los discípulos? ¿Acaso no podemos dejar de cuestionarnos *cómo* Jesús nos salva; acaso no podemos simplemente dejarle la forma a Él? Luego, ¿cuál es la necesidad de definir el "llamamiento eficaz," o de enumerar la "justificación, adopción y santificación y los beneficios que acompañan o provienen de de ellos"? Además, ¿cuál es la necesidad de repasar los pasos en la obra redentora de Cristo, tal como fueron ensayados por la iglesia de Jerusalén? ¿Qué necesidad hay de declarar que "Cristo murió por nuestros pecados de acuerdo a las Escrituras, que fue sepultado, que fue levantado de los muertos al tercer día de acuerdo a las Escrituras"? ¿No debiéramos depositar nuestra confianza en una Persona en vez de en un mensaje; en Jesús, en vez de lo que Jesús dijo; en el carácter de Jesús, en vez de Su muerte?

Convincentes palabras son estas—convincentes, pero lastimosamente vanas. ¿Podemos volver realmente a Galilea? ¿Acaso estamos en la misma situación de aquellos que se acercaron a Jesús cuando estuvo en la tierra? ¿Acaso podemos escucharlo decir: "Tus pecados te son perdonados"? Estas son preguntas serias e imposibles de ignorar. Lo cierto es que Jesús de Nazaret murió mil novecientos años atrás. Para los hombres de Galilea del primer siglo fue posible confiar en Él, porque extendió Su ayuda hacia ellos. Para ellos, el gran problema de la vida era simple de resolver. Era cosa de hacer espacio entre las multitudes o bajar desde uno de los techos de Capernaúm, y la gran búsqueda habría acabado. Pero nosotros estamos separados diecinueve siglos de Aquel, el único que nos puede ayudar. ¿Cómo podemos cruzar el abismo de tiempo que nos separa de Jesús?

Algunos intentan construir el puente sobre este abismo mediante el simple uso de imaginación histórica. “Jesús no está muerto,” se nos dice, “sigue viviendo a través de las palabras y obras documentadas; ni siquiera tenemos que creerlo; una parte es suficiente; la maravillosa personalidad de Jesús brilla con claridad desde la historia del Evangelio. En otras palabras, aún lo podemos conocer; simplemente debemos—sin teología, sin controversia, sin investigar los milagros—dejarnos llevar por Su encanto y Él nos sanará.”

Hay algo convincente acerca de esto. Claramente es posible admitir que Jesús permanece vivo a través de los escritos del Evangelio. En esa narrativa no vemos simplemente un cuadro sin vida. Nos da la impresión, más bien, de una persona muy viva.

Aun podemos compartir, mientras leemos, el asombro de aquellos que escuchaban estas nuevas enseñanzas en la sinagoga en Capernaúm. Podemos simpatizar con la fe y devoción del pequeño grupo de discípulos que no lo abandonaban mientras otros se ofendían ante las duras enseñanzas. Podemos sentir gran alegría ante el bendito alivio que recibieron aquellos con enfermedades del cuerpo y de la mente. Podemos valorar el tremendo amor y la compasión de Aquel que fue enviado a encontrar y salvar aquello que se había perdido. Definitivamente es una maravillosa historia—no muerta, sino llena de vida a cada instante.

Claramente el Jesús de los Evangelios es una persona real. Pero esta no es la única cuestión. Estamos avanzando excesivamente rápido. Jesús vive en los Evangelios—esto lo podemos admitir con libertad—pero, ¿cómo puede la gente del siglo veinte, como nosotros, entrar en una relación vital con Él? Murió hace diecinueve siglos. La vida que vivió en los Evangelios es simplemente Su vida antigua, que vuelve a vivir una y otra vez.

En aquella vida no hay cabida para nosotros; somos espectadores de aquella vida, no actores. La vida que vive Jesús en los Evangelios, después de todo, es para nosotros la vida actuada en un escenario. Nos acomodamos en el teatro y observamos la fascinante obra del Evangelio del perdón, amor, sanidad, coraje y esfuerzo; con absorta atención seguimos las historias de aquellas vidas afortunadas que se acercaron a Jesús cansadas y cargadas y hallaron descanso. Incluso, por algún tiempo, olvidamos nuestros problemas. Pero de repente las cortinas caen, junto con el cierre del libro, y salimos nuevamente a la fría rutina de nuestras propias vidas. La calidez y alegría de un mundo ideal se desvanecen y "en vez de ellas viene una sensación de cosas reales con doble intensidad." Ya no estamos reviviendo las vidas de Pedro, Santiago y Juan. Desgraciadamente, estamos viviendo nuestras propias vidas nuevamente, con nuestros propios problemas y nuestra propia miseria y nuestro propio pecado. Y aún buscamos a nuestro propio Salvador. No nos engañemos. Un maestro judío del siglo primero es incapaz de satisfacer las necesidades de nuestras almas. Arrópenlo de todo el arte con que lo pueda decorar la investigación moderna. Ilumínenlo de la cálida y engañosa luz del sentimentalismo moderno. A pesar de todo esto, el sentido común volverá a imponerse y después de nuestro breve momento de autoengaño—pensando en haber estado con Jesús—se vengará de nosotros con una desesperante desilusión.

Pero, dice el predicador moderno, al contentarnos con el Jesús histórico, el gran maestro que proclamó el Reino de Dios, ¿no estamos acaso restaurando la simplicidad del Evangelio primitivo? No, respondemos, no lo están restaurando, pero temporalmente al menos, no están tan equivocados. En realidad, están volviendo a una etapa muy primitiva de la Iglesia. Sólo que esa etapa precluye a esa primavera en Galilea, ya que en Galilea los hombres tenían a un Salvador. Hubo una vez, y sólo una vez, cuando los discípulos vivieron, como ustedes, con el recuerdo de Jesús. ¿Cuándo? Fue un tiempo sombrío y

desesperante. Fueron los tres tristes días después de la crucifixión. En ese momento, y sólo en ese momento, los discípulos de Jesús, consideraron a Jesús como un bendito recuerdo. “Nosotros confiábamos,” dijeron, “en que Él iba a ser quien redimiera a Israel.” “Confiamos, pero ahora hemos perdido nuestra confianza.” ¿Acaso hemos de permanecer para siempre, junto al modernismo liberal, en la oscuridad de estos días tristes? ¿O salimos de ellos hacia el calor y el gozo de Pentecostés?

Claramente vamos a permanecer por siempre en la oscuridad si nos enfocamos sólo en el carácter de Jesús y negamos lo que Él ha hecho, si intentamos enfocarnos en la persona mientras que negamos el mensaje. Puede que logremos gozo en vez de tristeza, o poder en vez de debilidad, pero no será por optar por el camino fácil. No lograremos nada evitando la controversia, ni podremos asirnos de Jesús y al mismo tiempo rechazar el Evangelio. ¿Qué fue lo que ocurrió en esos días para que un grupo de discípulos afligidos se transformaran en los conquistadores espirituales del mundo? No fue simplemente el recuerdo de la vida de Jesús; no fue la inspiración por la relación que habían tenido con Él. Fue un mensaje: “Él ha resucitado.” Tan sólo ese mensaje le dio a los discípulos un Salvador; y ese mismo mensaje nos puede dar un Salvador a nosotros hoy. Jamás tendremos un contacto vital con Jesús si sólo atendemos a Su Persona, pero no a Su mensaje; pues es el mensaje el que convierte a Jesús en nuestro Salvador.

Pero el mensaje cristiano contiene más que el acontecimiento de la resurrección. No es suficiente saber que Jesús está vivo; no es suficiente saber que una Persona maravillosa vivió en el primer siglo de la era cristiana y que, de alguna manera, y en algún lugar, aún vive hoy. Jesús vive, lo cual es grandioso; pero, ¿qué beneficio nos trae a nosotros? Nosotros somos como los habitantes de la Siria lejana o de Fenicia en los días en que Jesús se hizo carne. Hay una persona maravillosa que puede sanar toda dolencia de

cuerpo y alma. Pero desgraciadamente no estamos con Él, y el camino es largo. ¿Cómo acercarnos a Su presencia? ¿Cómo establecemos contacto con Él? Para aquellos de la antigua Galilea, el contacto se establecía por medio de un toque de Su mano o una palabra de Su boca. Para nosotros el problema no es tan fácil. No lo podemos encontrar bordeando el lago o en una casa con multitudes alrededor; ni descendiendo en una pieza donde Él esté sentado junto a escribas y fariseos. Si sólo empleamos nuestros métodos personales nos hallaremos en una peregrinación sin frutos. Ciertamente, si queremos encontrarnos con nuestro Salvador, necesitamos ser guiados. En el Nuevo Testamento encontramos guía completa y gratuita—una guía tan completa que puede quitar toda duda; y, sin embargo, tan simple que hasta un niño puede entender. El contacto con Jesús de acuerdo al Nuevo Testamento, se establece por lo que Cristo hace, no por otros, sino por nosotros. Los relatos de lo que hizo por otros, por cierto, son necesarios. Al leer cómo Él caminaba haciendo el bien, al leer cómo Él sanaba a los enfermos, levantaba a los muertos y perdonaba pecados, conocemos que es Alguien digno de confianza. Pero para los cristianos tal conocimiento no es un fin en sí mismo, sino el medio hacia un fin. No es suficiente saber que ha salvado a otros; también necesitamos saber que nos ha salvado a nosotros.

Esta es la enseñanza que se nos ha dado en la historia de la Cruz. Jesús no ha puesto simplemente Sus manos en nuestros oídos diciendo: “Ábrete”; no nos ha dicho meramente: “Levántate y camina.” Por nosotros, ha hecho algo mayor—por nosotros, Él murió. Nuestra terrible culpa, la condenación que viene de la ley de Dios—fue completamente removida por un acto de gracia. Ese es el mensaje que nos acerca a Jesús, y que lo convierte no tan sólo en el Salvador de Galilea, sino en tu Salvador y mi Salvador. Es vano hablar de depositar confianza en la Persona sin creer el mensaje, porque la confianza depende de una relación entre la persona que confía y Aquel en quien

se deposita la confianza. Y en este caso, la relación se establece mediante la bendita teología de la Cruz. Sin el octavo capítulo de Romanos, la vida terrenal de Jesús sería lejana e infructífera; porque que es mediante el octavo capítulo de Romanos, o el mensaje contenido en el capítulo, que Jesús se convierte, hoy, en el Salvador.

La verdad es que cuando la gente habla de confiar en la Persona de Jesús, como si fuera posible confiar sin aceptar el mensaje de Su muerte y resurrección, realmente no están hablando de la confianza verdadera. Lo que ellos definen como confianza es realmente admiración o reverencia. Ellos reverencian a Jesús como la Persona Suprema en la Historia y como el revelador supremo de Dios. Pero sólo puede entrar en escena la confianza cuando esta Persona suprema extiende Su poder salvador hacia nosotros. “Hizo el bien”; “dijo cosas que nadie nunca había dicho”; “es la imagen misma de Dios”—esto es reverencia; “me amó y se entregó por mí”—esto es fe. Pero las palabras “me amó y se entregó por mí” son una expresión de historia; constituyen el relato de algo que ocurrió. Y al hecho agregan el significado del hecho; en esencia, contienen toda la profunda teología de la redención por medio de la sangre de Cristo. La doctrina cristiana se encuentra en la base misma de la fe.

Hay que admitir, entonces, que si hemos de tener una religión sin doctrina, o una religión doctrinal fundada meramente sobre verdades generales, debemos abandonar no sólo a Pablo, no sólo a la iglesia primitiva de Jerusalén, sino también a Jesús mismo. Pero, ¿qué se entiende por doctrina? Aquí se ha interpretado como la presentación de los hechos que se encuentran en la base de la religión cristiana, junto al verdadero significado de los hechos. Pero, ¿es este el único sentido de la palabra? ¿No podría la palabra "doctrina" ser comprendida en un sentido más restringido, como una presentación sistemática, científica pero parcial de los hechos? Y si la palabra se usa en este sentido

restringido, ¿no será que esta objeción moderna hacia la doctrina, involucra meramente una objeción a las excesivas sutilezas de la teología controversial, no una objeción a las palabras radiantes del Nuevo Testamento—una objeción al siglo dieciséis y diecisiete, pero en ningún caso al primer siglo? Sin duda, la palabra se recibe así por muchos de los que se sientan en las bancas a escuchar la exaltación moderna de la "vida" a expensas de la "doctrina." El piadoso oyente funciona bajo la impresión de que sólo se le pide volver a la simplicidad del Nuevo Testamento, en vez de atender a las sutilezas de los teólogos. Como nunca se le ha ocurrido atender a las sutilezas de los teólogos, tiene ese sentimiento de comodidad que siempre tienen aquellos que asisten a la iglesia a escuchar cómo se ataca al pecado de otros. Con razón las invectivas modernas en contra de la doctrina constituyen un tipo de predicación tan popular. Un ataque hacia Calvino, Turretín o a los religiosos de Westminster, no pareciera ser una amenaza peligrosa para aquel hombre moderno que asiste a la iglesia. Sin embargo, el ataque hacia la doctrina no es una cuestión tan inocente como supone aquel hombre; porque lo que se objeta respecto a la teología cristiana es lo que se encuentra en el corazón del Nuevo Testamento. Finalmente, el ataque no es en contra del siglo diecisiete, sino en contra de la Biblia y de Jesús mismo.

Aun si no fuera un ataque en contra de la Biblia, sino un ataque en contra de los grandes acontecimientos históricos que enseña la Biblia, seguiría siendo lamentable. Si se exterminara todo lo que nace del pensamiento cristiano de diecinueve siglos para empezar de cero, la pérdida, aun si se mantuviera la Biblia, sería inmensa.

Cuando se admite que la religión cristiana se basa en un cuerpo de verdades, se debe tratar con respeto al esfuerzo que generaciones pasadas han llevado a cabo para clasificar estos hechos. En ninguna rama de la ciencia existiría un verdadero avance si cada generación partiera de cero, sin depender de lo que las generaciones pasadas han

logrado. Sin embargo, en la teología, se cree que vituperar el pasado es esencial para el progreso. ¡Pero lo peor es que ese vituperio se basa en absolutas falsedades! Después de escuchar las críticas en contra de las grandes creencias de la Iglesia, es impactante volver a las Confesiones de Westminester, por ejemplo, o al más teológico y afectuoso libro, "El Progreso del Peregrino," de John Bunyan, y descubrir, al hacerlo, en vez de frases modernas superficiales acerca de una "ortodoxia muerta," un texto llena de vida en cada palabra.

En tal ortodoxia hay suficiente vida como para encender al mundo entero con radiante amor. Sin embargo, en el vituperio moderno en contra de la "doctrina" no se ataca a los grandes teólogos o credos, sino al Nuevo Testamento y a nuestro Señor. Al rechazar la doctrina, el predicador moderno está rechazando las simples palabras de Pablo, "quien me amó y dio Su vida por mí," tal cual como rechaza "la misma sustancia" del Credo de Nicea. La palabra "doctrina," no se utiliza en su forma más estricta, sino en forma amplia. El predicador liberal está rechazando toda la base del cristianismo, religión que no se basa en aspiraciones, sino en hechos. Aquí nos encontramos con la diferencia fundamental entre liberalismo y cristianismo—el liberalismo se expresa solamente en el modo imperativo, mientras que el cristianismo comienza con un indicativo triunfante. El liberalismo apela a la voluntad del hombre, mientras que el cristianismo anuncia, primeramente, un acto de gracia divina.

Al mantener la base del cristianismo, nos preocupa que no se malentienda. Hay ciertas cosas a las cuales no nos referimos.

En primer lugar, no estamos diciendo que si la doctrina es correcta no hará diferencias respecto a la vida. Al contrario, esto es lo que hace toda la diferencia. Desde

sus inicios, el cristianismo siempre fue una forma de vida; la salvación que se ofrecía era la salvación del pecado, y esta salvación se mostraba no sólo en esperanza, sino también en un inmediato cambio moral. Los primeros cristianos, para asombro de sus cercanos, vivieron de una nueva manera—una vida de honestidad, pureza y generosidad. Y de la comunidad cristiana se excluyeron de forma estricta todas las otras maneras de vivir. Desde el comienzo el cristianismo fue una experiencia de vida.

Pero, ¿cómo se producía esta vida? Es posible que haya sido producida mediante exhortación. En el mundo antiguo, fue un método que ya se había intentado; en la era helenística había muchos predicadores que viajaban enseñando cómo las personas debían vivir sus vidas. Pero se terminó por comprobar que tales exhortaciones carecían de poder. Aun cuando los ideales de los predicadores estoicos y cínicos eran elevados, estos predicadores no lograron transformar la sociedad. Lo extraño del cristianismo es que adoptaba un método completamente distinto. No transformaba la vida de las personas apelando a la voluntad del hombre, sino mediante el relato de una historia; no por medio de la exhortación, sino mediante la narración de un evento histórico. Con razón tal método parecía tan extraño. ¿Podría haber algo menos práctico que intentar influenciar conductas recitando eventos relacionados a la muerte de un líder religioso? A esto Pablo llamó "la insensatez del mensaje." Para el mundo antiguo parecía insensatez, y hoy, para el predicador liberal, también. Pero lo extraño es que funciona. Sus efectos se observan aun en este mundo. Donde las exhortaciones más elocuentes muchas veces fallan, la simple historia de un evento logra su objetivo; las vidas de hombres son transformadas por una noticia.

Es, justamente, por tales transformaciones de vida, que el mensaje cristiano capta la atención y admiración del hombre. Ciertamente, entonces, hace una enorme

diferencia que vivamos correctamente. Si nuestra doctrina es correcta y vivimos incorrectamente, ¡cuán terrible es nuestro pecado! Pues habremos pecado a pesar de conocer la verdad. Por otra parte, es muy triste cuando el hombre usa la gracia social que Dios le ha dado, y la inercia moral de ancestros piadosos, para dar un mensaje falso. No existe nada en el mundo que le quite el lugar a la verdad.

En segundo lugar, al insistir respecto a la base doctrinal del cristianismo, no queremos dar a entender que todos los puntos de la doctrina son igualmente importantes. Es perfectamente posible mantener la comunión cristiana aunque existan diferencias de opinión.

Una de esas diferencias de opinión, la cual ha sido cada vez más prominente en los últimos años, se refiere al orden de los eventos en relación al regreso de Cristo. Muchos cristianos creen que cuando el mal haya alcanzado su clímax en el mundo, el Señor Jesús regresará a la tierra en cuerpo, trayendo un reino de justicia que durará mil años, y finalizado ese período, el mundo llegará a su fin. Para el que escribe este libro, esa creencia es un error, que nace de una falsa interpretación de la Palabra de Dios; no creemos que las profecías bíblicas permitan visualizar el mapa de eventos futuros de forma tan definitiva. El Señor regresará, y no regresará, en el sentido moderno, simplemente en forma "espiritual"—esto es claro—pero, que no se logrará mucho mediante la presente dispensación del Espíritu Santo y que la gran parte restante se logrará a través de la presencia de Cristo, en cuerpo—no es posible justificar tal opinión en base a las Escrituras. ¿Cuál debe ser nuestra actitud con respecto a este debate? Ciertamente no puede ser una actitud de indiferencia. El recrudecimiento del "premileniarismo" o "milenialismo" en la iglesia moderna nos preocupa seriamente; va de la mano, creemos, con un método errado de interpretación de las Escrituras el cual, en

el largo plazo, puede ser perjudicial. Sin embargo, ¡cuán grande es nuestro acuerdo con aquellos que sostienen la visión premilenial! Ellos comparten completamente nuestra reverencia por la autoridad de la Biblia, y difieren en la interpretación de la Biblia; comparten nuestro entendimiento de la deidad del Señor Jesús; sin embargo, difieren de nuestra concepción supernaturalista de la llegada de Jesús al mundo y de la consumación cuando Él regrese. Ciertamente, desde nuestro punto de vista, su error, tan serio como es, no es un error fatal; y podemos, siendo leales no sólo a la Biblia sino también a los grandes credos de la Iglesia, unirnos en comunión cristiana. Por lo tanto, es un gran error cuando los liberales modernos presentan la materia en cuestión en la Iglesia, en el campo misionero y en casa, como una cuestión entre el premileniarismo y la visión contraria. En realidad, el asunto es entre el cristianismo, sea o no sea premileniarista, por un lado, y una negación naturalista del cristianismo por otro.

Otra diferencia de opinión que puede subsistir en medio de la comunión cristiana es la diferencia de opinión respecto al modo de eficacia de los sacramentos. Esta si que es una diferencia seria, y negar su seriedad es un error aun peor que tomar el lado equivocado en la misma controversia. Muchas veces se dice que la condición dividida del cristianismo es un mal, y así lo es. Sin embargo, el mal yace más bien en los errores mismos causantes de la división y no en el reconocimiento de los errores existentes. Fue una gran tragedia cuando en la "Conferencia de Marburg" entre Lutero y los representantes de la Reforma Suiza, Lutero escribió acerca de la Cena del Señor, "Este es mi cuerpo," y le dijo a Zwinglio y a Oecolampadius, "Ustedes tienen otro espíritu." La diferencia de opinión provocó un quiebre entre las ramas Luteranas y Reformadas de la Iglesia, lo que implicó, para el Protestantismo, perder mucho del terreno que podría haber ganado. Claramente fue una gran tragedia. Pero la tragedia ocurrió porque Lutero (creemos) erró respecto a la Cena del Señor; hubiera sido una tragedia mucho peor si aun

estando equivocado respecto a la cena, hubiese considerado el asunto como algo poco importante. Lutero se equivocó respecto a la Cena, pero aun peor hubiese sido su error, si estando equivocado, le hubiera dicho a sus oponentes: “Hermanos, este tema es un detalle; y no hay mucha diferencia en lo que un hombre piensa respecto a la mesa del Señor.” Tal indiferencia hubiese sido mucho más fatal que todas las divisiones de diversas ramas de la Iglesia. Un Lutero que hubiera cedido en cuanto a la Cena del Señor, jamás hubiese dicho en el Diet of Worms, “Aquí me paro, no pues puedo hacer otra cosa, ayúdame Dios, Amén.” La indiferencia respecto a la doctrina no permite que existan héroes de la fe.

Otra diferencia de opinión concierne a la naturaleza y prerrogativas respecto al ministerio cristiano. De acuerdo a la doctrina anglicana, los obispos poseen una autoridad que les ha sido delegada mediante ordenación sucesiva, por los apóstoles del Señor, y sin tal ordenación no existe el pastorado. Otras iglesias niegan esta doctrina de “sucesión apostólica,” y sostienen una perspectiva del ministerio distinta. Aquí, nuevamente, las diferencias no son detalles, y poco simpatizamos con aquellos que por el mero interés de hacer de la Iglesia una iglesia más eficiente, intentan persuadir a los anglicanos a que bajen sus armas de defensa, las cuales fueron levantadas en base a sus principios. Pero a pesar de la importancia de las diferencias, estas no alcanzan a descender hasta la raíz. Para el propio anglicano concienzudo, aun si considera estar en división con miembros de otros cuerpos, la comunión cristiana con personas de otros cuerpos es posible; y ciertamente aquellos que rechazan la visión anglicana del ministerio pueden considerar a la Iglesia Anglicana como un miembro genuino y muy noble del cuerpo de Cristo.

Otra diferencia de opinión es aquella entre los calvinistas, o la teología reformada, y el arminianismo de la Iglesia Metodista. Es difícil entender cómo alguien

que ha estudiado el tema pueda considerar esta diferencia como una materia de poca importancia. Al contrario, llega a tocar algunas de los temas más profundos de la fe cristiana. Un calvinista no puede más que considerar a la teología arminiana como un serio empobrecimiento de la doctrina de las Escrituras respecto a la gracia divina, e igual de seria es la perspectiva que los arminianos deben tener respecto a la doctrina de las iglesias reformadas. Sin embargo, nuevamente es posible tener una verdadera comunión evangélica entre aquellos que tienen perspectivas drásticamente opuestas, respeto a temas extremadamente importantes.

Considerablemente más seria es la división entre la Iglesia de Roma y el protestantismo evangélico en todas sus formas. Sin embargo, ¡cuán grandiosa es la herencia en común que une a la Iglesia Católica Romana, con sus esfuerzos por preservar la autoridad de la Santa Palabra y su aceptación de los credos, con los devotos protestantes de hoy! Claramente, no vamos a esconder las diferencias que nos separan de la Iglesia de Roma. El abismo es ciertamente muy profundo. Pero así tan profundo como es, parece un pequeño detalle al compararlo con el abismo que existe entre nosotros y muchos ministros de nuestra Iglesia. Puede que la Iglesia de Roma represente una tergiversación de la religión cristiana; pero el liberalismo naturalista simplemente no es cristianismo.

Esto no significa que conservadores y liberales deban vivir en animosidad a nivel personal. No involucra nuestra carencia de simpatía hacia aquellos que se están sintiendo obligados por la corriente de los tiempos a abandonar su confianza en el extraño mensaje de la Cruz.

Hay muchos lazos—lazos de sangre, de ciudadanía, de aspiraciones éticas, de esfuerzos humanitarios—que nos unen con aquellos que se han apartado del Evangelio. Confiamos que esos lazos nunca se debiliten, y que en última instancia, tengan un propósito en la propagación de la fe cristiana. Pero el servicio cristiano consiste primeramente en la propagación de la fe cristiana y, específicamente, en la comunión que sólo hay entre aquellos para quienes el mensaje ha llegado a ser la base misma de sus vidas.

El carácter del cristianismo, basado en un mensaje, se puede resumir en las palabras del octavo versículo y primer capítulo del libro de Hechos—"Ustedes serán mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y en Samaria, y hasta los confines de la tierra." Es completamente innecesario, para el propósito presente, argumentar acerca del valor histórico del Libro de los Hechos de los Apóstoles o discutir si Jesús realmente dijo las palabras citadas. Sea cual sea el caso, el versículo debe ser reconocido como una síntesis adecuada de lo que se sabe fue la Iglesia cristiana primitiva. Desde sus inicios, el cristianismo fue una campaña de testigos que dieron a conocer ciertos acontecimientos y un mensaje. Y el mensaje no se preocupaba meramente de lo que Jesús hacía en la intimidad de las vidas individuales. Considerar las palabras en Hechos en este sentido, es hacer violencia al contexto y a toda la evidencia. Por el contrario, las Epístolas de Pablo y todas las fuentes dejan muy en claro que el testimonio no eran los hechos espirituales internos, sino lo que Jesús hizo, de una vez y para siempre, con Su muerte y resurrección.

Así, el cristianismo se basa en acontecimientos que ocurrieron, y el obrero cristiano es primeramente un testigo. Pero de ser así, es bastante importante que el obrero cristiano diga la verdad. Cuando un testigo sube al podio a dar testimonio, poco importa la marca de su tenida, o si sus frases son elegantemente expresadas o no. Lo importante es

decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Si queremos ser verdaderos cristianos, entonces, lo que estamos enseñando sí hace una gran diferencia, y anunciar las enseñanzas del cristianismo, y contrastarlas con las enseñanzas del principal rival moderno del cristianismo no está lejos de la labor más importante del cristiano.

El principal rival moderno es el "liberalismo." Un estudio que compare las enseñanzas del liberalismo con las del cristianismo muestra que, en cualquiera de sus puntos, ambos movimientos están en directa oposición. Ahora, llevaremos a cabo dicho estudio, aunque sólo en forma resumida y somera.

Capítulo III

Dios y el Hombre

En el capítulo anterior se comentó que el cristianismo se basa en un relato sobre algo que ocurrió en el primer siglo de nuestra era. Pero antes de que ese relato pueda ser recibido, se deben aceptar ciertas presuposiciones. El Evangelio cristiano consiste en un relato de cómo Dios salvó al hombre, y antes de que ese Evangelio pueda ser entendido, es necesario saber algo (1) acerca de Dios y (2) acerca del hombre. La doctrina de Dios y la doctrina del hombre son las dos grandes presuposiciones del Evangelio. Respecto de estas presuposiciones, y respecto del Evangelio mismo, el liberalismo moderno está en diametral oposición al cristianismo.

Se opone al cristianismo, en primer lugar, en su concepción de Dios. Pero acá nos encontramos con una forma particularmente insistente de esa objeción hacia materias doctrinales que ya han sido consideradas. Es innecesario, se nos dice, tener una "concepción" de Dios; la teología, o el conocimiento de Dios, se dice, es la muerte de la religión; no deberíamos esforzarnos en conocer a Dios, sino simplemente sentir su presencia.

Respecto de esta objeción, se debe comentar que si la religión consiste simplemente en sentir la presencia de Dios, es desprovista absolutamente de cualquier tipo de cualidad moral. Puro sentimiento, si acaso existe tal cosa, es amoral. Lo que hace, por ejemplo, que el afecto por un amigo humano sea algo tan ennoblecedor es el

conocimiento que poseemos del carácter de nuestro amigo. El afecto humano, aparentemente tan simple, está lleno de dogma. Depende de una gran cantidad de observaciones guardadas en la mente respecto del carácter de nuestros amigos. Entonces, si el afecto humano realmente depende del conocimiento, ¿por qué debe ser distinto en cuanto a esa relación personal suprema que es la base de la religión? ¿Por qué debemos indignarnos ante una calumnia dirigida a algún amigo humano, mientras que al mismo tiempo somos pacientes con las calumnias más malintencionadas dirigidas contra nuestro Dios? Ciertamente hace una gran diferencia lo que pensemos de Dios; el conocimiento de Dios es la base misma de la religión.

¿De qué forma, entonces, será conocido Dios? ¿Cómo podremos familiarizarnos tanto con Dios que sea posible establecer una comunión personal? Algunos predicadores liberales dirían que nos familiarizamos con Dios sólo a través de Jesús. Esa afirmación parece ser leal a nuestro Señor, pero en realidad es altamente despectiva hacia Él. Porque Jesús mismo reconoció claramente la validez de otras formas de conocer a Dios y el rechazar esas otras formas es rechazar aquellas cosas que estaban en el centro de la vida de Jesús. Jesús claramente vio la mano de Dios en la naturaleza; las azucenas del campo le revelaban la mano de Dios detrás de ellas. También vio a Dios en la ley moral; la ley escrita en los corazones del hombre era la ley de Dios, que revelaba Su justicia. Por último, Jesús vio a Dios claramente en las Escrituras. ¡Qué profundas fueron las formas en que nuestro Señor usaba las palabras de los profetas y salmistas! Decir que tal revelación de Dios fue inválida, o que es inútil para nosotros hoy, es ser despectivamente indiferente hacia las cosas más cercanas a la mente y corazón de Jesús.

Pero, de hecho, cuando la gente dice que nosotros conocemos a Dios sólo en la forma en la cual es revelado en Jesús, están negando todo conocimiento real de Dios,

cualquiera que sea. Porque a menos que haya alguna idea de Dios independiente de Jesús, la atribución de deidad a Jesús no tiene sentido. Decir que, "Jesús es Dios," no tiene sentido a menos que la palabra "Dios" tenga un significado anterior asignado a ella. Y esa asignación de significado de la palabra "Dios" se logra por los medios que recién mencionamos. No nos estamos olvidando de las palabras de Jesús en el Evangelio de Juan, "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre." Pero estas palabras no quieren decir que si un hombre jamás hubiese conocido el significado de la palabra "Dios," él podría llegar a asignarle una idea a esa palabra simplemente por su conocimiento del carácter de Jesús. Muy por el contrario, los discípulos a quienes Jesús les hablaba ya tenían una concepción certera de Dios; el conocimiento de la Persona Suprema era algo que se presuponía en todo lo que Jesús dijo. Pero los discípulos deseaban no sólo el conocimiento de Dios sino también un contacto personal e íntimo. Y eso vino a través de su discipulado con Jesús. Jesús reveló, de una forma maravillosamente íntima, el carácter de Dios, pero tal revelación obtuvo su verdadero significado sólo sobre la base tanto de la herencia veterotestamentaria, como de la enseñanza misma de Jesús. El teísmo racional, el conocimiento de la Persona Suprema, Creador y Gobernador activo del mundo, se encuentra en la base misma del cristianismo.

Pero, el predicar moderno dirá, es incongruente atribuirle a Jesús una aceptación de "teísmo racional"; Jesús tenía un conocimiento práctico, no teórico, de Dios. En cierto sentido esto es verdad. Ciertamente ninguna parte del conocimiento de Jesús acerca de Dios era meramente teórico; todo lo que Jesús conocía de Dios tocaba su corazón y determinaba sus acciones. En ese sentido, el conocimiento de Jesús acerca de Dios era "práctico." Pero desafortunadamente ese no es el sentido de la afirmación anterior propuesta por el liberalismo moderno. En términos modernos, lo que normalmente se quiere decir al hablar de un conocimiento "práctico" de Dios no es un conocimiento

teórico de Dios que también es práctico, sino un conocimiento práctico que no es teórico—en otras palabras, un conocimiento que no entrega información acerca de la realidad objetiva, un conocimiento que en realidad no es conocimiento en lo absoluto. Y nada podría ser más distante de la religión de Jesús que eso. La relación de Jesús con su Padre Celestial no era una relación con una bondad vaga e impersonal, no era una relación que meramente se vestía en forma simbólica y personal. Muy por el contrario, fue una relación con una Persona real, cuya existencia era tan definitiva y tanto un tema de conocimiento teórico como la existencia de las azucenas del campo que Dios había creado. La base misma de la religión de Jesús era la creencia triunfante en la existencia de un Dios personal.

Y sin esa creencia ningún tipo de religión puede recurrir a Jesús hoy. Jesús fue un teísta, y el teísmo racional está en las bases del cristianismo. Jesús no sostuvo, sin dudas, Su teísmo sobre argumentos; no proveyó de respuestas anticipadas respecto de los ataques Kantianos sobre pruebas teístas. Pero eso no significa que fue indiferente a la creencia que es consecuencia lógica de esas pruebas, sino que la creencia era tan firme, tanto para Él como para los receptores de Su mensaje, que ésta se presupone dentro de su enseñanza. Así que hoy no es necesario que todos los cristianos analicen la base lógica de su creencia en Dios; la mente humana tiene la maravillosa facultad de condensar argumentos perfectamente válidos, y lo que parece ser una creencia instintiva puede realmente ser el resultado de una serie de pasos lógicos. O, más bien puede ser que la creencia en un Dios personal es el resultado de una revelación primitiva, y que las evidencias teístas sólo son la confirmación lógica de la conclusión a la cual se había llegado por otro medio. De cualquier forma, la confirmación lógica de la creencia en Dios es de vital interés para el cristiano; en este punto, al igual que en muchos otros, la religión y la filosofía están conectadas de la forma más íntima posible. La verdadera religión no

puede conciliarse con una filosofía falsa, ni tampoco con una ciencia errada; una cosa no puede ser verdadera en la religión y falsa en la filosofía o la ciencia. Todos los métodos usados para llegar a la verdad, si son válidos, llegarán a un resultado armonioso. Ciertamente el cristianismo ateo o agnóstico, a veces conocido como religión "práctica," no es cristianismo en lo absoluto. En la base misma del cristianismo está la creencia en la existencia real de un Dios personal.

Aunque parezca extraño, mientras el liberalismo moderno condena abiertamente las pruebas teístas, y se refugia en un conocimiento "práctico" que de alguna forma será independiente de los hechos establecidos científica o filosóficamente, al predicador liberal le encanta usar una designación de Dios que no es otra cosa sino teísta; le encanta referirse a Dios como "Padre." El término sin dudas tiene el mérito de atribuirle personalidad a Dios. Efectivamente, muchos de los que lo usan no quieren decir eso realmente; algunos lo usan porque es útil, no porque sea verdad. Pero no todos los liberales son capaces de hacer la distinción sutil entre juicios teóricos y juicios de valor; algunos liberales, aunque probablemente un número que va en disminución, son verdaderos creyentes en un Dios personal. Y tales hombres son verdaderamente capaces de pensar en Dios como un Padre.

El término presenta una concepción muy elevada de Dios. Sin dudas, no es exclusivamente cristiano; el término "Padre" ha sido aplicado a Dios fuera del cristianismo. Aparece, por ejemplo, en la ampliamente aceptada creencia de un "Padre-de-Todos," que prevalece entre muchas razas incluso en compañía del politeísmo; aparece en distintos lugares del Antiguo Testamento y en escritos judíos pre-cristianos posterior al período veterotestamentario. De ninguna forma tales apariciones del término son carentes de importancia. El uso veterotestamentario, en particular, es un digno precursor de la

enseñanza de nuestro Señor; porque aunque en el Antiguo Testamento la palabra “Padre” normalmente designaba a Dios en relación no al individuo, sino a la nación o al rey, el individuo israelita, por ser parte del pueblo escogido, se sentía en una relación peculiarmente íntima con el Dios del pacto. Pero a pesar de esta anticipación a la enseñanza de nuestro Señor, Jesús le trajo tal incomparable enriquecimiento al uso del término, que considerar el pensar en Dios como Padre como algo característicamente cristiano, es un instinto correcto.

Los hombres modernos han sido tan impresionados con este elemento en la enseñanza de Jesús que a veces han tendido a considerarlo como la suma y sustancia de nuestra religión. No estamos interesados, dicen ellos, en muchas cosas por las cuales antiguamente los hombres dieron sus vidas; no estamos interesados en la teología de los credos; no estamos interesados en las doctrinas del pecado y la salvación; no estamos interesados en la obra de la cruz a través de la sangre de Cristo: la simple verdad de la paternidad de Dios y su corolario, la hermandad del hombre es suficiente para nosotros. Podremos no ser muy ortodoxos en el sentido teológico, continúan diciendo, pero por cierto nos reconocerán como cristianos porque aceptamos la enseñanza de Jesús respecto al Padre Dios.

Es muy extraño que personas inteligentes puedan hablar de esta manera. Es muy extraño que aquellos que sólo aceptan la paternidad universal de Dios como la suma y sustancia de la religión puedan considerarse a sí mismos como cristianos o pueden recurrir a Jesús de Nazaret. Porque el hecho evidente es que esta doctrina moderna de la paternidad universal de Dios no formó parte alguna de la enseñanza de Jesús. ¿En qué lugar se puede suponer que Jesús enseñó la paternidad universal de Dios? Ciertamente no fue en la Parábola del Hijo Pródigo. Porque en primer lugar, los publicanos y pecadores,

cuya aceptación por parte de Jesús produjo tanto la objeción de los fariseos como de la respuesta de Jesús a través de una parábola, no eran hombres de cualquier lugar, sino miembros del pueblo escogido y como tales, pueden ser designados como hijos de Dios. En segundo lugar, no hay que sacar conclusiones de los detalles de una parábola. Así que acá, ya que el gozo del padre en la parábola es como el gozo de Dios cuando un pecador recibe salvación de la mano de Jesús, no se deduce que la relación que sostiene Dios con pecadores aún no arrepentidos sea como la de un Padre con sus hijos. ¿Dónde más, entonces, se puede encontrar la paternidad universal de Dios? Ciertamente no en el Sermón del Monte; porque a lo largo del Sermón del Monte aquellos que pueden llamar a Dios como Padre, son distinguidos de la forma más enfática posible del gran mundo de los gentiles que están afuera. Un pasaje en la prédica ha sido usado sin dudas a favor de la doctrina moderna: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.” (Mateo 5:44,45) Pero el pasaje no nos permite llegar a tales conclusiones. Dios es, sin dudas, representado acá como preocupándose por todos los hombres sean buenos o malos, pero ciertamente no es llamado Padre de todos. Efectivamente, casi puede decirse que el punto del pasaje depende del hecho de que no es Padre de todos. Él se preocupa incluso por aquellos que no son sus hijos sino sus enemigos; así que sus hijos, los discípulos de Jesús, deben imitarlo al amar incluso a aquellos que no son sus hermanos sino sus perseguidores. La doctrina moderna de la paternidad universal de Dios no se encuentra en la enseñanza de Jesús. Y no se encuentra en la enseñanza del Nuevo Testamento. Todo el Nuevo Testamento y Jesús mismo efectivamente muestran a Dios estando en una relación con todos los hombres, sean cristianos o no, que es análogo a un padre estando en relación con sus hijos. Él es el Autor de todo ser, y como tal, bien puede ser llamado el Padre de todos. Él se preocupa por todo, y por esa razón también puede ser llamado el

Padre de todo. Aquí y allá la figura de la paternidad parece ser usada para designar esta relación más amplia que Dios sostiene con todos los hombres, incluso con todos los seres creados. Así, en un pasaje aislado en Hebreos, se habla de Dios como “Padre de los espíritus.” (12:9) Aquí, posiblemente, lo que se considera es la relación de Dios, como Creador, con los seres personales que Él ha creado. Una de las instancias más claras del uso de este sentido más amplio de la figura paternal se encuentra en el discurso de Pablo en Atenas, Hechos 17:28: “Porque linaje suyo somos.” Aquí claramente es la relación que Dios tiene con todos los hombres, sean cristianos o no, la que se tiene en mente. Pero las palabras forman parte de un hexámetro y son tomadas de un poeta pagano; no están representadas como parte del Evangelio, sino meramente pertenecientes a los temas comunes que Pablo descubrió al dirigirse a sus oyentes paganos. Este pasaje es lo que típicamente aparece, respecto de la paternidad universal de Dios, en el Nuevo Testamento en su totalidad. Algo análogo a la paternidad universal de Dios es enseñado en el Nuevo Testamento. Aquí y allá, aun la terminología de paternidad y el estado de hijos es usado para describir esta relación general. Pero tales instancias son extremadamente excepcionales. Normalmente el elevado término “Padre” se usa para describir una relación mucho más íntima, la relación que tiene Dios con el grupo de los redimidos.

Entonces, la doctrina moderna de la paternidad universal de Dios que es celebrada como “la esencia del cristianismo,” en el mejor de los casos pertenece realmente a esa religión vaga y natural que forma la presuposición que el predicador cristiano puede usar cuando el Evangelio es proclamado; y cuando se considera como algo tranquilizador y suficiente, entra en directa oposición al Nuevo Testamento. El Evangelio mismo se refiere a algo completamente distinto; la enseñanza neotestamentaria realmente distintiva respecto de la paternidad de Dios le concierne sólo a aquellos que han sido traídos a la familia de la fe.

No hay nada estrecho respecto de esa enseñanza; porque la puerta de entrada a la familia de la fe es abierta a todos. Esa puerta es el “camino nuevo y vivo” que Jesús abrió a través de Su sangre. Y si realmente amamos a nuestro prójimo, no iremos por el mundo, junto con el predicador liberal, tratando de satisfacer a los hombres con la frialdad de una religión vaga y natural. Pero al predicar el Evangelio los invitaremos a la calidez y gozo de la casa de Dios. El cristianismo le ofrece al hombre todo lo que es ofrecido por la enseñanza liberal moderna respecto de la paternidad universal de Dios; pero es cristianismo solamente, porque ofrece infinitamente más que eso.

Pero la concepción liberal de Dios difiere de forma más fundamental aún de la visión cristiana que en los círculos de ideas relacionados con la terminología de la paternidad. La verdad es que, el liberalismo ha perdido la vista de la esencia y centro mismo de la enseñanza cristiana. En la visión cristiana acerca de Dios, como es mostrada en la Biblia, hay muchos elementos. Pero hay un atributo de Dios que es absolutamente fundamental en la Biblia; un atributo es absolutamente necesario para poder presentar al resto de forma inteligible. Ese atributo es la tremenda trascendencia de Dios. De principio a fin a la Biblia le interesa presentar el tremendo abismo que separa a la criatura del Creador. Es cierto, sin dudas, que según la Biblia, Dios es inmanente en el mundo. No caería un gorrión al suelo sin Su control. Pero Él es inmanente en el mundo no porque se identifique con el mundo, sino porque Él es el libre Creador y Sustentador del mundo. Un tremendo abismo se extiende entre la criatura y el Creador.

En el liberalismo moderno, por otra parte, esta clara distinción entre Dios y el mundo se rompe, y el nombre de “Dios” es aplicado al poderoso mundo que se sustenta a sí mismo. Nos encontramos en el medio de un proceso poderoso, que se manifiesta a sí

mismo en lo indefinidamente pequeño y en lo indefinidamente grandioso—en la vida infinitesimal que es revelada a través del microscopio y en los enormes movimientos de las esferas celestiales. A este proceso global, del cual nosotros también formamos parte, le aplicamos el terrorífico nombre de “Dios.” Por ende Dios, se dice efectivamente, no es una Persona distinta a nosotros; todo lo contrario, nuestra vida es parte de la suya. Así, la historia del Evangelio de la Encarnación, según el liberalismo moderno, algunas veces es tomada como un símbolo de la verdad general, que el hombre en su máximo esplendor es uno con Dios.

Es extraño cómo tal representación puede ser considerada como algo nuevo, porque de hecho, el panteísmo es un fenómeno muy antiguo. Siempre ha estado con nosotros, para impedir el crecimiento de la vida religiosa del hombre. Y el liberalismo moderno, aunque no es consistentemente panteísta, de todas formas está panteizando. En todos lados, tiende a derribar la separación entre Dios y el mundo, y la nítida distinción personal entre Dios y el hombre. Aun el pecado del hombre bajo este prisma debería ser considerado, por lógica, como parte de la vida de Dios. Muy distinto es el Dios Vivo y Santo de la Biblia y de la fe cristiana.

El cristianismo difiere del liberalismo, entonces, en primer lugar, en su concepción de Dios. Pero también difiere en su concepción del hombre. El liberalismo moderno ha perdido todo sentido del abismo que separa a la criatura del Creador; su doctrina del hombre es consecuencia directa de su doctrina de Dios. Pero no son sólo las limitaciones del hombre como criatura las que son negadas. Aun más importante es otra diferencia. Según la Biblia, el hombre es un pecador bajo la justa condenación de Dios;

según el liberalismo moderno, en realidad no existe tal pecado. En la base misma del movimiento liberal moderno está la ausencia de la conciencia de pecado.[11]

La conciencia de pecado era anteriormente el punto de partida de toda predicación; pero hoy se ha esfumado. Característica de la era moderna, por sobre todo, es la confianza suprema en la bondad humana; la literatura religiosa de hoy está impregnada de esa confianza. Busquemos bajo la dura caparazón exterior del hombre, se nos dice, y descubriremos suficiente sacrificio personal para fundar sobre este la esperanza de la sociedad; la maldad del mundo, se dice, puede ser superada con lo bueno del mundo; no se necesita ayuda del mundo exterior.

¿Qué ha producido esta satisfacción con la bondad humana? ¿Qué ha ocurrido con la conciencia de pecado? La conciencia de pecado ciertamente se ha perdido. ¿Pero qué la ha removido del corazón de los hombres?

En primer lugar, la guerra probablemente ha tenido que ver con el cambio. En tiempos de guerra, nuestra atención se deposita tan exclusivamente sobre los pecados de otras personas que a veces tendemos a olvidarnos de nuestros propios pecados. La atención a los pecados de otras personas es, efectivamente, necesaria algunas veces. Está muy bien indignarse con cualquier opresión hacia los débiles que está siendo llevada a cabo por los más fuertes. Pero tal hábito mental, si se hace permanente, si es llevado a los días de paz, tiene sus riesgos. Une sus fuerzas con el colectivismo del estado moderno para obscurecer el sentido de culpa individual y de carácter personal. Si John Smith hoy golpea a su esposa, nadie es tan anticuado como para echarle la culpa a John Smith. Por el

[11] Para lo que sigue, ver “La Iglesia en la Guerra,” en The Presbyterian del 29 de mayo de 1919, pp. 10ss.

contrario, se dice, John Smith es evidentemente una víctima de de esa propaganda bolchevista; se debería llamar al Congreso a una sesión extraordinaria para poder tomar el caso John Smith frente a una ley ajena y sediciosa.

Pero la pérdida de la conciencia de pecado es mucho más profunda que la guerra; tiene sus raíces en un poderoso proceso espiritual que ha estado activo en los últimos setenta y cinco años. Tal como otros grandes movimientos, ese proceso ha llegado silenciosamente—tan silenciosamente que sus resultados han sido obtenidos antes de que el hombre común se diera cuenta siquiera de lo que estaba ocurriendo. No obstante, a pesar de toda la continuidad superficial, ha ocurrido un cambio notable en los últimos setenta y cinco años. El cambio es nada menos que la sustitución de paganismo por cristianismo como la cosmovisión predominante. Hace setenta y cinco años, la civilización occidental, a pesar de sus inconsistencias, aún era predominantemente cristiana; hoy, es predominantemente pagana.

Al hablar de "paganismo" no estamos usando un término de reproche. La Grecia antigua era pagana, pero era gloriosa, y el mundo moderno no ha empezado siquiera a igualar sus logros. ¿Qué es, entonces, el paganismo? La respuesta no es muy complicada. El paganismo es aquella cosmovisión que tiene como meta más alta de la existencia humana el desarrollo harmonioso, saludable y feliz de las facultades humanas existentes. Muy distinto es el ideal cristiano. El paganismo es optimista respecto de la naturaleza humana que no recibe ayuda alguna, mientras que el cristianismo es la religión del corazón quebrantado.

Al decir que el cristianismo es la religión del corazón quebrantado, no queremos decir que el cristianismo termina con el corazón quebrantado; no queremos decir que la

actitud cristiana característica es una de golpe continuo al pecho o un llanto continuo que dice “ay de mí.” Nada podría estar más lejos de la realidad. Por el contrario, el cristianismo significa que el pecado es enfrentado de una vez por todas, y luego es arrojado, por la gracia de Dios, para siempre a las profanidades del mar. El problema con el paganismo de la Grecia antigua, como con el paganismo moderno, no estaba en la superestructura, que era gloriosa, sino en los fundamentos, que estaban podridos. Siempre había algo que debía estar cubierto; el entusiasmo del arquitecto se conservaba sólo al ignorar la perturbadora realidad del pecado. En el cristianismo, por otro lado, nada necesita ser cubierto. La realidad del pecado es enfrentada directamente de una vez por todas, y es solucionada por la gracia Dios. Pero entonces, después de que el pecado ha sido removido por la gracia de Dios, el cristiano puede proceder a desarrollar gozosamente toda facultad que Dios le ha dado. Tal es el humanismo cristiano más elevado—un humanismo fundado no sobre el orgullo humano sino sobre gracia divina.

Pero a pesar de que el cristianismo no termina con el corazón quebrantado, sí comienza con el corazón quebrantado; comienza con la conciencia de pecado. Sin la conciencia de pecado, la totalidad del Evangelio parecerá ser un cuento sin valor alguno. ¿Pero cómo puede ser revivida la conciencia de pecado? Algo puede ser logrado, sin dudas, a través de la proclamación de la ley de Dios, ya que la ley revela las transgresiones. La totalidad de la ley, más aun, debiera ser proclamada. Difícilmente será sabio adoptar la sugerencia (recientemente ofrecida en medio de muchas sugerencias respecto de las formas en las que tendremos que modificar nuestro mensaje con el fin de retener la alianza de los soldados que estén regresando) de que debemos dejar de tratar a los pecados pequeños como si fueran grandes pecados. Esa sugerencia quiere decir, aparentemente, que no debemos preocuparnos demasiado de los pecados pequeños, sino que debemos dejarlos tranquilos.

En relación a tal expediente, se puede sugerir quizás, que en la batalla moral estamos luchando contra un enemigo de muchos recursos, que no revela la posición de sus armas a través de una acción aleatoria de artillería cuando planea un gran ataque. En la batalla moral, tal como en la Gran Guerra Europea, los sectores más silenciosos son los más peligrosos usualmente. Es a través de "pecados pequeños" que Satanás logra una entrada a nuestras vidas. Probablemente, será prudente vigilar todos los sectores del frente y no perder tiempo introduciendo la unidad de mando.

Pero si la conciencia de pecado va a ser producida, la ley de Dios debe ser proclamada en las vidas de las personas cristianas y también por medio de la palabra. Es bastante inútil para el predicador lanzar fuego y azufre desde el púlpito, si al mismo tiempo los ocupantes de las bancas siguen tomando el pecado muy ligeramente y estando satisfechos con los estándares morales del mundo. Toda esfera de la Iglesia debe hacer su parte en proclamar la ley de Dios con sus vidas para que los secretos de los corazones de los hombres sean revelados.

Todas estas cosas, sin embargo, son en sí mismas bastante insuficientes para producir conciencia de pecado. Mientras más uno observa la condición de la Iglesia, más se siente uno en la obligación de confesar que la conciencia de pecado es un gran misterio que puede ser producido sólo por el Espíritu de Dios. La proclamación de la ley, en palabra y obra, puede preparar el camino para la experiencia, pero la experiencia misma proviene de Dios. Cuando uno hombre tiene esa experiencia, cuando un hombre tiene la convicción de pecado, toda su actitud frente a la vida es transformada; se asombra frente a su antigua ceguera, y el mensaje del Evangelio, que antes parecía ser un cuento sin valor,

pasa a ser un instinto iluminado. Pero es sólo Dios quien puede producir el cambio. Por favor, no intentemos estar sin el Espíritu de Dios.

El error fundamental de la iglesia moderna es que básicamente está comprometida en una tarea imposible—está afanosamente comprometida a llamar a los justos al arrepentimiento. Los predicadores modernos están tratando de traer hombres a la iglesia sin requerirles que renuncien a su orgullo; están tratando de ayudar a los hombres a evitar la convicción de pecado. El predicador sube al púlpito, abre la Biblia y se dirige a la congregación con algo así como: "Ustedes son muy buenos," dice él; "responden a cada llamado que tenga relación con el bienestar de la comunidad. Ahora tenemos en la Biblia—especialmente en la vida de Jesús—algo tan bueno que creemos que es suficientemente bueno para gente buena como ustedes." Tal es la predicación moderna. Es escuchada cada domingo en miles de púlpitos. Pero es completamente inútil. Ni siquiera nuestro Señor llamó a los justos al arrepentimiento, y probablemente nosotros no tendremos más éxito que Él.

Capítulo IV

La Biblia

El liberalismo moderno, como ha sido observado hasta ahora, ha perdido de vista las dos grandes presuposiciones del mensaje cristiano—el Dios Vivo, y la realidad del pecado. La doctrina liberal de Dios y la doctrina liberal del hombre son ambas diametralmente opuestas a la visión cristiana. Pero la divergencia tiene que ver no sólo con las presuposiciones del mensaje, sino con el mensaje mismo.

El mensaje cristiano ha llegado a nosotros a través de la Biblia. ¿Qué pensaremos respecto de este Libro en el cual el mensaje está contenido?

Según la visión cristiana, la Biblia contiene un relato de una revelación de Dios al hombre que no es encontrada en otro lugar. Es cierto, la Biblia también contiene una confirmación y un maravilloso enriquecimiento de las revelaciones que son dadas también por las cosas que Dios creó y por la conciencia humana. "Los cielos cuentan la gloria de Dios; Y el firmamento anuncia la obra de sus manos"—estas palabras son una confirmación de la revelación de Dios en la naturaleza; "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios"—estas palabras son una confirmación de lo que es certificado por la conciencia. Pero además de tales reafirmaciones de lo que imaginablemente podría ser aprendido en otra parte—de hecho, por la ceguera del hombre, incluso todo esto es aprendido en otras partes sólo que comparativamente en forma más oscura—la Biblia también contiene un relato de una revelación que es

absolutamente nueva. La nueva revelación tiene que ver con la forma en la que el hombre pecador puede tener comunión con el Dios vivo.

El camino fue abierto, según la Biblia, a través de un acto de Dios, cuando, hace casi mil novecientos años atrás, al exterior de los muros de Jerusalén, el Hijo Eterno fue ofrecido como sacrificio por los pecados de los hombres. A ese gran y único evento apunta el Antiguo Testamento, y en ese único evento todo el Nuevo Testamento encuentra su centro y esencia. La salvación, entonces, según la Biblia, no es algo que fue descubierto, sino algo que ocurrió. De ahí aparece la unicidad de la Biblia. Todas las ideas del cristianismo pueden ser descubiertas en otras religiones, pero no habría cristianismo en esa otra religión. Porque el cristianismo depende no de un complejo de ideas, sino de la narración de un evento. Sin ese evento, el mundo, bajo la cosmovisión cristiana, es totalmente oscuro, y la humanidad está perdida bajo el sentimiento de culpa del pecado. No puede haber salvación a través del descubrimiento de una verdad eterna, ya que la verdad eterna no trae más que desesperación, a causa del pecado. Pero la vida tiene un nuevo tinte por medio de la cosa bendita que Dios hizo cuando ofreció a su Hijo unigénito.

Una objeción se levanta a veces contra esta visión desde la Biblia misma.[12] ¿Debemos nosotros, se dice, depender de lo que pasó hace tanto tiempo? ¿Acaso la salvación descansa sobre la examinación de anticuados registros? ¿Es el estudiante calificado de historia palestina el sacerdote moderno sin cuya misericordiosa intervención nadie puede ver a Dios? ¿Acaso no podemos encontrar, en vez, una salvación que sea

[12] Para lo que sigue, comparar con *History and Faith*, 1915, pp. 13-15.

independiente de la Historia, una salvación que dependa sólo con lo que está con nosotros aquí y ahora?

La objeción no carece de peso. Pero ignora una de las evidencias primarias de la verdad del registro del Evangelio: que la evidencia se encuentra en la experiencia cristiana. La salvación sí depende de lo que ocurrió hace mucho tiempo, pero el evento de hace mucho tiempo tiene efectos que continúan hasta el día de hoy. Se nos dice en el Nuevo Testamento que Jesús se ofreció a sí mismo como sacrificio por los pecados de aquellos que creerían en Él. Ese es un registro de un hecho pasado. Pero hoy podemos probar su veracidad y al hacerlo descubrir que es verdad. Se nos dice en el Nuevo Testamento que cierta mañana hace mucho tiempo, Jesús resucitó de los muertos. Nuevamente este es un registro de un hecho pasado. Pero otra vez podemos probar su veracidad, y al hacerlo descubrir que Jesús es verdaderamente un Salvador vivo hoy.

Pero a esta altura un error fatal está al acecho. Es uno de los errores base del liberalismo moderno. La experiencia cristiana, acabamos de mencionar, es útil al confirmar el mensaje del Evangelio. Pero porque es necesaria, muchos hombres han llegado a la conclusión de que es lo único necesario. Al tener una experiencia presente de Cristo en el corazón, ¿no podemos acaso, se nos dice, sujetar esa experiencia sin importar lo que la Historia pueda contarnos respecto de los eventos de la primera mañana de la Pascua? ¿No podemos acaso hacernos totalmente independientes de los resultados de la crítica bíblica? Sin importar qué tipo de hombre la Historia nos pueda decir que fue Jesús de Nazaret realmente, sin importar lo que la Historia pueda decir respecto del verdadero significado de Su muerte o acerca de la historia de Su presunta resurrección, ¿acaso no podemos continuar experimentando la presencia de Cristo en nuestras almas?

El problema es que la experiencia mantenida de esta forma no es una experiencia cristiana. Puede ser una experiencia religiosa, pero ciertamente no es una experiencia cristiana. Porque la experiencia cristiana depende absolutamente de un evento. El cristiano se dice a sí mismo: "He meditado sobre el problema de estar bien con Dios, he tratado de producir una justicia que se mantuviera firme ante Su presencia; pero cuando escuché el mensaje del Evangelio entendí que lo que me había débilmente esforzado en lograr, había sido logrado por el Señor Jesucristo cuando Él murió por mí en la cruz y completó Su trabajo redentor a través de la gloriosa resurrección. Si esto no ha sido hecho aún, si apenas tengo una mera idea de su logro, entonces soy el más miserable de los hombres, ya que aún estoy en mis pecados. Mi vida cristiana, entonces, depende totalmente de la veracidad del registro del Nuevo Testamento."

La experiencia cristiana es usada correctamente cuando confirma la evidencia documentada. Pero jamás podría proveer de un sustituto para esa evidencia documentada. Nosotros sabemos que la historia del Evangelio es veraz en parte por la temprana fecha de los documentos en los cuales aparece, por la evidencia respecto de su autoría, por la evidencia interna de su veracidad, y la imposibilidad de explicarlas basadas en engaño o en un mito. Esta evidencia es confirmada gloriosamente por la experiencia presente, que suma a la evidencia documentada esa franqueza maravillosa e inmediatez de convicción que nos libera de temor. La experiencia cristiana es usada correctamente cuando ayuda a convencernos de que los eventos narrados en el Nuevo Testamento realmente ocurrieron; pero jamás podría permitirnos ser cristianos sea que los eventos hayan ocurrido o no. Es una flor fresca, y debería ser atesorada como un regalo de Dios. Pero si es cortada de su raíz en el bendito Libro, prontamente se marchitará y morirá.

De esta forma la revelación, de la cual encontramos un relato en la Biblia, abarca no solamente una reafirmación de verdades eternas—en sí mismo necesario, pues las verdades han sido oscurecidas por el efecto enceguecedor del pecado—sino también una revelación que muestra el significado de un acto de Dios.

El contenido de la Biblia, entonces, es único. Pero otro hecho acerca de la Biblia también es importante. La Biblia puede contener un relato de una verdadera revelación de Dios, y aun así, el relato puede estar lleno de errores. Antes de que la autoridad completa de la Biblia pueda ser establecida, entonces, es necesario sumarle a la doctrina cristiana de la revelación, la doctrina cristiana de la inspiración. Esta última significa que la Biblia no es solamente un relato de cosas importantes, sino que el relato en si mismo es verdadero; los escritores han sido, de esta forma, preservados de error, a pesar de conservar todos sus hábitos de pensamiento y expresión, de modo que el Libro resultante es "la infalible regla de fe y conducta."

Esta doctrina de la "completa inspiración" ha sido objeto de constante distorsión. Sus oponentes hablan de ella como si hubiese involucrado una teoría mecánica de la actividad del Espíritu Santo. El Espíritu, se dice, es representado en esta doctrina como dictándole la Biblia a los escritores, quienes eran un poco más que unos estenógrafos. Pero claro, todas estas caricaturas no tienen base en realidad, y es más bien sorprendente que hombres inteligentes estén tan sesgados por el prejuicio en relación a este hecho como para no poder examinar por sí mismos los tratados perfectamente accesibles en los que se presenta la doctrina de la completa inspiración. Normalmente se considera una buena práctica el que una cosa sea examinada por uno mismo antes de responder con una burla de mal gusto acerca sobre ella. Pero en relación a la Biblia, tales controles eruditos son de alguna forma considerados como fuera de lugar. Es tanto más

fácil contentarse con unos cuantos adjetivos oprobiosos tales como “mecánica,” y otros por el estilo. ¿Para qué entrar en una crítica seria cuando la gente prefiere la burla? ¿Para qué atacar a un oponente real cuando es más fácil derribar a un hombre de paja?[13]

De hecho, la doctrina de la completa inspiración no niega la individualidad de los escritores bíblicos; no ignora su uso de medios normales de adquirir información; no involucra una falta de interés sobre las situaciones históricas que dieron origen a los libros bíblicos. Lo que sí niega es la presencia de error en la Biblia. Supone que el Espíritu Santo informó de tal manera las mentes de los escritores bíblicos que ellos fueron liberados de caer en el error que estropearía todo el resto de los libros. La Biblia podrá contener un relato de una genuina revelación de Dios, y aun así no contener un relato verdadero. Pero según la doctrina de la inspiración, este relato sí es, de hecho, un verdadero relato; la Biblia es una “regla infalible de fe y práctica.”

Ciertamente esa es una afirmación estupenda, y no es extraño el hecho de que haya sido atacada. Pero el problema es que el ataque no siempre es justo. Si el predicador liberal objetó la doctrina de completa inspiración sobre la base que, de hecho, hay errores en la Biblia, puede estar en lo correcto o puede estar equivocado, pero de cualquier forma la discusión se llevará a cabo sobre un terreno apropiado. Pero ocurre que demasiado a menudo el predicador desea evitar la delicada pregunta de errores en la Biblia—una pregunta que podría ofender al laicado—y prefiere hablar meramente en contra de teorías “mecánicas” de inspiración, la teoría de “dictado,” el “uso supersticioso de la Biblia como un talismán,” y otras por el estilo. Al hombre normal todo esto le parece bastante

[13] Es cierto que hay algunas personas en la iglesia moderna que sí descuidan el contexto de las citas bíblicas y que sí ignoran las características humanas de los escritores bíblicos. Pero en forma completamente injustificada este método defectuoso de usar la Biblia es atribuido, al menos por insinuación, al gran grupo de aquellos que se han mantenido fieles a la inspiración de las Escrituras.

inofensivo. ¿Acaso no dice el predicador liberal que la Biblia es “divina”—que efectivamente es más divina aún porque es más humana? ¿Qué podría ser más edificante que eso? Pero por cierto tales apreciaciones son engañosas. Una Biblia que está llena de errores es ciertamente divina en el sentido panteizante moderno de “divino,” según lo cual Dios es simplemente otro nombre para el curso de la tierra con todas sus imperfecciones y todo su pecado. Pero el Dios al cual adoran los cristianos es un Dios de verdad.

Se debe admitir que hay muchos cristianos que no aceptan la doctrina de completa inspiración. Esa doctrina no es negada sólo por los oponentes liberales del cristianismo, sino también por muchos hombres cristianos de verdad. Hay muchos hombres cristianos en la iglesia moderna que encuentran en el origen del cristianismo no un mero producto de la evolución, sino una entrada real del poder creativo de Dios; hombres que dependen para su salvación, no en sus propios esfuerzos para conducirse en la vida cristiana, sino sobre la sangre reconciliadora de Cristo—hay muchos hombres en la iglesia moderna que de esta forma aceptan el mensaje central de la Biblia y aun así creen que el mensaje ha llegado a nosotros simplemente con la autoridad de testigos confiables, sin ayuda externa de la guía sobrenatural del Espíritu de Dios sobre su trabajo literario. Hay muchos que creen que la Biblia tiene razón en cuanto al punto central, en su relato de la obra redentora de Cristo, y sin embargo creen que contiene muchos errores. Tales hombres no son realmente liberales, sino cristianos; porque han aceptado como verdadero el mensaje sobre el cual depende el cristianismo. Un gran abismo los separa de aquellos que rechazan el acto sobrenatural de Dios con el cual el cristianismo se sostiene o se derrumba.

Otra pregunta, sin embargo, es si la visión de mediación de la Biblia que se sostiene es defendible lógicamente, siendo el problema que nuestro mismo Señor parece

haber tenido en alta estima a la Biblia—algo que aquí se está rechazando. Ciertamente es otra pregunta—y una pregunta que el presente autor respondería negativamente de forma enfática—si es que el pánico respecto de la Biblia, que permite tales concesiones, es justificado por los hechos. Si el cristiano hace un uso completo de sus privilegios como cristiano, él encuentra su autoridad en toda la Biblia, la cual él considera no como meras palabras humanas sino como la misma Palabra de Dios.

Muy distinta es la visión del liberalismo moderno. El liberal moderno rechaza no sólo la doctrina de completa inspiración, sino también el respeto por la Biblia que se le debe dar a cualquier libro medianamente confiable. ¿Pero qué se pone a cambio de la visión cristiana de la Biblia? ¿Cuál es la visión liberal respecto de la autoridad máxima en la religión?[14]

A veces se genera la impresión que el liberal moderno sustituye la autoridad de la Biblia por la autoridad de Cristo. Él no puede aceptar, según dice, lo que él considere como enseñanza moral perversa del Antiguo Testamento o de los argumentos sofistas de Pablo. Pero él se considera a sí mismo como el verdadero cristiano, porque al rechazar el resto de la Biblia, él sólo depende de Jesús.

Esta impresión, sin embargo, es completamente falsa. El liberal moderno realmente no se somete a la autoridad de Jesús. Aun cuando lo hiciera, de todas formas estaría empobreciendo enormemente su conocimiento de Dios y del camino de la salvación. Las palabras de Jesús, entregadas durante su ministerio terrenal, difícilmente podrían contener todo lo que necesitamos saber de Dios y acerca del camino de la

---

[14] Para lo que sigue, comparar con “For Christ or Against Him,” en The Presbyterian, el 20 de enero, 1921, p. 9.

salvación; porque el significado de la obra redentora de Jesús difícilmente podría haber sido manifestado completamente antes de que el trabajo hubiera sido realizado. Podía ser manifestado ciertamente a través de la profecía, y de hecho fue manifestado por Jesús aun en sus días sobre la tierra. Pero la explicación completa podía ser dada naturalmente sólo después de que el trabajo fuera realizado. Y tal fue, en efecto, el método divino. Es hacerle desprecio, no sólo al Espíritu de Dios, sino a Jesús mismo, el considerar la enseñanza del Espíritu Santo, dada a través de los apóstoles, como inferior a la enseñanza de Jesús.

En realidad, sin embargo, el liberal moderno no se somete siquiera a la autoridad de Jesús. Ciertamente no acepta las palabras de Jesús tal y como están registradas en los Evangelios. Ya que entre las palabras registradas de Jesús se encuentran justamente esas cosas que son más repugnantes para la iglesia liberal moderna, y en sus palabras registradas Jesús también apunta hacia la revelación más completa que sería entregada después a través de sus apóstoles. Por lo tanto, evidentemente, las palabras de Jesús que serán consideradas como autoritativas por el liberalismo moderno deben primero ser seleccionadas de entre la masa de palabras registradas a través de un proceso crítico. El proceso crítico ciertamente es muy difícil, y a menudo surge la sospecha de que el crítico está reteniendo como palabras genuinas del Jesús histórico sólo aquellas palabras que se conforman a sus propias ideas preconcebidas. Pero aún después de completado el proceso de selección, el erudito liberal todavía es incapaz de aceptar como autoritativos todos los dichos de Jesús; debe admitir finalmente que aun el Jesús “histórico,” tal como es reconstruido por historiadores modernos, dijo algunas cosas que no son ciertas.

Al menos esto se reconoce. Pero, se sostiene, que a pesar de que no todo lo que Jesús dijo es cierto, su “motivo de vida” central aún debe ser considerado como algo que

regula a la Iglesia. ¿Pero entonces cuál era el motivo de vida de Jesús? Según el Evangelio más corto, y, si se acepta la crítica moderna, el más antiguo, “el Hijo del Hombre vino no a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos.” (Marcos 10. 45) Aquí la muerte vicarial es puesta como el “motivo de vida” de Jesús. Tales palabras deben ser, por supuesto, desechadas por la iglesia liberal moderna. La verdad es que el motivo de vida de Jesús descubierto por el liberalismo moderno no es el motivo de vida del Jesús verdadero, sino que meramente representa esos elementos en la enseñanza de Jesús—aislados y malinterpretados—que resultan coincidir con el programa moderno. No es Jesús, entonces, la verdadera autoridad, sino el principio moderno a través del cual la selección entre la enseñanza registrada de Jesús se ha llevado a cabo. Ciertos principios éticos aislados del Sermón del Monte son aceptados, no porque sean enseñanzas de Jesús, sino porque coinciden con ideas modernas.

No es para nada cierto, entonces, que el liberalismo moderno se basa en la autoridad de Jesús. Es obligado a rechazar una gran parte que es absolutamente esencial en el ejemplo y enseñanza de Jesús—particularmente su conciencia de ser el Mesías celestial. La verdadera autoridad, para el liberalismo, sólo puede ser “la conciencia cristiana” o “experiencia cristiana.” ¿Pero cómo se establecerán las conclusiones de la conciencia cristiana? Ciertamente no a través del voto mayoritario de la iglesia organizada. Tal método obviamente eliminaría toda libertad de conciencia. La única autoridad, entonces, puede ser la experiencia individual; la verdad puede ser sólo aquello que “ayuda” al hombre individual. Tal autoridad obviamente no es autoridad alguna; porque la experiencia individual es infinitamente diversa, y una vez que la verdad es considerada sólo como lo que funciona en un momento dado, deja de ser verdad. El resultado es un profundo escepticismo.

El hombre cristiano, por el contrario, encuentra en la Biblia la mismísima Palabra de Dios. Que no se diga que la dependencia en un libro carece de vida o es algo artificial. La Reforma del siglo dieciséis estuvo fundada sobre la autoridad de la Biblia, y aun así logró despertar el interés del mundo. La dependencia en la palabra de hombres sería servil, pero la dependencia en la palabra de Dios es vida. Oscuro y sombrío sería el mundo si estuviéramos solos y pudiéramos hacer lo que quisiésemos y no tuviéramos la bendita Palabra de Dios. La Biblia, para el cristiano, no es una ley agobiante, sino la carta magna misma de la libertad cristiana.

No es de extrañarse, entonces, que el liberalismo sea totalmente diferente al cristianismo, ya que el fundamento es distinto. El cristianismo está fundado sobre la Biblia. Se basa en la Biblia tanto en su pensamiento como en su vida. El liberalismo, por el contrario, está fundado sobre las emociones cambiantes de hombres pecadores.

Capítulo V

Cristo

Hasta ahora, se han identificado tres puntos de diferencia entre el liberalismo y el cristianismo. Las dos religiones difieren en cuanto a las presuposiciones del mensaje cristiano, la idea de Dios y la idea del hombre; también difieren con respecto a su estimación del Libro en el cual se contiene el mensaje. No es de sorprender, entonces, que difieran fundamentalmente en cuanto al mensaje mismo. Pero antes de considerar el mensaje, debemos considerar a la Persona misma en quien el mensaje se basa. Esa Persona es Jesús. El liberalismo y el cristianismo se oponen radicalmente en su actitud hacia Jesús.

La actitud cristiana hacia Jesús aparece en todo el Nuevo Testamento. Se ha hecho costumbre en los últimos años comenzar el estudio del Nuevo Testamento con las Epístolas de Pablo.[15] Esta costumbre se basa en el error muchas veces; se basa, a veces, en la idea de que las Epístolas paulinas son fuentes "primarias" de información, mientras que los Evangelios son fuentes "secundarias." De hecho, los Evangelios, al igual que las Epístolas, son fuentes primaras del más alto valor posible. Sin embargo, la costumbre de empezar por Pablo al menos es conveniente. Su conveniencia proviene del gran acuerdo que se mantiene con respecto a las Epístolas paulinas.

[15] Este método de acercamiento al texto ha sido estudiado por el presente autor en *The Origin of Paul's Religión*, 1921.

Existe debate en cuanto a la fecha y la autoría de los Evangelios; pero en cuanto a la fecha aproximada y a la autoría de las Epístolas de Pablo, todos los historiadores serios concuerdan, sean cristianos o no. Se admite universalmente que las principales Epístolas existentes atribuidas a Pablo fueron escritas por un hombre de la primera generación cristiana, un contemporáneo de Jesús que estuvo en contacto con ciertos amigos íntimos de Jesús. ¿Cuál era la actitud hacia Jesús de Nazaret, entonces, de este representante de la primera generación cristiana?

La respuesta no deja lugar a dudas. La actitud del apóstol Pablo hacia a Jesús siempre estuvo enmarcada dentro de una verdadera relación religiosa. Para Pablo, Jesús no fue un simple ejemplo de fe; más que todo, Él era el objeto de la fe. La religión de Pablo no consistía en tener fe en Dios como la fe que Jesús tenía en Dios; más bien, consistía en tener fe en Jesús. Mirar a Jesús como ejemplo no es algo ausente en las Epístolas paulinas, y ciertamente no fue algo ausente en la vida de Pablo. Pablo veía el ejemplo de Jesús no sólo en los actos de encarnación y propiciación, sino también en la vida diaria de Jesús en Palestina. Se debe evitar toda exageración con respecto a este asunto. Es claro que Pablo sabía más de la vida de Jesús de que lo que dejó plasmado con palabras en sus Epístolas; claramente las Epístolas no contienen toda la instrucción que Pablo les había dado a las iglesias al comienzo de su vida cristiana. Pero, incluso después de haber evitado las exageraciones, el hecho es suficientemente significativo. El hecho evidente es que la imitación de ejemplo de Jesús, siendo importante para Pablo, es absorbida por algo aun más importante. La cosa de mayor importancia para Pablo no era el ejemplo de Jesús, sino Su obra redentora. La religión de Pablo no consistía primeramente en fe en Dios como la fe de Jesús; consistía en la fe en Jesús; sin reservas, Pablo le entregaba a Jesús el destino eterno de su alma. Eso es lo que queremos decir con que la actitud de Pablo estaba enmarcada en una verdadera relación religiosa.

Pero Pablo no fue el primero en tener esta relación religiosa con Jesús. Evidentemente, en este punto decisivo, Pablo simplemente continuaba con una actitud hacia Jesús que ya había sido asumida por aquellos cristianos que vinieron antes de él. De hecho, Pablo no fue inducido a tener tal actitud por medio de las persuasiones de los discípulos más antiguos; el Señor mismo lo convirtió en el camino a Damasco. Sin embargo, la fe a la cual el Señor lo indujo fue, en esencia, la misma fe que ya había existido en medio de los discípulos anteriores a Pablo. De hecho, Pablo se refería al testimonio de la obra redentora de Cristo como algo que había "recibido"; y en la Iglesia primitiva, tal testimonio evidentemente ya había sido acompañado por una confianza en el Redentor. Pablo no fue el primero en tener fe en Jesús, distinguiendo tal fe de la fe en Dios que Jesús tenía; Pablo no fue el primero en hacer a Jesús el objeto de la fe.

Sin duda todo el mundo estará de acuerdo con esto. Pero, ¿quiénes fueron los predecesores de Pablo que hicieron a Jesús el objeto de la fe? La respuesta obvia siempre ha sido que fueron los primeros discípulos en Jerusalén, y tal respuesta se sostiene en base abundantemente firme. En años recientes, Bousset y Heitmuller han hecho un curioso intento de ponerlo en duda. Lo que Pablo "recibió," se sugiere, fue recibido, no de parte de la Iglesia primitiva de Jerusalén, sino de parte de comunidades cristianas tales como la de Antioquía. Pero este intento de interponer un vínculo extra entre la Iglesia de Jerusalén y Pablo ha sido un fracaso. Las Epístolas entregan información abundante sobre las relaciones de Pablo con Jerusalén. Pablo estaba interesado profundamente en la Iglesia de Jerusalén; en oposición a sus oponentes judaizantes, los cuales habían usado a los apóstoles originales en su contra con respecto a ciertos asuntos, Pablo es enfático en su acuerdo con Pedro y los demás. Pero incluso los judaizantes no tenían objeción alguna en cuanto a la forma en que Pablo se refería a Jesús como el objeto de la fe; en cuanto a esto,

en las Epístolas no existe la más mínima sospecha de un debate. Hubo discusión acerca del lugar de la ley mosaica en la vida cristiana, aunque incluso en tales asuntos los judaizantes usaron a los apóstoles originales injustificadamente en contra de Pablo. Pero en cuanto a la actitud hacia Jesús, los apóstoles originales evidentemente no dieron la más mínima muestra de desacuerdo con la enseñanza de Pablo. Sin duda, al hacer a Jesús el objeto de la fe religiosa—lo cual estaba tanto en el corazón como en el alma de la religión de Pablo—Pablo no discordaba con lo que los apóstoles habían enseñado antes de él. Si hubiese existido tal desacuerdo, la "diestra en señal de compañerismo" que los pilares de la Iglesia de Jerusalén dieron a Pablo (Gálatas 2:9) habría sido impensable. Los hechos son demasiado evidentes. La historia de la Iglesia primitiva es un acertijo imposible a menos que la Iglesia de Jerusalén, tal como Pablo, hubiese hecho a Jesús el objeto de la fe religiosa. El cristianismo primitivo ciertamente no consistía en la mera imitación del ejemplo de Jesús.

Pero esta "fe en Jesús," ¿era justificada por la enseñanza de Jesús mismo? La pregunta ya ha sido contestada en el Capítulo II. Se demuestra ahí que Jesús ciertamente no mantuvo a Su Persona al margen de Su Evangelio sino, por el contrario, se presentaba a sí mismo como el Salvador de los hombres. La demostración de tal hecho fue el mérito más grande de James Denney. Su trabajo sobre "Jesús y el Evangelio" es defectuoso en algunos aspectos; es arruinado por una indebida concesión hacia algunos tipos de crítica moderna. Pero a pesar de su concesión en cuanto a asuntos importantes, su tesis principal se mantiene muy firme. Denney ha demostrado que sin importar qué punto de vista se tome en cuanto a las fuentes que subyacen a los Evangelios, y sin importar qué elementos de los Evangelios se descarten como secundarios, incluso el supuesto "Jesús histórico," tal como se le deja después de todo el proceso crítico, Jesús continúa presentándose a sí mismo no sólo como el ejemplo de la fe, sino como el objeto de la fe.

Se debe añadir, sin embargo, que Jesús no invitaba a los hombres a confiar en Él minimizando la carga que se ofrecía a soportar. Jesús no dijo: "Confíen en mí para ser aceptados por Dios, porque ser aceptados por Dios no es difícil; después de todo, Dios no toma el pecado tan seriamente." Por el contrario, Jesús presentaba la ira de Dios de una manera mucho más terrible de la que Sus discípulos presentaron; fue Jesús—Jesús, a quien los liberales modernos representan como un suave exponente de un amor incriminado—fue Jesús el que hablo de la oscuridad y del fuego eterno, del pecado que no será perdonado en este mundo ni en el venidero. En la enseñanza de Jesús, no hay nada acerca del carácter de Dios que, en sí mismo, evoque confianza. Por el contrario, la terrible presentación puede provocar, en los corazones de nosotros pecadores, sólo desesperación. La confianza sólo aparece cuando ponemos atención a la forma de salvación que Dios ofrece. Y tal forma se ofrece en Jesús. Jesús no llamaba a confiar en Él entregando una presentación minimizada de lo que era necesario para que los pecadores se pudieran presentar sin mancha frente al trono de Dios. Por el contrario, Él llamaba a confiar en la presentación de Su maravillosa Persona. Grande era la culpa del pecado, pero más grande era Jesús. Dios, según Jesús, era un Padre amoroso; pero un Padre amoroso, no con aquellos del mundo pecador, sino con aquellos a quienes Él mismo había traído a Su Reino por medio de Su Hijo.

Es verdad: el testimonio del Nuevo Testamento con respecto a Jesús como el objeto de la fe, es un testimonio absolutamente unitario. Es algo tan enraizado en los registros del cristianismo primitivo que no puede ser quitado por ningún proceso crítico. El Jesús del cual se habla en el Nuevo Testamento no era un simple maestro de justicia, el pionero de un nuevo tipo de vida religiosa, sino Uno al cual se le refiere, a cual Él mismo se refiere, como el Salvador en quien los hombres pueden confiar.

Pero en el liberalismo moderno se le refiere de una manera totalmente diferente. Los cristianos están en una relación religiosa con Jesús; los liberales no se relacionan con Jesús de una manera religiosa—¿podría haber una diferencia más profunda que esa? El predicador liberal moderno hace reverencia a Jesús; siempre tiene el nombre de Jesús en sus labios; habla de Jesús como la revelación suprema de Dios; entra, o trata de entrar, en la vida religiosa de Jesús. Pero no se relaciona con Jesús en una relación religiosa. Para él, Jesús es un ejemplo de fe, pero no el objeto de la fe. El liberal moderno trata de tener fe en Dios como la fe que supone Jesús tuvo en Dios; pero él no tiene fe en Jesús.

Según el liberalismo moderno, en otras palabras, Jesús fue el fundador del cristianismo porque Él fue el primer cristiano, y el cristianismo consiste en mantener la vida religiosa que Jesús instituyó.

¿Era Jesús un cristiano? O, para poner la misma pregunta en otros términos, ¿podemos o debemos, como cristianos, entrar en todo sentido a la experiencia de Jesús y hacerlo nuestro ejemplo en todo sentido? Muchas dificultades se presentan en cuanto a esta pregunta.

La primera dificultad se presenta en la consciencia mesiánica de Jesús. La Persona que nos pide tomar como nuestro ejemplo pensaba de sí mismo que era el Hijo del Hombre, quien sería el Juez final de toda la tierra. ¿Podemos imitarlo en ese sentido? El problema no es sólo que Jesús tenía una misión que nunca podrá ser nuestra. Es concebible que tal dificultad sea superada; aún podríamos tomar a Jesús como nuestro ejemplo al adaptar a nuestra realidad el tipo de carácter que Él mostró en su propia realidad. Pero hay otra dificultad más seria. El problema real es que si la elevada

presunción de Jesús estaba injustificada, como el liberalismo moderno se sujeta a creer, la presunción deposita una mancha en el expediente moral del carácter de Jesús. ¿Qué se debe pensar de un ser humano que se desvió tanto del camino de la humildad y de la sanidad mental como para creer que el destino eterno del mundo estaba en Su manos? La verdad es que si Jesús es tomado meramente como un ejemplo, no merece serlo; Jesús decía ser mucho más que eso.

En contra de esta objeción, el liberalismo moderno ha adoptado usualmente la política de mitigación. La consciencia mesiánica, se dice, apareció más tarde en la experiencia de Jesús, y en realidad no era algo fundamental. Lo realmente fundamental, dicen los historiadores liberales, era la consciencia de ser hijo de Dios—una consciencia que puede ser compartida por todo discípulo humilde. La consciencia mesiánica, desde este punto de vista, aparece sólo como una idea posterior. Jesús estaba consciente, se dice, de estar frente a Dios en una relación filial sin problemas. Pero descubrió que esta relación no era compartida por otros. Se dio cuenta, entonces, de la misión de traer a otros al lugar de privilegio que Él ya ocupaba. Esa misión lo hizo único, y para dar expresión a tal particularidad, adoptó—tarde en Su vida y casi en contra de Su propia voluntad—la defectuosa categoría de Mesías.

De muchas formas se han hecho reconstrucciones psicológicas de Jesús en los años recientes. El mundo moderno ha dedicado sus mejores esfuerzos a esta tarea. Pero todos los esfuerzos han terminado en fracaso. En primer lugar, no hay evidencia real de que el Jesús reconstruido es histórico. Las fuentes no saben nada de un Jesús que adoptó la categoría de Mesías tarde en la vida y en contra de Su voluntad. Por el contrario, el único Jesús que presentan es el Jesús que basó todo Su ministerio sobre esta grandiosa presunción. En segundo lugar, aun si la reconstrucción moderna fuera histórica, no

resolvería el problema de ninguna manera. El problema es tanto moral como psicológico. ¿Cómo puede un ser humano que pasó del camino de la rectitud a creer ser el juez de toda la tierra—cómo puede tal ser humano ser considerado el ejemplo supremo de la humanidad? No puede en absoluto ser respuesta a la objeción que Jesús aceptó la categoría de Mesías hacia el final de Su vida y en contra de Su voluntad. Sin importar cuán tarde sucumbió a la tentación, el hecho evidente es, desde esta perspectiva, que sucumbió; y tal derrota moral deposita una mancha imborrable en Su carácter. Sin duda es posible excusarle, y muchas excusas han sido dadas por los historiadores liberales. Pero, entonces, ¿qué pasa con la presunción del liberalismo de ser verdaderamente cristiano? ¿Se puede hablar de un hombre, para el cual se deben presentar excusas, como presentable ante sus críticos modernos en una relación en lo más mínimo análoga a la cual el Jesús del Nuevo Testamento se presenta ante la Iglesia Cristiana?

Pero hay otra dificultad en llamar a Jesús simplemente el primer cristiano. Esta segunda dificultad tiene que ver con actitud de Jesús hacia el pecado. Si Jesús es distinguido de nosotros por su consciencia mesiánica, es separado de nosotros incluso más fundamentalmente por la ausencia en Él de una consciencia de pecado.

Con respecto a la naturaleza sin pecado de Jesús, los historiadores liberales modernos se encuentran en un dilema. Afirmar que Jesús no tenía pecado significa renunciar a mucha de la comodidad en la defensa de la religión liberal que los historiadores liberales ansiosamente desean preservar, e involucra suposiciones muy peligrosas respecto de la naturaleza del pecado. Porque si el pecado es meramente imperfección, ¿cómo puede su negación absoluta ser aplicada al proceso de la naturaleza que supuestamente está en constante cambio y constante avance? La idea misma de "sin pecado," y mucho más su realidad, requiere que entendamos el pecado como la

trasgresión de una ley fija o estándar fijo, e involucra la idea de un bien absoluto. Pero para tal concepción de un bien absoluto, la perspectiva evolucionaria moderna del mundo, propiamente hablando, no tiene derecho alguno. En cualquier caso, si se le permite entrada a tal bien absoluto en algún punto del proceso global presente, nos involucraríamos en ese supernaturalismo que, como se observará más tarde, es la mismísima cosa que la reconstrucción moderna del cristianismo desea tan ansiosamente evitar. Una vez que se acepta que Jesús no tenía pecado y que todos los demás hombres son pecadores, se ha entrado a un conflicto irreconciliable con todo el punto de vista moderno. Por otro lado, si existen objeciones científicas, desde el punto de vista liberal, en contra de la afirmación de la naturaleza sin pecado de Jesús, también existen objeciones religiosas bastante obvias en contra de la afirmación opuesta de la pecaminosidad de Jesús—dificultades tanto para el liberalismo moderno como para la teología de la Iglesia histórica. Si Jesús era pecador tal como otros hombres, el último remanente de su peculiaridad habría desaparecido, y toda la continuidad con el previo desarrollo del cristianismo sería destruido.

Frente a este dilema, el historiador liberal moderno está inclinado a evitar aserciones precipitadas; no estará seguro de que cuando Jesús le enseñó a Sus discípulos a decir, "Perdona nuestras deudas," Él oraba lo mismo junto con ellos; por otro lado, no enfrentará realmente los resultados que siguen lógicamente de su duda. En su perplejidad, se contenta con la aserción de que, haya sido Jesús pecador o no, Él estaba de todas maneras inconmensurablemente por sobre nosotros. Si Jesús "no tenía pecado," es un tema académico que tiene que ver con los misterios del absoluto, se nos dirá probablemente; lo que necesitamos hacer es rendirnos en sencilla reverencia ante una santidad que, comparada a nuestra impureza, es una blanca luz en una oscura habitación.

Difícilmente se requieren pruebas para decir que tal evasión a la dificultad es insatisfactoria; obviamente el teólogo liberal está tratando de obtener las ventajas religiosas de una afirmación de impecabilidad de Jesús, al mismo tiempo que trata de obtener las supuestas ventajas científicas de la negación de la misma. Pero por ahora no estamos interesados en la pregunta; no estamos interesados en determinar si, de hecho, Jesús tenía o no pecado. Lo que necesitamos ver por ahora es que Jesús, haya sido pecador o no, en el relato de Su vida que ha llegado hasta nuestras manos, no muestra ninguna consciencia de pecado. Incluso si las palabras "¿Por qué me llamas bueno?" indicaran que Jesús rechazaba el atributo de bondad—que no es el caso—todavía sería cierto que Él nunca, en los registros que hay de Sus palabras, Él nunca trató en forma identificable con pecado en Su propia vida. En el relato de la tentación se nos dice que no dejó que el pecado entrara, pero nunca se nos dice cómo lo enfrentó después de que su entrada había ocurrido. La experiencia religiosa de Jesús, como se encuentra registrada en los Evangelios, en otras palabras, no nos da información alguna acerca de la manera en la cual el pecado será borrado.

Pero a Jesús sí se le representa en los Evangelios tratando el problema del pecado. Él siempre asume que los otros hombres son pecadores; pero Él nunca identifica pecado en Su vida. Una gran diferencia se encuentra aquí entre la experiencia de Jesús y la nuestra.

Esa diferencia evita que la experiencia religiosa de Jesús sea la única base de la vida cristiana. Porque, claramente, si el cristianismo sirve de algo, es porque sirve para deshacerse del pecado. Si no es eso, es totalmente inútil; porque todos los hombres han pecado. Y, de hecho, así ha sido desde el principio. Aunque el principio de la predicación cristiana sea ubicado en el día de Pentecostés o en los días en que Jesús comenzó Su

ministerio en Galilea, cualquiera sea el caso, una de las primeras palabras que se dijo fue "Arrepiéntanse." A través de todo el Nuevo Testamento, el cristianismo de la Iglesia primitiva es representado claramente como una forma de deshacerse del pecado. Pero si el cristianismo se trata de deshacerse del pecado, entonces Jesús no era cristiano; porque Jesús, hasta donde podemos ver, no tenía ningún pecado del cual deshacerse.

¿Por qué, entonces, los primeros cristianos se llamaban a sí mismos seguidores de Jesús? ¿Por qué se identificaban con Su nombre? La respuesta no es difícil. Se vinculaban con Su nombre no porque Él les había enseñado a deshacerse del pecado por sí mismos, sino porque la forma de deshacerse del pecado era por medio de Él. Lo que Jesús hizo por ellos, y no fundamentalmente Su ejemplo de vida, era lo que los hacía cristianos. Tal es el testimonio de todos nuestros primeros registros. El registro es completo, como ya se ha observado, en el caso del apóstol Pablo; claramente Pablo se refería a sí mismo como salvo del pecado por medio de lo que Jesús había hecho por él en la cruz. Pero Pablo no estaba solo. "Cristo murió por nuestros pecados" no fue algo a lo que Pablo dio origen; fue algo que "recibió." Los beneficios de la obra salvífica de Cristo, según la Iglesia primitiva, debían ser recibidos por fe; incluso si la formulación clásica de esta convicción fuera probada como original de Pablo, la convicción misma claramente vuelve al principio de todo. Los primeros cristianos se reconocían en necesidad de salvación. ¿Cómo, se preguntaban, cómo será quitada la carga del pecado? La respuesta es perfectamente clara. Simplemente confiaban en que Jesús la quitaría. En otras palabras, tenían "fe" en Él.

Aquí otra vez somos puestos cara a cara con el hecho significativo que fue notado al principio de este capítulo; los primeros cristianos se referían a Jesús, no meramente como un ejemplo de la fe, sino primeramente como el objeto de la fe. El

cristianismo, desde sus inicios, era un medio para deshacerse del pecado a través de la confianza en Jesús de Nazaret. Pero si Jesús era, por tanto, el objeto de la fe cristiana, Él mismo no podía ser un cristiano, tal como Dios no puede ser un ser religioso. Dios es el objeto de toda religión; Él es absolutamente necesario para toda religión; pero Él es el único ser en el universo que no puede ser, por Su naturaleza, un ser religioso. Tal es el caso de Jesús en la fe cristiana. La fe cristiana es confianza que reposa en Él para la remoción del pecado; Él no podría confiar (en el sentido que aquí nos referimos) en sí mismo; por ende, ciertamente Jesús no era un cristiano. Si estamos buscando una ilustración completa de la vida cristiana, no podremos encontrarla en la experiencia religiosa de Jesús.

Esta conclusión necesita ser resguardada de dos objeciones. En primer lugar, se dirá, ¿no estaremos yendo en contra de la verdadera humanidad de Jesús, la cual se afirma tanto en los credos de la Iglesia como en la teología moderna? Cuando decimos que Jesús no puede ilustrar la fe cristiana en la misma manera en que Dios no puede ser religioso, ¿acaso no le estamos negando a Jesús esa experiencia religiosa, la cual es un elemento necesario en la verdadera humanidad? ¿No debería Jesús, si realmente era un hombre, haber sido más que el objeto de una fe religiosa, no debería haber tenido Su propia religión? No es difícil dar respuesta a tales preguntas. Ciertamente Jesús tenía una religión propia; Su oración era una oración de verdad, Su fe era una fe religiosa de verdad. La relación con Su Padre celestial no era meramente la relación de un padre con un hijo; era la de un hombre a su Dios. Ciertamente Jesús tenía una religión; sin ella, de cierto Su humanidad hubiese sido incompleta. Sin duda Jesús tenía una religión; el hecho es de máxima importancia. Pero es igualmente importante observar que esa religión que Jesús tenía no era cristianismo. El cristianismo era una forma de deshacerse del pecado, y Jesús no tenía pecado. Su religión era una religión del Paraíso, no una religión de la

humanidad pecaminosa. Era una religión a la cual nosotros quizás tengamos de alguna manera en el cielo, cuando el proceso de nuestra purificación sea completo (aunque la memoria de haber sido redimidos jamás nos dejará); pero ciertamente no es una religión con la cual podemos empezar. La religión de Jesús era una religión de una relación filial sin problemas. El cristianismo es una religión en la cual esa relación filial se alcanza por medio de la obra redentora de Cristo.

Pero si es cierto, se puede objetar, en segundo lugar, que se está alejando a Jesús de nosotros, también es cierto que Él ya no puede ser nuestro Hermano ni nuestro Ejemplo. Esta objeción es bienvenida, ya que ayuda a evitar entendimientos errados y exageraciones.

Ciertamente si el celo por la grandeza y particularidad de Jesús nos llevara a separarlo de nosotros, de tal manera que ya no pudiese ser tocado por el sentimiento de nuestras enfermedades, el resultado sería desastroso; la venida de Jesús perdería mucho de su significado. Pero debe observarse que la similitud no es siempre necesaria a la cercanía. La experiencia de un padre en relación a su hijo es muy diferente de la relación de un hijo a su padre; pero es esa misma diferencia la que une tan cercanamente a padre e hijo. El padre no puede compartir el afecto específicamente filial del hijo, y el hijo no puede compartir el afecto específicamente paternal del padre: aún así, ni siquiera la relación de hermanos, quizás, podría ser tan cercana. La paternidad y la filiación son complementos una de la otra; de ahí la disimilitud, y de ahí también la cercanía del lazo. Puede ser, más o menos, el mismo caso en nuestra relación con Jesús. Si Él fuera exactamente lo mismo que nosotros, si Él fuera nuestro Hermano meramente, no seríamos tan cercanos a Él como cuando Él tiene la posición de Salvador en la relación.

No obstante, Jesús es de hecho nuestro Hermano como también nuestro Salvador—un Hermano mayor, cuyos pasos debemos seguir. Imitar a Jesús ocupa un lugar fundamental en la vida cristiana; es perfectamente correcto representarle como nuestro único, perfecto y supremo ejemplo.

Ciertamente, en el terreno de la ética, no puede haber disputa. Sin importar el punto de vista que se tome de Su origen y Su elevada naturaleza, Jesús ciertamente llevaba una vida verdaderamente humana, y en ella entró en relaciones humanas que dan oportunidad para logros morales. Su vida de perfecta pureza no fue vivida en un frío distanciamiento de las presiones y el gentío; Su amor desinteresado no se mostró sólo en grandes prodigios, sino también en actos de bondad que sólo los más humildes entre nosotros podríamos imitar, si es que tuviéramos la voluntad de hacerlo. Más efectiva que todo detalle es, también, la indefinible impresión del todo; Jesús mismo es mucho más grande que cualquiera de Sus obras o palabras. Su calma, desinterés propio y fuerza ha sido la gran maravilla de todos los tiempos; el mundo no puede volver a inspirarse en Su radiante ejemplo.

Jesús es un ejemplo, además, no sólo en las relaciones entre los hombres, sino también en la relación de hombre con Dios; imitarle puede y debe expandir la esfera de la religión, como también la de la ética. De hecho, la ética y la religión nunca estuvieron separadas en Él; ningún elemento de Su vida puede entenderse sin no es con referencia a Su Padre celestial. Jesús es el hombre más religioso que jamás ha vivido; nada hizo, nada dijo, nada pensó sin tener en mente a Dios. Si Su ejemplo algo significa, significa que la vida humana sin la presencia consciente de Dios—incluso si es una vida de servicio humanitario externamente similar a la de Jesús—es una monstruosa perversión. Si de verdad queremos seguir los pasos de Jesús, debemos obedecer el primer mandamiento

como también el segundo, el cual es similar; debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, y con todas nuestras fuerzas. La diferencia entre Jesús y nosotros sólo sirve para reforzar la lección, ciertamente no para invalidarla. Si Aquel a quien todo el poder se la entregado necesitaba renovación y fortalecimiento en oración, nosotros más; si para Aquel a quien los lirios del campo revelaban la gloria de Dios iba al santuario, de seguro nosotros lo necesitamos aun más que Él; si el sabio y Santo dijo "Hágase Tu voluntad," por seguro el sometimiento a Él es aun más necesario para nosotros, pues nuestra sabiduría es como las tonterías de los niños.

De esta forma, Jesús es el ejemplo supremo para los hombres. Pero el Jesús que puede servir como ejemplo no es el Jesús recreado por los liberales modernos, sino sólo el Jesús del Nuevo Testamento. El Jesús del liberalismo moderno hizo estupendas afirmaciones que no estaban basadas en hechos—semejante conducta jamás debiera ser considerada como norma. El Jesús del liberalismo moderno a lo largo de su ministerio usó un lenguaje extravagante y absurdo—y sólo se puede esperar, que al imitarlo, sus discípulos actuales no lleguen a tener tal extravagancia. Si el Jesús recreado de forma naturalista realmente fuera tomado como ejemplo, sería desastroso. Pero de hecho, el liberal moderno realmente no toma al Jesús de los historiadores liberales como su ejemplo; en la práctica, lo que realmente hace es elaborar, como su ejemplo, a un exponente simple de una religión no-doctrinal a quien los historiadores competentes, aun de su propia escuela, consideran como inexistente excepto en la mente de hombres modernos.

Muy distinta es la imitación del verdadero Jesús—el Jesús del Nuevo Testamento que realmente vivió en el primer siglo de nuestra era. Ese Jesús hizo

afirmaciones elevadas; pero sus afirmaciones, en vez de ser nada más que sueños extravagantes de un entusiasta, eran la franca verdad. Por lo tanto, en sus labios el lenguaje, que en el reducido Jesús de la recreación moderna sería frenético y absurdo, se convierte en algo cargado de bendición para la humanidad. Jesús exigió de aquellos que lo siguieran el estar dispuestos a romper aun los vínculos más sagrados—Él dijo, "Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre… no puede ser mi discípulo," y "Deja que los muertos entierren a sus muertos." Viniendo del mero profeta creado por el liberalismo moderno, esas palabras serían monstruosas; viniendo del verdadero Jesús, son sublimes. ¡Cuán grande fue la misión de misericordia que avaló tales palabras! ¡Y qué maravillosa la condescendencia del Hijo Eterno! ¡Cuán inigualable el ejemplo para los hijos del hombre! Bien puede Pablo recurrir al ejemplo de nuestro Salvador encarnado; bien puede decir, "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús." La imitación del verdadero Jesús jamás llevará a un hombre a extraviarse.

Pero el ejemplo de Jesús es un ejemplo perfecto sólo si está justificado en lo que ofrecía a los hombres. Y Él ofrecía, no una guía, primordialmente, sino salvación; Él se presentó a sí mismo como el objeto de la fe de los hombres. Esa oferta es rechazada por el liberalismo moderno, pero es aceptado por hombres cristianos.

Hay una profunda diferencia, entonces, en la actitud tomada por el liberalismo moderno y por el cristianismo hacia Jesús el Señor. El liberalismo lo considera un Ejemplo y una Guía; el cristianismo, como un Salvador: el liberalismo lo convierte en un ejemplo para tener fe; el cristianismo, en el objeto de la fe.

Esta diferencia en la actitud hacia Jesús depende de una profunda diferencia en relación a la pregunta de quién era realmente Jesús. Si Jesús sólo era lo que suponen los

historiadores liberales, entonces tener confianza en Él sería algo fuera de lugar; nuestra actitud hacia Él podría ser como la de un aprendiz hacia su Maestro y nada más. Pero si Él fue lo que el Nuevo Testamento dice que fue, entonces podemos encomendarle con seguridad el destino eterno de nuestras almas. ¿Cuál es, entonces, la diferencia entre el liberalismo y el cristianismo respecto de la Persona de nuestro Señor?

Puede ser difícil presentar la respuesta en detalle. Pero el punto esencial puede ser casi puesto en una sola palabra—el liberalismo considera a Jesús como lo mejor de la humanidad; el cristianismo lo considera como una Persona sobrenatural.[16]

La idea de Jesús como una Persona sobrenatural fluye a lo largo de todo el Nuevo Testamento. En las Epístolas de Pablo, desde luego, esto es bastante claro. Sin la menor duda, Pablo separó a Jesús del resto de la humanidad y lo consideró a la altura de Dios. Las palabras en Gálatas 1:1, "no por disposición de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de los muertos," son algo típico de lo que aparece por todos lados en las Epístolas. El mismo contraste entre Jesucristo y la humanidad común y corriente es algo que se presupone en todos lados. Sin duda Pablo se refiere a Jesús un hombre. Pero la forma en la que habla de Jesús como un hombre sólo profundiza la impresión que uno ya ha recibido. Pablo habla acerca de la humanidad de Jesús aparentemente como si el hecho de que Jesús fuera un hombre hubiese sido algo raro, algo maravilloso. De cualquier forma, el hecho realmente sobresaliente en las Epístolas de Pablo, es que Jesús es separado de la humanidad común y corriente en todos lados; la deidad de Cristo es algo que se presupone por todas partes. No es de sorprender, consecuentemente, que Pablo aplique a Jesús en algún momento la palabra griega que se

[16] Comparar con *The Origin of Paul's Religion*. 1921, pp. 118-13.

traduce como "Dios" en la Biblia en inglés; ciertamente es muy difícil, considerando Romanos 9:5, negar que lo hace. Sea como sea, el término "Señor," que es la designación regular de Pablo a Jesús, realmente es tanto una designación de deidad como lo es el término "Dios." Era una designación de deidad aun en las religiones paganas, algo que era muy familiar para los convertidos de Pablo; y (lo que es mucho más importante) en la traducción griega del Antiguo Testamento, que era común en los días de Pablo y fue usada por el Apóstol mismo, el término era usado para traducir el "Yahveh" del texto hebreo. Y Pablo no titubea en aplicarle a Jesús pasajes estupendos del Antiguo Testamento griego en donde el término Señor se refiere al Dios de Israel. Pero lo que probablemente es lo más significativo para que la enseñanza paulina acerca de la Persona de Jesús sea establecida, es que en todos lados Pablo tiene una actitud religiosa hacia Jesús. De esta forma, Aquel quien es el objeto de la fe religiosa, no es, sin duda, un mero hombre, sino una Persona sobrenatural, y realmente una Persona que era Dios.

Así, Pablo consideraba a Jesús como una Persona sobrenatural. Este hecho sería sorprendente si fuese entendido por sí solo. Pablo era un contemporáneo de Jesús. ¿Qué habrá sido este Jesús para que fuese tan rápidamente elevado sobre los límites de la humanidad común y corriente, y puesto a la altura de Dios?

Pero hay algo aun más sorprendente. Lo verdaderamente sorprendente es que la forma en la cual Pablo veía a Jesús también era la forma de ver a Jesús que tenían sus amigos más íntimos.[17] Este hecho aparece en las mismas Epístolas paulinas, sin mencionar otras evidencias. Claramente las Epístolas presuponen una unidad fundamental entre Pablo y los apóstoles originales respecto de la Persona de Cristo; ya que, si hubiese

[17] Comparar con *"History and Faith,"* 1915, pp. 5ss.

habido cualquier controversia en esta materia, ciertamente habría sido mencionada. Aun los judaizantes, los opositores amargos de Pablo, parecen no haber tenido alguna objeción a la concepción de Pablo respecto de Jesús como una Persona sobrenatural. Lo realmente impresionante en relación a la forma de ver a Jesús por parte de Pablo es que no es defendida. De hecho, apenas es presentada en las Epístolas en forma sistemática alguna. No obstante, se presupone en todas partes. La inferencia es perfectamente clara—la concepción de Pablo de la Persona de Cristo era un tema, por supuesto, de la Iglesia primitiva. En relación a este tema, Pablo parece estar en perfecta armonía con todos los cristianos Palestinos. Los hombres que habían caminado y hablado con Jesús y que lo habían visto sujeto a las mezquinas limitaciones de la vida sobre la tierra, todos coincidían plenamente con Pablo en considerarlo como una Persona sobrenatural, sentado en el trono majestuoso.

En la narrativa detallada de los Evangelios aparece exactamente el mismo relato de Jesús que se presupone en las Epístolas paulinas. Los Evangelios coinciden con Pablo en presentar a Jesús como una Persona sobrenatural, y la coincidencia aparece no en uno o en dos de los Evangelios, sino en los cuatro. Ya pasó aquel día, si es que alguna vez existió tal día, cuando el Evangelio de Juan, presentando a un Jesús divino, podía ser contrastado con el Evangelio de Marcos, presentando a un Jesús humano. Por el contrario, los cuatro Evangelios claramente presentan a una Persona levantada muy por sobre el nivel de la humanidad común y corriente; y el Evangelio de Marcos, el más corto y según la crítica moderna el más antiguo de los Evangelios, muestra las obras sobrehumanas de poder de Jesús, de forma particularmente prominente. En los cuatro Evangelios Jesús aparece poseyendo un poder soberano sobre las fuerzas de la naturaleza; en los cuatro

Evangelios, al igual que en todo el Nuevo Testamento, Él aparece claramente como una Persona sobrenatural.[18]

Pero, ¿qué quiere decir una "Persona sobrenatural"; qué quiere decir lo sobrenatural?

La concepción de lo "sobrenatural" está conectada de forma cercana con la idea de "milagro"; un milagro es la manifestación sobrenatural misma en el mundo externo. Pero, ¿qué es lo sobrenatural? Muchas definiciones han sido propuestas. Pero sólo una definición es realmente correcta. Un evento sobrenatural es uno que ocurre por el inmediato, en contraposición con el mediato, poder de Dios. La posibilidad de lo sobrenatural, si sobrenatural fuese definido de esta forma, presupone dos cosas—presupone (1) la existencia de un Dios personal y (2) la existencia de un orden real de la naturaleza. Sin la existencia de un Dios personal no podría haber una entrada deliberada del poder de Dios al orden del mundo; y sin la existencia de un orden real de la naturaleza no podría haber una distinción entre eventos naturales y aquellos que están por sobre la naturaleza—todos los eventos serían sobrenaturales, o de otra forma la palabra "sobrenatural" no tendría significado alguno. La distinción entre "natural" y "sobrenatural" no quiere decir, ciertamente, que la naturaleza es independiente de Dios; no significa que mientras Dios lleva a cabo eventos sobrenaturales, los eventos naturales no son llevados a cabo por Él. Por el contrario, el creyente en lo sobrenatural considera que todo lo que es hecho es obra de Dios. Sólo que él cree que, en los eventos llamados naturales, Dios usa un medio, mientras que en los eventos llamados sobrenaturales no usa medio alguno, sino que libera Su poder creativo. La distinción entre lo natural y lo

[18] Comparar con *"History and Faith",* 1915, pp. 6-8.

sobrenatural, en otras palabras, es simplemente la distinción entre las obras de Dios de providencia y las obras de Dios de creación; un milagro es una obra de la creación tan ciertamente como el acto misterioso que generó el mundo. Esta concepción de lo sobrenatural depende absolutamente de una visión teísta de Dios. El teísmo debe ser diferenciado (1) del deísmo y (2) del panteísmo.

Según la visión deísta, Dios echó a andar al mundo como una máquina y luego lo dejó para ser independiente de sí mismo. Tal visión es inconsistente con la realidad de lo sobrenatural; los milagros de la Biblia presuponen un Dios que está constantemente vigilando y guiando el curso de este mundo. Los milagros de la Biblia no son intrusiones arbitrarias de un Poder que no tiene relación con el mundo, sino que están evidentemente intencionadas para lograr resultados dentro del orden de la naturaleza. Ciertamente lo natural y lo sobrenatural están mezclados en los milagros de la Biblia, de una forma completamente incongruente con la concepción deísta de Dios. En la alimentación de los cinco mil, por ejemplo, ¿quién podría decir qué parte cumplieron los cinco panes y los dos peces en el evento; quién podría decir cuándo lo natural se acabó y comenzó lo sobrenatural? Sin embargo, ese evento, si es que lo hubo, ciertamente trascendió el orden de la naturaleza. Lo milagros de la Biblia, entonces, no son la obra de un Dios que no tiene parte en el curso de la naturaleza; son la obra de un Dios que, a través de sus obras de providencia, está "preservando y gobernando a todas sus criaturas y sus acciones."

Pero la concepción de lo sobrenatural es incongruente, no sólo con el deísmo, sino también con el panteísmo. El panteísmo identifica a Dios con la totalidad de la naturaleza. Por lo tanto, en la perspectiva panteísta, resulta inconcebible que algo pueda entrar en el curso de la naturaleza desde el exterior. Una incongruencia similar respecto de lo sobrenatural, aparece también en ciertas formas de idealismo, las cuales niegan la

existencia real de las fuerzas de la naturaleza. Si lo que parece estar conectado en la naturaleza, sólo está realmente conectado en la mente divina, entonces resulta difícil hacer cualquier distinción entre aquellas operaciones de la mente divina que se presentan como milagros, y las que se presentan como fenómenos naturales. Una vez más, se ha dicho a menudo que todos los eventos son una obra de creación. Desde este punto de vista, el decir que un cuerpo es atraído hacia otro de acuerdo a una ley de gravitación, es sólo una concesión a la fraseología popular; lo que debería realmente decirse, es que cuando dos cuerpos se encuentran en sus cercanías y bajo determinadas condiciones, estos se unen. Desde esta perspectiva, ciertos fenómenos en la naturaleza son siempre seguidos por otros fenómenos correspondientes, y en realidad es sólo esta regularidad de secuencia la que se indica al afirmar que el primer tipo de fenómenos "causa" el segundo; en todos los casos la única causa real es Dios. Sobre la base de esta perspectiva, no puede haber distinción entre los eventos que son causados por el poder inmediato de Dios, y los que no lo son, pues en ella todos los eventos son causados por Dios. En contra de esta perspectiva, aquellos quienes aceptan nuestra definición de milagro, aceptarán naturalmente la noción de causa que dicta el sentido común. Dios es siempre la primera causa, pero existen en realidad causas secundarias; y ellas son los medios que Dios utiliza, en el curso normal del mundo, para el cumplimiento de Sus fines. Es la exclusión de tales segundas causas lo que transforma un evento en milagro.

A veces se dice que la realidad de los milagros destruiría la base de la ciencia. Se dice que la ciencia se basa en la regularidad de las secuencias; da por supuesto que si se dan determinadas condiciones dentro del curso de la naturaleza, siempre les seguirán condiciones correspondientes. Pero si va a ocurrir cualquier intromisión de acontecimientos, que por su propia definición son independientes de todas las condiciones anteriores, se dice entonces que la regularidad de la naturaleza sobre la que la ciencia se

basa, está dividida. El milagro, en otras palabras, parece introducir un elemento de arbitrariedad y misterio al curso del mundo. La objeción ignora lo que es realmente fundamental en la concepción cristiana del milagro. De acuerdo con la concepción cristiana, un milagro es causado por el poder inmediato de Dios. No es causado por un déspota arbitrario y absurdo, sino por el mismo Dios que es el causante de la regularidad de la naturaleza—más aun, por el Dios cuyo carácter es conocido a través de la Biblia. Podemos estar seguros que un Dios como ese no actuará a pesar de la razón que Él ha dado a Sus criaturas; Su intervención no introducirá ningún trastorno al mundo que Él mismo ha creado. Según la concepción cristiana, no existe nada arbitrario acerca de un milagro. No se trata de un evento espontáneo, sino de un evento que es causado por la fuente misma de todo el orden que existe en el mundo. Es enteramente dependiente de la menos arbitraria y más firmemente invariable cosa de todas las que existen—es decir, depende del carácter de Dios.

Entonces, la posibilidad del milagro, está indisolublemente unida al "teísmo." Una vez que se admite la existencia de un Dios, Creador y Gobernante personal para el mundo, no existen límites, sean estos temporales o eternos, que se puedan establecer al poder creativo de ese Dios. Admita que Dios alguna vez creó el mundo, y usted no podrá negar que Él podría involucrarse nuevamente en la creación. Pero, se podría decir que la realidad de los milagros es diferente a la posibilidad de ellos. Se podría admitir que tiene sentido que los milagros puedan ocurrir. Pero, ¿han ocurrido en realidad?

Esta pregunta ocupa un lugar muy importante en la mente del hombre moderno. La carga de la pregunta parece posarse excesivamente sobre muchos que aceptan los milagros del Nuevo Testamento. Se suele decir que los milagros eran comúnmente considerados como una ayuda a la fe, pero ahora son más bien un impedimento a la fe; la

fe solía venir por causa de los milagros, pero ahora viene a pesar de ellos; los hombres solían creer en Jesús porque Él realizó milagros, pero ahora aceptamos los milagros, debido a que por otros motivos hemos llegado a creer en Él.

Una extraña confusión da base a esta común forma de hablar. En un sentido, sin duda, los milagros son un impedimento a la fe—pero, ¿quién pensó alguna vez lo contrario? Es posible admitir, ciertamente, que si la narrativa del Nuevo Testamento no incluyera milagros, resultaría mucho más fácil de creer. Mientras más común es una historia, más fácil resultará aceptarla como verdadera.

Pero las narraciones comunes tienen poco valor. El Nuevo Testamento, sin los milagros, sería mucho más fácil de creer. Pero el problema es que no valdría la pena creerlo. Sin los milagros, el Nuevo Testamento contendría un relato de un hombre santo—no un hombre perfecto, es cierto, pues Él fue conducido a hacer sublimes afirmaciones a las que no tenía derecho—pero de un hombre por lo menos mucho más santo que el resto de los hombres. Pero, ¿cuál sería el beneficio que, un hombre como Él y Su muerte, la cual marcó Su propio fracaso, representaría para nosotros?

Mientras más sublime es el ejemplo que Jesús estableció, mayor resulta nuestro dolor frente a nuestra incapacidad para alcanzarlo; y mayor es nuestra desesperanza bajo el peso del pecado. El sabio de Nazaret puede satisfacer a aquellos que nunca han enfrentado el problema del mal en sus propias vidas, pero hablar acerca de un ideal a aquellos que se encuentran bajo la esclavitud del pecado, es una burla cruel.

Sin embargo, si Jesús fue simplemente un hombre como el resto de los hombres, entonces todo lo que encontramos en Él constituye un ideal. Un mundo pecaminoso

necesita mucho más. Es de muy poco consuelo que se nos diga que hubo bondad en el mundo, cuando lo que necesitamos es la bondad triunfando sobre el pecado. Pero para que la bondad triunfe sobre el pecado, se requiere que entre en escena el poder creador de Dios, y es ese poder creador de Dios el que se manifiesta a través de los milagros. Sin los milagros, el Nuevo Testamento podría resultar más fácil de creer. Pero lo que se creería sería totalmente distinto de lo que se nos presenta ahora. Sin los milagros tendríamos a un profesor; con los milagros, lo que tenemos es un Salvador.

Ciertamente, es un error aislar los milagros del resto del Nuevo Testamento. Es un error tratar el asunto de la resurrección de Jesús como si lo que se debiera demostrar fuera simplemente la resurrección de cierto hombre del primer siglo en Palestina. Sin duda que las pruebas existentes para tal caso, por muy fuerte que resulte la evidencia, podrían ser insuficientes. De hecho, el historiador se vería obligado a afirmar que ninguna explicación naturalista del origen de la Iglesia ha sido aún descubierta, y que las pruebas para el milagro son sumamente fuertes; pero los milagros son, por decir lo menos, acontecimientos extremadamente inusuales, y existe una arrogancia hostil enorme en contra de aceptar la hipótesis del milagro en cualquier caso determinado. Pero, de hecho, la pregunta en este caso no se refiere a la resurrección de un hombre sobre quien no sabemos nada, sino que se refiere a la resurrección de Jesús. Y Jesús fue, sin duda, una Persona muy extraordinaria. La singularidad del carácter de Jesús elimina la arrogancia hostil en contra del milagro; era extremadamente improbable que cualquier hombre ordinario se levantara de entre los muertos, pero Jesús fue como ningún otro hombre que haya existido jamás. Y la evidencia para los milagros del Nuevo Testamento se sustenta aun de otra forma más; se sustenta por la existencia de una oportunidad adecuada.

Se ha observado previamente, que un milagro es un evento producido por el poder inmediato de Dios, y que Dios es un Dios de orden. Por lo tanto, la evidencia de un milagro se ve enormemente reforzada cuando el propósito del milagro puede ser detectado. Eso no significa que dentro de un sistema de milagros se deba asignar una razón exacta a cada uno de ellos; no significa que en el Nuevo Testamento deberíamos esperar entender exactamente por qué se efectuó un milagro en un caso y no en otro. Pero sí significa que la aceptación de un sistema de milagros se facilita ampliamente cuando se puede detectar una razón adecuada para el sistema en su conjunto.

En el caso de los milagros del Nuevo Testamento, no es difícil encontrar una razón adecuada. Se encuentra en la conquista del pecado. De acuerdo a la visión cristiana, como se establece en la Biblia, la humanidad se encuentra bajo la maldición de la ley santa de Dios, y el temible castigo incluye la corrupción de toda nuestra naturaleza. Las verdaderas transgresiones provienen de una raíz pecaminosa, y llevan a profundizar la culpabilidad de todo hombre ante los ojos de Dios. Sobre la base de esa perspectiva, tan profunda, tan fiel a los hechos observados de la vida, es evidente que nada natural satisfará nuestra necesidad. La naturaleza transmite el terrible defecto; la esperanza se deberá buscar sólo en un acto creativo de Dios. Y ese acto creativo de Dios—tan misterioso, tan contrario a todas las expectativas, y aun así, tan congruente con el carácter del Dios que se revela como el Dios de amor—se encuentra en la obra redentora de Cristo. Ningún producto de una humanidad pecadora podría haberla redimido de la terrible culpa, ni podría haber levantado a una raza pecadora desde el abismo del pecado. Pero un Salvador ha venido de Dios. Ahí es donde yace la raíz misma de la religión cristiana; ahí se encuentra la razón por la cual lo sobrenatural es la base y esencia misma de la fe cristiana.

Pero la aceptación de lo sobrenatural depende de una convicción de la realidad del pecado. Sin la convicción de pecado no puede haber reconocimiento de la singularidad de Jesús; sólo cuando se contrasta nuestra maldad con Su santidad, es que apreciamos el abismo que Lo separa del resto de los hijos de los hombres. Y sin la convicción de pecado no puede haber una comprensión de la oportunidad para el acto sobrenatural de Dios; sin la convicción de pecado, la buena noticia de la redención parece ser una historia sin valor. La convicción de pecado es tan fundamental en la fe cristiana, que no resultará suficiente llegar a ella por un mero proceso de razonamiento; no resultará suficiente simplemente decir: Todos los hombres (según se me ha dicho) son pecadores; yo soy un hombre, por lo que supongo que debo ser también un pecador. A veces, esa es toda la supuesta convicción a la que se llega respecto del pecado. Pero la verdadera convicción es mucho más inmediata que eso. De hecho, depende de la información que proviene desde fuera; depende de la revelación de la ley de Dios; depende de las dramáticas verdades establecidas en la Biblia en cuanto a la pecaminosidad universal de la humanidad. Pero añade a la revelación que ha provenido desde el exterior, una convicción total en la mente y el corazón, una profunda comprensión de la propia condición personal que se ha perdido, una iluminación de la conciencia insensibilizada que provoca una revolución copernicana en la actitud personal hacia el mundo y hacia Dios. Cuando un hombre ha pasado por esa experiencia, se asombra de su ceguera anterior. Y, sobre todo, se asombra de su actitud previa respecto de los milagros del Nuevo Testamento, y hacia la Persona sobrenatural que en él se nos reveló. El hombre verdaderamente arrepentido se gloría en lo sobrenatural, porque sabe que nada de lo natural satisfaría su necesidad; el mundo ha sido sacudido una vez en su caída, y deberá ser agitado nuevamente si va a ser salvado.

Sin embargo, la aceptación de las presuposiciones del milagro, no vuelve innecesario el evidente testimonio de los milagros que de hecho se han producido. Y ese testimonio es sumamente poderoso. El Jesús presentado en el Nuevo Testamento fue claramente una Persona histórica—esto es admitido por todos los que realmente han llegado a enfrentarse alguna vez con los problemas históricos. Pero resulta así de claro que el Jesús presentado en el Nuevo Testamento es una Persona sobrenatural. Sin embargo, para el liberalismo moderno, una persona sobrenatural nunca es histórica. Un problema surge entonces para aquellos que adoptan el punto de vista liberal—el Jesús del Nuevo Testamento es histórico, es sobrenatural y, sin embargo, lo que en la hipótesis liberal es sobrenatural, nunca puede ser histórico. El problema podría ser resuelto sólo mediante la separación de lo natural respecto de lo sobrenatural, en el relato acerca de Jesús que se encuentra en el Nuevo Testamento, con el fin de que lo que es sobrenatural pudiera ser rechazado y lo que es natural pudiera conservarse. Pero el proceso de separación nunca ha sido llevado a cabo con éxito. Muchos han sido los intentos—la iglesia liberal moderna ha puesto su propio corazón y su alma en el intento, de modo que seguramente no existe un capítulo más brillante en la historia del espíritu humano, que esta "búsqueda del Jesús histórico"—pero todos los intentos han fracasado. El problema es que los milagros no resultan ser una excrescencia en los relatos acerca de Jesús que se encuentran en el Nuevo Testamento, sino que pertenecen a su propia urdimbre y trama. Ellos se encuentran íntimamente relacionados con las sublimes afirmaciones de Jesús; se sostienen o caen con la indudable pureza de Su carácter; revelan la naturaleza misma de Su misión en el mundo.

Sin embargo, los milagros son rechazados por la iglesia liberal moderna, y junto con los milagros, la totalidad de la Persona sobrenatural de nuestro Señor. No sólo se rechazan algunos milagros, sino todos. No tiene ninguna importancia el que algunas de

las maravillosas obras de Jesús sean aceptadas por la iglesia liberal; no significa absolutamente nada el que algunas de las obras de sanidad se consideren como históricas. Pues el liberalismo moderno ya no considera esas obras como sobrenaturales, sino simplemente como sanidades de un tipo extraordinario de fe. Y lo que en realidad es importante, es la presencia o ausencia de lo verdaderamente sobrenatural. Tales concesiones como la de las sanidades de fe, más aun, nos llevan a un mejor pero muy corto camino—los incrédulos de lo sobrenatural deben simplemente rechazar como legendaria o mítica la mayor parte de las maravillosas obras.

Entonces, la pregunta no se refiere a la historicidad de tal o cual milagro, sino se refiere a la historicidad de todos los milagros. Ese hecho a menudo se oculta, y el oscurecimiento del mismo introduce un elemento algo similar a la falsedad en el apoyo de la causa liberal. El predicador liberal escoge uno de los milagros y lo discute como si se tratara del único punto en cuestión. El milagro que se suele destacar es el Nacimiento Virginal. El predicador liberal insiste en la posibilidad de creer en Cristo, no importando cuál sea la perspectiva que se adopte en cuanto a la forma de Su entrada al mundo. ¿No es la Persona la misma, sin importar cómo nació? La impresión que entonces se produce sobre el hombre común y corriente, es que el predicador está aceptando los principales lineamientos de los relatos del Nuevo Testamento acerca de Jesús, y que tiene dificultades simplemente con este elemento particular del relato. Pero esta impresión es radicalmente falsa.

Es cierto que algunos hombres han negado el Nacimiento Virginal y, sin embargo, han aceptado el relato del Nuevo Testamento acerca de Jesús como una Persona sobrenatural. Pero tales hombres son extremadamente escasos y se presentan alejados en el tiempo. Podría resultar difícil hoy en día encontrar uno solo, de cualquier nivel de

importancia, que se encuentre vivo; así de profunda y obviamente congruente es el Nacimiento Virginal con la presentación total de Cristo en el Nuevo Testamento. La inmensa mayoría de aquellos quienes rechazan el Nacimiento Virginal, rechazan así mismo todo contenido sobrenatural del Nuevo Testamento, y hacen de la "resurrección" exactamente lo que la palabra "resurrección" más enfáticamente no significó—una permanencia de la influencia de Jesús, o una mera existencia espiritual de Él más allá de la tumba. Antiguas palabras pueden ser utilizadas aquí, pero lo que ellas designan se ha ido. Los discípulos creyeron en la existencia personal continua de Jesús, incluso durante los tres tristes días posteriores a la crucifixión; ellos no eran saduceos; ellos creyeron que Jesús vivía y que se iba a levantar en el último día. Pero lo que les permitió comenzar la obra de la Iglesia Cristiana, fue que ellos creyeron que el cuerpo de Jesús ya había sido levantado de la tumba por el poder de Dios. Esa creencia implica la aceptación de lo sobrenatural, y la aceptación de lo sobrenatural es, pues, el corazón y alma mismos de la religión que profesamos.

Cualquiera sea la decisión que se tome, la cuestión no debe ser enturbiada. El asunto no se refiere a milagros individuales, ni siquiera en relación a un milagro tan importante como el Nacimiento Virginal. Realmente se refiere a todos los milagros. Y el asunto concerniente a todos los milagros es simplemente la cuestión de la aceptación o el rechazo del Salvador que presenta el Nuevo Testamento.

Si se rechazan los milagros, se tiene en Jesús la más bella flor de la humanidad, que causó tal impresión sobre Sus seguidores, que después de Su muerte ellos no podían creer que había muerto, sino que experimentaron alucinaciones en las que pensaban que Le vieron resucitado de entre los muertos; si se aceptan la milagros, se tiene un Salvador que vino voluntariamente a este mundo para nuestra salvación, sufrió por nuestros

pecados sobre la Cruz, se volvió a levantar de entre los muertos por el poder de Dios, y vive para siempre para interceder por nosotros. La diferencia entre esos dos puntos de vista, constituye la diferencia entre dos religiones totalmente distintas. Ya es tiempo de que esta cuestión sea enfrentada; es tiempo de que el uso engañoso de frases tradicionales sea abandonado y que los hombres digan lo que piensan. ¿Aceptaremos al Jesús del Nuevo Testamento como nuestro Salvador, o Lo rechazaremos junto con la iglesia liberal?

Respecto de este punto, podría presentarse una objeción. Se puede decir que el predicador liberal está a menudo dispuesto a hablar de la "divinidad" de Cristo, y a decir que "Jesús es Dios." El hombre común y corriente quedará muy impresionado. El predicador, dirá el hombre, cree en la divinidad de nuestro Señor; entonces, evidentemente, su herejía debe referirse únicamente a detalles; y aquellos que se oponen a su presencia en la Iglesia son sólo cazadores de herejía, intolerantes y poco compasivos.

Pero, por desgracia, el idioma es valioso sólo como la expresión del pensamiento. La palabra inglesa “God” ("Dios"), no tiene ninguna virtud particular en sí misma, no es más hermosa que otras palabras. Su importancia depende por completo del significado que se le atribuye. Por lo tanto, cuando el predicador liberal dice que "Jesús es Dios," el significado de la expresión depende totalmente de lo que se quiere decir con "Dios."

Y ya se ha observado que cuando el predicador liberal utiliza la palabra "Dios," él se refiere a algo totalmente diferente de lo que el cristiano quiere decir con la misma palabra. Dios, por lo menos según la tendencia lógica del liberalismo moderno, no es una Persona separada del mundo, sino simplemente la unidad que domina el mundo. Por lo

tanto, decir que Jesús es Dios, significa simplemente que la vida de Dios que aparece en todos los hombres, aparece con especial claridad o riqueza en Jesús. Tal afirmación se opone diametralmente a la creencia cristiana en la divinidad de Cristo.

Igualmente opuesto a la creencia cristiana, se encuentra otro significado que a veces se atribuye a la afirmación de que Jesús es Dios. La palabra "Dios" se usa a veces para denotar simplemente el objeto supremo de los deseos de los hombres, la cosa más elevada que los hombres conocen. Hemos renunciado a la idea, se dice, de que existe un Creador y Gobernante del universo; tales nociones pertenecen a la "metafísica," y son rechazadas por el hombre moderno. Pero resultaría adecuado decir que la palabra "Dios," a pesar de que ya no puede significar el Hacedor del universo, denota el objeto de las emociones y deseos de los hombres. De algunos hombres, se puede decir, que su Dios es Mamón—Mamón es aquél para quien ellos trabajan, y a quien sus corazones están atados. En una forma algo similar, el predicador liberal dice que Jesús es Dios. Él no se refiere en absoluto a que Jesús es idéntico en naturaleza a un Creador y Gobernante del universo, de quien se podría obtener una idea por separado de Jesús. En un Ser como ese, él ya no cree. Todo lo que él quiere decir es que Jesús el hombre—un hombre, aquí, en medio de nosotros, y de la misma naturaleza que la nuestra—es lo más elevado que conocemos. Es evidente que tal forma de pensar se encuentra mucho más apartada de la creencia cristiana, de lo que lo está el Unitarismo, por lo menos en sus primeras formas. Pues el Unitarismo temprano, sin duda, al menos creía en Dios.

Por otra parte, los liberales modernos dicen que Jesús es Dios no porque crean en la grandeza de Jesús, sino porque creen en un Dios extremadamente chico. De manera distinta, el liberalismo en las iglesias “evangélicas,” es inferior al “Unitarismo.” Es inferior al Unitarismo respecto a la honestidad. Para mantenerse dentro de las iglesias

evangélicas y callar los temores de conservadores asociados, los liberales optan constantemente por un uso doble del lenguaje. Un joven, por ejemplo, ha recibido noticias desconcertantes acerca de la profanación de un predicador prominente. Al interrogar al predicador con respecto a sus creencias, recibe una afirmación confortadora. “Puedes decirles a todos,” afirma el predicador liberal, “que creo que Jesús es Dios.” El joven se va impresionado.

Sin embargo, se puede poner en duda si la afirmación “creo que Jesús es Dios,” o a una frase similar, es realmente verdadera, cuando viene de la boca de un predicador liberal. El predicador liberal le da un verdadero significado a las palabras, y ese significado lo lleva en el corazón. Realmente cree que “Jesús es Dios.” El problema es que le da un significado a las palabras diferente al significado que recibe el oyente de mentalidad simple. Luego atenta en contra del principio fundamental de la veracidad del lenguaje. De acuerdo a este principio fundamental, el lenguaje es veraz, no cuando el significado concuerda con los hechos, sino cuando el significado que intenta expresar a la otra persona concuerda con los hechos. Luego, la veracidad de la afirmación, “Creo que Jesús es Dios,” depende de la audiencia a quien se dirigen las palabras. Si la audiencia se compone de gente preparada teológicamente, quienes le dan el mismo significado a la palabra “Dios” que quiere entregar el comunicador, la frase es veraz. Pero si la audiencia se compone de cristianos anticuados, que siempre le han dado el mismo significado antiguo a la palabra “Dios” (el significado que aparece en el primer capítulo del Génesis), el lenguaje no es veraz, y en este último caso aunque tengan todas las buenas motivaciones del mundo, la afirmación no es correcta. Poseer ética cristiana no invalida la honestidad; ningún deseo por edificar la Iglesia evitando ofensas puede justificar una mentira.

En cualquier caso, la deidad de nuestro Señor es negada por el liberalismo moderno, en cualquier sentido verdadero de la palabra “Dios.” De acuerdo a la iglesia liberal moderna, Jesús difiere del resto de los hombres por grado y no por tipo; es divino sólo si cualquier hombre puede ser divino. Pero si la concepción de la deidad de Cristo pierde su significado, ¿cuál es la concepción cristiana? ¿A qué se refiere un hombre cristiano cuando dice que “Jesús es Dios”? Se nos dio la respuesta en lo que ya fue dicho. Hemos observado que el Nuevo Testamento presenta a Jesús como persona sobrenatural. Pero si Jesús es una Persona sobrenatural, entonces o es divino o es un Ser intermedio, claramente superior al hombre, pero inferior a Dios. Esta perspectiva se ha abandonado por varios siglos en la iglesia, y no hay muchas señales de que pueda revivir; el Arrianismo ciertamente está muerto. La idea de Cristo como un ser suprangelical, parecido a Dios, pero no Dios, viene evidentemente de la mitología pagana, y no de la Biblia ni de la fe cristiana. Generalmente se acepta, si se mantiene la concepción deísta de la separación entre el hombre y Dios, que Cristo es Dios o simplemente hombre; claramente no es un Ser intermedio entre Dios y el hombre. Luego, si no es meramente hombre, sino más bien una Persona sobrenatural, la conclusión es que es Dios.

En segundo lugar, hemos visto que en el Nuevo Testamento, y en todo cristianismo verdadero, Jesús no es un simple ejemplo de fe, sino el objeto de la fe. Esta fe, de la cual Jesús es objeto, es claramente una fe religiosa; el cristiano deposita su confianza en Dios, de una forma que sería completamente inadecuada, si Cristo no fuera Dios. Lo que el hombre le entrega a Jesús, no es nada más ni nada menos que el bienestar eterno de su alma. La actitud completa en el Nuevo Testamento hacia Jesús, presupone claramente la deidad de nuestro Señor. Sólo debemos acercarnos a cualquier afirmación individual a la luz de esta presuposición medular. Los pasajes individuales que hablan de la deidad de Cristo no son excrescencias del Nuevo Testamento, sino frutos naturales de

una concepción fundamental que en todas partes es igual. Esos pasajes individuales no se limitan a un libro o a un grupo de libros. En las Cartas Paulinas, por supuesto, los pasajes son particularmente claros; el Cristo de las Epístolas aparece una y otra vez asociado con el Padre y con Su Espíritu. En el Evangelio de Juan, tampoco hay que buscar mucho; la deidad de Cristo es prácticamente el tema del libro. Pero el testimonio de los Evangelios Sinópticos no es diferente del testimonio en el resto de los libros. La forma en que Jesús habla de Su Padre y del Hijo—por ejemplo el famoso pasaje de Mateo 11:27 (Lucas 10:22): "Todas las cosas las he recibido del Padre, y nadie conoce al Hijo sino sólo el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar."—esta forma de presentar la relación de Jesús con el Padre, absolutamente fundamental en los Evangelios Sinópticos, involucra la declaración de la deidad de nuestro Señor. Alguien que hable de esta forma muestra una misteriosa unión con el Dios eterno.

Sin embargo, el Nuevo Testamento, con igual claridad, presenta a Jesús como hombre. El Evangelio de Juan, que al comienzo contiene la extraordinaria declaración, "El verbo era Dios," y permanece refiriéndose a la deidad del Señor, al mismo tiempo representa a Jesús angustiado y sediento en la hora de la Cruz. En los Evangelios Sinópticos, escasamente se pueden observar esos toques drásticos que dan testimonio de la humanidad de nuestro Salvador como aquellos que aparecen una y otra vez en el Evangelio de Juan. Con respecto a los Evangelios Sinópticos, claramente no hay debate; los escritores presentan a una Persona que vivió genuinamente como ser humano y era verdaderamente hombre.

La verdad es que el testimonio del Nuevo Testamento es igual en todas partes; el Nuevo Testamento, en todas partes, muestra a Alguien que era Dios y hombre a la vez. Es interesante observar cuán poco exitosos han sido los intentos por rechazar una parte de

este testimonio y retener el resto. Los apolinios rechazaban la completa humanidad del Señor, pero al hacerlo obtuvieron a una Persona bastante distinta al Jesús del Nuevo Testamento. El Jesús del Nuevo Testamento era claramente, en sentido pleno, un hombre. Algunos suponían que la humanidad y divinidad de Jesús estaban tan fusionadas que su naturaleza no era ni humana ni divina, sino un *tertium quid*. Pero nada puede estar más lejos de las enseñanzas del Nuevo Testamento. De acuerdo al Nuevo Testamento, la naturaleza humana y divina eran claramente distintivas; la naturaleza divina era divinidad pura, y la naturaleza humana era humanidad pura; Jesús era Dios y hombre en dos naturalezas distintivas.

Los nestorianos, por otra parte, enfatizaron lo distintivo de lo humano y divino de Jesús hasta suponer que existían dos personas distintas en Jesús. Pero tal perspectiva gnóstica es plenamente contraria a lo escrito; el Nuevo Testamento es muy claro respecto a la unidad de la Persona de Cristo.

Mediante el abandono de estos errores la Iglesia llegó a la doctrina Neo Testamentaria de dos naturalezas en una Persona; el Jesús del Nuevo Testamento es "Dios y hombre, en dos naturalezas distintivas, y para siempre una Persona."

A veces se considera esta doctrina como especulativa. Pero nada puede estar más lejos de los hechos. La doctrina de las dos naturalezas no nace de la especulación, sino del intento de resumir con precisión y exactitud la enseñanza de la Escritura. Por supuesto que esta doctrina es rechazada por el liberalismo moderno y se rechaza de forma simple—deshaciéndose de toda la naturaleza eminente de nuestro Señor. Pero tal radicalismo fracasa al igual que todas las herejías del pasado. El Jesús que supuestamente queda al haber eliminado su elemento sobrenatural es, a lo más, una figura poco clara; ya

que eliminar el elemento sobrenatural involucra lógicamente eliminar mucho de lo que queda, y el historiador constantemente enfrenta la perspectiva absurda que elimina completamente a Jesús de las páginas de la Historia. Pero aun cuando se evitan estos peligros, aun cuando el historiador, al definir límites arbitrarios en el proceso de eliminación, ha logrado construir un Jesús plenamente humano, el Jesús construido es completamente irreal. Presenta una contradicción moral en el centro de su ser—una contradicción que se debe a su naturaleza mesiánica. Era puro, humilde, fuerte y cuerdo, sin embargo supuso, sin base de hecho, ¡que habría ser el Juez de todo el mundo! El Jesús liberal, a pesar de todos los intentos de reconstrucción psicológica para darle vida, sigue siendo una falsa figura manufacturada. Muy diferente es el Jesús del Nuevo Testamento y de los grandiosos credos que derivan de la Escritura. Jesús es claramente misterioso. ¿Quién puede entender el misterio de Su persona? Pero su misterio, es un misterio en el cual el hombre puede hallar descanso. El Jesús del Nuevo Testamento tiene al menos una ventaja sobre el Jesús de reconstrucción moderna—es real. No es una figura creada para sostener máximas, sino una Persona genuina que puede ser amada por el hombre. Durante muchos siglos el hombre lo ha amado, y lo extraño es que a pesar de todos los intentos por eliminarlo de las páginas de la Historia, todavía hay algunos que lo aman.

Capítulo VI

La Salvación

Hemos observado hasta ahora que el liberalismo difiere del cristianismo en cuanto a las presuposiciones del Evangelio (en cómo se ve a Dios y cómo se ve al hombre), en cuanto al Libro en el cual está contenido el Evangelio, y en cuanto a la Persona cuya obra es presentada por el Evangelio. No es de sorprender, por tanto, que difiera del cristianismo en su reporte del evangelio mismo; no es de sorprender que presente un reporte enteramente diferente de la manera en la cual la salvación se lleva a cabo. El liberalismo encuentra la salvación (si es que en algún momento está dispuesto a hablar de "salvación") en el hombre; el cristianismo la encuentra en el actuar de Dios.

La diferencia en cuanto a la manera de la salvación tiene que ver, en primer lugar, con la base de la salvación en la obra redentora de Cristo. Según la creencia cristiana, Jesús es nuestro Salvador, no en virtud de lo que dijo, ni siquiera en virtud de lo que era, sino en virtud de lo que hizo. Él es nuestro Salvador, no porque nos haya dado la inspiración para vivir el mismo tipo de vida que Él vivió, sino porque Él puso sobre sí mismo la terrible culpa de nuestros pecados y cargó con ella por nosotros en la cruz. Tal es la concepción cristiana de la Cruz de Cristo. Se le ridiculiza llamándola una "sutil teoría de la propiciación." En realidad, esta es la clara enseñanza de la palabra de Dios; en absoluto conocemos otra propiciación que no sea vicaria, pues es la única de la cual habla el Nuevo Testamento. Y esta doctrina bíblica no es complicada ni sutil. Por el contrario, aunque incluye misterios, es tan simple que hasta un niño podría entenderla. "Nosotros

nos merecíamos muerte eterna, pero el Señor Jesús, porque nos amó, murió en la cruz en nuestro lugar"—claramente no hay nada complicado en eso. No es la doctrina bíblica de la propiciación la que es difícil de entender—los que son realmente incomprensibles son los elaborados esfuerzos modernos por deshacerse de la doctrina bíblica siguiendo el orgullo humano.[19]

Los predicadores liberales modernos sí hablan de vez en cuando de la "propiciación." Pero lo hacen tan infrecuentemente como pueden, y se puede ver claramente que sus corazones están en cualquier otro lado que no sea a los pies de la Cruz. De hecho, en este punto, tal como en muchos otros, da la sensación de que el lenguaje tradicional está siendo distorsionado para convertirlo en la expresión de ideas totalmente ajenas. Y cuando la fraseología tradicional ha sido quitada, la esencia de la concepción moderna de la muerte de Cristo, aunque tal concepción se muestre de muchas maneras, queda bastante clara. La esencia es que la muerte de Cristo tuvo un efecto sólo en el hombre y no en Dios. A veces el efecto en el hombre se concibe de una manera muy simple; la muerte de Cristo termina siendo un mero ejemplo de abnegación que debemos emular. La particularidad de este ejemplo en especial, entonces, puede encontrarse sólo en el hecho de que el sentir cristiano, reunido en torno a él, lo ha convertido en un conveniente símbolo para todo sacrificio personal; este ejemplo pone en forma concreta lo que de otra forma tendría que ser expresado en términos generales más fríos. Otras veces el efecto de la muerte de Cristo sobre nosotros es entendido en formas más sutiles; la muerte de Cristo, se dice, muestra cuánto Dios odia el pecado—ya que este llevó incluso al Santo a la horrible cruz—y nosotros, por ende, debemos odiarlo, tal como Dios lo hace, y arrepentirnos. Aún más, a veces la muerte de Cristo es vista como una muestra

[19] Ver *"The Second Declaration of the Council on Organic Union," The Presbyterian*, 17 de Marzo, 1921, p. 8.

del amor de Dios; exhibe al Hijo de Dios entregado por todos nosotros. No todas estas "teorías de la propiciación" modernas deber ser ubicadas en el mismo plano; la última de ellas, en particular, puede ser adjuntada a una concepción más alta de la Persona de Jesús. Pero todas ellas se equivocan en que ignoran la terrible realidad de la culpa, y hacen que lo único necesario para la salvación sea una mera persuasión de la voluntad humana. Todas ellas contienen un elemento de verdad: es cierto que la muerte de Cristo es un ejemplo de sacrificio personal que puede inspirar abnegación; es cierto que la muerte de Cristo muestra cuánto Dios odia el pecado; es cierto que la muerte de Cristo muestra el amor de Dios. Todas estas verdades se encuentran con claridad en el Nuevo Testamento. Pero todas ellas son absorbidas por una verdad mucho más grande—que Cristo murió en nuestro lugar para presentarnos libres del culpa ante el trono de Dios. Sin esa verdad central, todo lo demás pierde su significado real: un ejemplo de sacrificio personal es inútil para aquellos que están bajo la culpa y el dominio del pecado; el conocimiento del odio de Dios hacia el pecado sólo provoca desesperación; una exhibición del amor de Dios es una simple demostración a menos que exista una razón para el sacrificio. Si la Cruz ha de ser puesta en el lugar que le corresponde en la vida cristiana, tendremos que penetrar mucho más allá de las teorías modernas para llegar a Aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.

Los liberales modernos no dudan en descargar su odio y desprecio sobre la doctrina cristiana de la Cruz. Incluso en este punto, por cierto, no se abandona la esperanza de evitar una ofensa; todavía se usan las palabras "propiciación vicaria" y otras similares—en un sentido totalmente variante al significado cristiano, por supuesto. Pero a pesar del uso ocasional del lenguaje tradicional, los predicadores liberales no hacen nada más que revelar lo que está en sus mentes. Hablan con disgusto de aquellos que creen "que la sangre de nuestro Señor, vertida en muerte sustitutiva, apacigua a una Deidad

hostil y hace que el pecador arrepentido pueda ser bienvenido."[20] En contra de la doctrina de la Cruz usan caricaturizaciones y denigraciones. De esa forma derraman su desprecio sobre una cosa tan santa y preciosa que el corazón cristiano, en presencia de ella, se derrite en una gratitud demasiado profunda para expresarla en palabras. A los liberales nunca se les ocurre que al mofarse de la doctrina cristiana de la Cruz están pisoteando corazones humanos. Sin embargo, los ataques liberales modernos a la doctrina cristiana de la Cruz al menos pueden servir para mostrar lo que esta doctrina es realmente, y desde este punto de vista serán examinados ahora brevemente.

En primer lugar, se critica la forma cristiana de la salvación por medio de la Cruz de Cristo por depender de la Historia. A veces se trata de evadir esta crítica; se dice a veces que como cristianos podemos poner atención a lo que Cristo hace hoy por cada cristiano en vez de fijarnos en lo que hizo hace tiempo en Palestina. Pero tal evasión significa un abandono total de la fe cristiana. Si la obra salvadora de Cristo estuviera limitada a lo que Él hace hoy por los cristianos, no existiría tal cosa como el Evangelio cristiano—el evento que cambió la cara de la Historia. Lo que nos quedaría sería simplemente misticismo, y el misticismo es muy diferente al cristianismo. Precisamente, es la conexión de la experiencia presente del creyente con la real aparición histórica de Jesús en el mundo la que evita que nuestra religión sea misticismo y la que hace que sea cristianismo. Por lo tanto, ciertamente se debe admitir que el cristianismo depende de algo que sucedió; si Jesús no murió en propiciación por los pecados de los hombres en un momento particular de la Historia, nuestra religión debe ser abandonada por completo. El cristianismo por cierto depende de la Historia.

[20] Fosdick, *Shall the Fundamentalists Win?*, estenográficamente escrito por Margaret Renton, 1922, p. 5.

Si esto es así, inmediatamente aparece una objeción. ¿Debemos realmente depender de algo que pasó hace tanto tiempo para el bienestar de nuestras almas? ¿De verdad debemos esperar hasta que los historiadores terminen sus disputas sobre la validez de las fuentes y todo lo demás para tener paz con Dios? ¿No sería mejor tener una salvación que estuviera con nosotros aquí y ahora, una que sólo dependiera de lo que podemos ver y sentir?

Se debe observar en cuanto a esta objeción que, si la religión se hiciera independiente de la Historia, no se podría hablar de Evangelio. Porque "evangelio" significa "buenas noticias," datos, información acerca de algo que ha sucedido. Un evangelio independiente de la Historia es una contradicción de términos. El Evangelio cristiano no es una presentación de algo que siempre ha sido, sino el anuncio de algo nuevo—algo que cambia totalmente el aspecto de la situación humana. Este estado de desesperación se debía al pecado; pero Dios ha cambiado la situación por medio de la muerte propiciatoria de Cristo—tal cosa no es un mero reflejo de lo pasado, sino el reporte de algo nuevo. Estamos encerrados en este mundo, como si estuviéramos asediados. Para resistir con valor, el predicador liberal nos ofrece su exhortación. Resígnense, nos dice, vean el lado bueno de la vida. Desafortunadamente, tal exhortación no cambia los hechos. En particular, no puede borrar la espantosa realidad del pecado. El mensaje del evangelista cristiano es muy diferente. Él no nos ofrece lo mismo de ayer sino algo nuevo, no una exhortación sino un Evangelio.[21]

Es verdad que el Evangelio cristiano es un relato, no de algo que ocurrió ayer, sino de algo que sucedió hace mucho tiempo; lo importante, sin embargo, es que

---

[21] Comparar con *History and Faith* 1915, pp. 1-3.

realmente sucedió. Si realmente ocurrió, cuándo fue no es importante en realidad. Sin importar cuándo, si fue ayer o en el primer siglo, sigue siendo un Evangelio real, noticias verdaderas.

Además, en este caso, lo que pasó hace tiempo se confirma en la experiencia presente. Primero, el hombre cristiano recibe el relato que el Nuevo Testamento da sobre la muerte propiciatoria de Cristo. Tal relato es Historia. Si es veraz, tiene efectos en el presente, y por sus efectos puede ser probado. El hombre cristiano pone en juicio el mensaje cristiano, y al juzgarlo lo encuentra verdadero. La experiencia no sustituye la evidencia documentada, pero sí la confirma. La palabra de la Cruz ya no parece algo meramente lejano, un asunto que sólo los teólogos entrenados deben discutir. Por el contrario, el mensaje es recibido en lo más profundo del alma del cristiano, y cada momento de su vida confirma nuevamente su veracidad.

En segundo lugar, se critica a la doctrina cristiana de la salvación por medio de la muerte de Cristo en base a su exclusividad. La doctrina limita la salvación al nombre de Jesús, y hay muchos hombres en el mundo que jamás han escuchado de forma efectiva acerca de Jesús. Lo que realmente se necesita, se nos dice, es una salvación que salve a todos los hombres dondequiera que se encuentren, hayan o no escuchado acerca de Jesús, sin importar en qué contexto hayan crecido. Un nuevo credo, se dice, no satisfará la necesidad universal del mundo; lo que se necesita es un mecanismo para hacer efectivo en la práctica cualquier credo que los hombres puedan tener.

Esta segunda objeción, tal como la primera, es muchas veces evadida. Se dice a veces que aunque una manera de ser salvo es por medio de aceptar el Evangelio, podría haber otras. Pero este método de satisfacer la objeción deja de lado una de las

características más obvias del mensaje cristiano—a saber, su exclusividad. Lo que más escandalizó a los primeros oyentes del mensaje cristiano no fue meramente el hecho de que la salvación se ofreciera por medio del Evangelio cristiano, sino que se rechazara todas las otras formas. Los primeros misioneros cristianos exigían una devoción absolutamente exclusiva a Cristo. Tal exclusividad iba directamente en contra del sincretismo imperante de la época helenística. En ese tiempo, las muchas religiones ofrecían muchos salvadores a los hombres; sin embargo, tales religiones paganas podían coexistir en perfecta armonía; cuando un hombre se hacía devoto de un dios, no le era necesario dejar a los demás. Pero el cristianismo no tenía nada que ver con estas "poligamias parciales del alma;"[22] exigía una devoción absolutamente exclusiva; insistía en que todos los demás salvadores debían ser reemplazados por el único Señor. La salvación, en otras palabras, no era meramente a través de Cristo, sino únicamente a través de Cristo. La pequeña palabra "sólo" contenía toda la ofensa. Sin esa palabra, no habría existido persecución alguna; probablemente los hombres cultos de la época habrían estado dispuestos a darle un lugar a Jesús, y uno honorable, en medio de los salvadores de la humanidad. Sin esta exclusividad, el mensaje cristiano no habría ofendido a los hombres de ese tiempo. De la misma manera, el liberalismo moderno, al poner a Jesús al lado de los otros benefactores de la humanidad, es perfectamente inerme al mundo moderno. Todos hablan bien de él. Es enteramente inofensivo. Pero también es enteramente inútil. Así se quita la ofensa de la Cruz, y junto con ella, la gloria y el poder.

Se debe admitir, por tanto, que el cristianismo sí limita la salvación al nombre de Cristo. Aquí no se debe discutir si es que los beneficios de la muerte de Cristo se aplican

[22] Phillimore, en la introducción a su traducción de Philostratus, *In Honour of Apollonius of Tyana*, 1912, vol. i, p. iii.

a aquellos que, siendo capaces de juzgar por sí mismos, no han escuchado o aceptado el mensaje del evangelio. Ciertamente, el Nuevo Testamento no ofrece una esperanza clara en este asunto. En la base misma de la obra de la Iglesia apostólica se encuentra la consciencia de una gigantesca responsabilidad. El único mensaje de vida y salvación se les había encargado a los hombres; tal mensaje debía ser proclamado sin importar los riesgos mientras todavía hubiera tiempo. La objeción en cuanto a la exclusividad de la salvación del cristianismo, entonces, no debe ser esquivada sino respondida.

Como respuesta a la objeción se puede decir simplemente que la salvación según el cristianismo es exclusiva siempre y cuando la Iglesia elija que esta permanezca exclusiva. El nombre de Jesús curiosamente se adapta a hombres de toda raza y nivel educacional. Y la Iglesia posee abundantes medios, por la promesa del Espíritu de Dios, para llevar el nombre de Jesús a todos. Por ende, si esta manera de salvación no es ofrecida al hombre, no es culpa de la forma de salvación en sí misma, sino de los hombres que fallan al usar los medios que Dios ha puesto en sus manos.

Sin embargo, puede decirse, que esta tremenda responsabilidad no debería ser encargada a hombres débiles y pecadores. ¿Acaso no sería mejor que Dios ofreciera salvación a todos sin pedirles que acepten un nuevo mensaje, evitando así hacerse dependiente de la fidelidad de tales mensajeros? La respuesta a esta objeción es clara. Es verdad que la manera cristiana de la salvación deposita una grandísima responsabilidad sobre los hombres. Pero a simple vista se puede observar que tal responsabilidad es la que, de hecho, Dios da a los hombres. Es como la responsabilidad, por ejemplo, del padre hacia el hijo. El padre tiene todo el poder para arruinar tanto el alma como el cuerpo de su hijo. La responsabilidad es inmensa; no obstante, es una responsabilidad incuestionablemente real. La responsabilidad que tiene la Iglesia de hacer conocido el

nombre de Jesús a toda la humanidad es similar. Es una responsabilidad enorme; pero es real, tal como la responsabilidad que Dios ha depositado en el hombre en los otros tratados que ha hecho él.

Pero el liberalismo moderno tiene objeciones aún más específicas en cuanto a la doctrina cristiana de la Cruz. Se pregunta cómo es posible que una persona sufra por los pecados de otra. Lo que se nos dice es absurdo. La culpa, se dice, es personal; si dejo que otro hombre sufra por mi falta, mi culpa no disminuye en lo más mínimo.

A veces se puede responder a esta objeción con ejemplos de la vida cotidiana en donde una persona sufre a causa del pecado de otra. En la guerra, por ejemplo, muchos hombres mueren libremente por el bienestar de otros. Aquí, se dice, tenemos algo análogo al sacrificio de Cristo.

Se debe confesar, no obstante, que la analogía es bastante débil, pues esta no responde al punto específico en cuestión. La muerte de un soldado voluntario en la guerra es como la muerte de Cristo en que es un ejemplo supremo de sacrificio personal. Pero lo que se consigue con tal abnegación es completamente diferente a lo que se consigue en el Calvario. La muerte de aquellos que se sacrifican en la guerra trae paz y protección a sus seres queridos, pero jamás podrá ser un medio efectivo para borrar la culpa del pecado.

La respuesta real a la objeción se debe encontrar en la profunda diferencia existente entre la muerte de Cristo y los otros ejemplos de sacrificio personal, y no en la

similitud.[23] ¿Por qué los hombres ya no están dispuestos a confiar—para su propia salvación y para la esperanza del mundo—en la obra hecha tiempo atrás por un solo Hombre? ¿Por qué será que prefieren confiar en millones de actos de abnegación hechos por millones de hombres a través de los siglos y en nuestro propio tiempo? La respuesta es simple. Es porque los hombres han perdido de vista la majestad de la Persona de Jesús. Piensan en Él como un hombre tal como ellos mismos; y si Él fue un hombre tal como ellos, Su muerte se convierte simplemente en un ejemplo de sacrificio personal. Existen millones de ejemplos gente que ha dado su vida. ¿Por qué deberíamos poner nuestra atención exclusivamente en el ejemplo de este palestino de hace tanto tiempo? Refiriéndose a Jesús, los hombres solían decir, "Ningún otro bien podría haber pagado el precio del pecado." Ya no lo dicen. Por el contrario, hoy se dice que cualquier hombre es suficiente para pagar por el precio el pecado si es que, en paz o en guerra, está realmente dispuesto a dar su vida valientemente por una causa noble.

Es absolutamente cierto que ningún hombre común y corriente podría pagar la pena del pecado de otro hombre. Esto no implica que Jesús no sería capaz de hacerlo; Jesús no era un hombre ordinario, sino el eterno Hijo de Dios. Jesús tiene la autoridad en los secretos más profundos del mundo moral. Él ha hecho lo que ningún otro podría hacer; Él ha cargado con nuestro pecado.

La doctrina cristiana de la obra de Cristo por tanto, está directamente basada en la doctrina cristiana de la deidad de Cristo. La realidad de la propiciación por el pecado depende derechamente de la presentación que hace el Nuevo Testamento acerca de la

[23] Para lo que sigue, comparar con *"The Church in the War,"* en *The Presbyterian*, 29 de mayo, 1919, pp. 10s.

Persona de Cristo. Incluso los himnos que cantamos en la Iglesia acerca de la Cruz pueden ser ordenados en una escala ascendente según su alta o baja concepción de la Persona de Jesús. El conocido himno a continuación se encuentra en la parte más baja de la escala:

¡Más cerca de ti, mi Dios,
Más cerca de ti!
Aunque sea una cruz
La que a ti me acerque.

Este es un himno muy bueno. Quiere decir que nuestras pruebas pueden ser una disciplina que nos acerque más a Dios. La idea no se opone al cristianismo; es una idea que se encuentra en el Nuevo Testamento. No obstante, debido a la mención de la palabra "cruz," muchas personas quedan con la impresión de que hay algo específicamente cristiano en el himno, y que algo tiene que ver con el Evangelio. Tal impresión es completamente falsa. En realidad, la cruz de la cual se habla no es la Cruz de Cristo sino nuestra propia cruz; el verso simplemente habla de que nuestras propias cruces o pruebas pueden ser un medio que nos acerque a Dios. Es una idea perfectamente buena, pero ciertamente no es el Evangelio. ¡Que lástima que la gente que murió en el Titanic no encontrara un mejor himno para cantar en la solemne última hora de sus vidas! Pero hay otro himno en el himnario:

Mi gloria está en la cruz de Cristo
Que al tiempo y a sus naufragios mira;
Toda la luz de la sagrada historia
En torno a su sublime cabecera se reúne.

Este es mucho mejor. No se habla aquí de nuestras cruces sino de la Cruz de Cristo, el evento concreto que ocurrió en el Calvario; el evento es celebrado como el centro de toda la historia. El cristiano puede cantar este himno, por cierto. Pero aún así se pierde el sentido completo del significado de la Cruz; la Cruz es celebrada, mas no entendida.

Que bueno, entonces, que haya otro himno más en nuestro himnario:

Cuando contemplo la maravillosa cruz
En donde el Príncipe de Gloria murió,
Mi más grande ganancia como pérdida cuento
Y mi orgullo olvido todo.

Aquí se escucha en totalidad el énfasis del sentimiento cristiano—"la maravillosa cruz en donde el Príncipe de gloria murió." Sólo cuando seamos capaces de ver que no fue un hombre cualquiera el que sufrió en el Calvario sino el Señor de la Gloria, entonces estaremos dispuestos a decir que una gota de la preciosa sangre de Jesús tiene mucho más valor, para nuestra salvación y para la esperanza de la sociedad, que todos los ríos de sangre que han sido derramados sobre los campos de batalla de la Historia.

Así desaparece totalmente la objeción al sacrificio vicario de Cristo ante tremendo significado cristiano acerca de la majestad de la Persona de Jesús. Está totalmente claro que el Cristo reconstruido de la era moderna naturalista jamás podría haber sufrido por los pecados de otros; pero es un caso completamente diferente el del

Señor de la Gloria. Y si la noción de la obra vicaria de la cruz es tan absurda como la oposición moderna nos quiere hacer creer, ¿qué se debe decir de la experiencia cristiana que en ella se basa? A la iglesia liberal moderna le encanta apelar a la experiencia. Pero, ¿dónde se encontrará la verdadera experiencia cristiana sino en la bendita paz que viene del Calvario? Esa paz sólo viene cuando un hombre reconoce que todos sus esfuerzos por estar en buenos términos con Dios y que todo su febril esfuerzo por guardar la Ley para así ser salvo están demás, y que el Señor Jesús ha quitado los cargos que lo declaraban culpable al morir en sustituyéndolo en la Cruz. ¿Quién puede medir la profundidad de la paz y del gozo que viene con este bendito conocimiento? ¿Es esto una simple "teoría de la propiciación," un invento de la imaginación del hombre? ¿O es la pura verdad de Dios?

Sin embargo, aún queda una objeción a la doctrina cristiana de la Cruz. Esta tiene que ver con el carácter de Dios. ¡Cuán degradada imagen de Dios se da, reclama el liberal moderno, cuando a Dios se le muestra como si estuviera "alienado" del nombre, como si fríamente estuviera esperando hasta que un precio se pague para dar salvación! En realidad, se nos dice, Dios está más dispuesto a perdonar el pecado que nosotros a ser perdonados; la reconciliación, entonces, sólo tiene que ver con el hombre; todo depende de nosotros; Dios nos aceptará en el instante que nosotros decidamos.

La objeción depende, claro está, del concepto liberal del pecado. Si el pecado es una cosa tan poca como la iglesia liberal supone, entonces claro que la maldición de la ley de Dios se puede tomar livianamente, y claro que Dios fácilmente puede decir que lo hecho, hecho está.

Este asunto de 'lo hecho, hecho está' tiene un sonido placentero. Pero en realidad es lo más lo más cruel que puede haber. Ni siquiera sirve en el caso de los

pecados cometidos en contra de nuestros pares humanos. Sin decir nada con respecto al pecado en contra de Dios, ¿qué se debe hacer en cuanto al daño causado a nuestro prójimo? Muchas veces, sin duda, el daño puede ser reparado. Si hemos defraudado a nuestro prójimo con cierta suma de dinero, es posible pagarla de vuelta con un porcentaje de interés. Pero en el caso de daños mayores, tal cosa es simplemente imposible. Los daños más serios causados a los hombres no son los que han recibido en sus cuerpos sino en sus almas. ¿Y quién puede pensar complacientemente en sus pecados de este tipo? ¿Quién puede soportar, por ejemplo, pensar en el daño que ha causado a otros más jóvenes por medio de su mala conducta? ¿Y qué hay de esas tristes palabras dichas a quienes amamos, las cuales han dejado marcas que el tiempo no puede borrar? Frente a tales pensamientos, el predicador moderno simplemente nos dice que lo hecho, hecho está. ¡Cuán cruel es ese arrepentimiento! Nos escondemos detrás de vidas de calidad, más felices y más respetables. ¿Pero qué hay de aquellos a quienes nosotros, por medio de nuestros ejemplos y palabras, hemos ayudado a arrastrar hasta la orilla del infierno? ¡Nos olvidamos de ellos, porque lo hecho, hecho está!

Ese tipo de arrepentimiento nunca quitará la culpa del pecado—ni siquiera de aquellos cometidos en contra de nuestros pares humanos, sin decir nada de nuestros pecados en contra de Dios. El hombre verdaderamente arrepentido desea profundamente borrar los efectos del pecado, y no solamente olvidarlo. Pero, ¿quién puede borrar los efectos del pecado? Otros están sufriendo a causa de nuestros pecados pasados; y no podemos tener paz realmente hasta que sufrimos en su lugar. Deseamos volver al caos de nuestra vida y arreglar lo que está mal—por lo menos sufrir lo que a otros hemos causado sufrir. Y algo similar hizo Cristo cuando murió por nosotros en la cruz; el cargó con nuestros pecados.

El dolor por los pecados cometidos contra los semejantes ciertamente permanece en el corazón del cristiano. Él buscará todos los medios que se encuentren a su alcance para reparar el daño que ha provocado. No obstante, ya se ha hecho propiciación por ellos—se ha hecho verdaderamente, tal como si el pecador mismo hubiese sufrido juntamente y por aquellos a los cuales ha causado mal. Por el misterio de la gracia, el pecador mismo es puesto en buenos términos con Dios. Todo pecado es, en el fondo, un pecado contra Dios. "Contra ti, contra ti sólo he pecado" es el clamor de un penitente verdadero. ¡Cuán terrible es el pecado en contra de Dios! ¿Quién puede traer de vuelta los momentos desperdiciados, los años desperdiciados? Se han ido, nunca volverán; adiós al corto período de vida; adiós al corto día de trabajo del hombre. ¿Quién puede medir la culpa irrevocable de una vida desperdiciada? Incluso para esa culpa Dios ha provisto una fuente que limpia; esto, en la preciosa sangre de Cristo. Dios nos ha ataviado con la justicia de Cristo como vestimenta; en Cristo nos presentamos sin mancha frente al trono del Juez.

Negar, por lo tanto, la necesidad de propiciación es negar la existencia de un orden moral real. Y es muy extraño ver cómo aquellos que la niegan se refieren a sí mismos como discípulos de Jesús; porque si hay algo claro en el registro de la vida de Jesús es que él hizo una separación entre la justicia y el amor de Dios. Dios es amor, dijo Jesús, pero Dios no es sólo amor. Con palabras terribles Jesús se refirió al pecado que nunca será perdonado en esta vida ni en la que vendrá. Jesús claramente reconoció la existencia de una justicia retributiva; Jesús estaba muy lejos de aceptar el ligero concepto moderno acerca del pecado.

Pero aparece otra objeción: ¿qué pasa con el amor de Dios? Incluso si se admite que la justicia requiere que el pecado sea castigado, dirá el teólogo liberal, ¿qué pasa con

la doctrina cristiana que afirma que la gracia sobrepasa a la justicia? Si se representa a Dios como alguien que espera que el precio del pecado sea cancelado para luego perdonar, quizás Su justicia es preservada, pero ¿qué hay de Su amor?

Los maestros liberales modernos no se cansan de emplear nuevos métodos sobre esta objeción. Con horror se refieren a la doctrina de un Dios "alienado" o "furioso." Para responder a esta objeción es fácil apuntar al Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento habla claramente acerca de la ira de Dios y de la ira de Jesús mismo; además, toda la enseñanza de Jesús presupone una indignación divina hacia el pecado. Entonces, ¿con qué derecho aquellos que rechazan este elemento vital en la enseñanza y vida de Jesús se hacen llamar verdaderos seguidores de Él? Lo cierto es que el rechazo moderno de la doctrina de la ira de Dios proviene de un entendimiento liviano del pecado, el cual difiere totalmente de la enseñanza de todo el Nuevo Testamento y de Jesús mismo. Si un hombre ha sido verdaderamente convencido de pecado una vez, no tendrá gran dificultad al enfrentar la doctrina de la Cruz.

De hecho, la objeción moderna a la doctrina de la propiciación en cuanto a que tal doctrina es contraria al amor de Dios, está basada en la más abismal incomprensión de la doctrina misma. Los maestros liberales modernos persisten en hablar del sacrificio de Cristo como si fuera un sacrificio hecho por alguien aparte de Dios mismo. Hablan de él como si Dios estuviera esperando fríamente hasta que se pague un precio y para así finalmente poder perdonar el pecado. En realidad, no tiene nada que ver con eso; la objeción ignora lo que es absolutamente fundamental en la doctrina cristiana de la Cruz. Lo fundamental es que Dios mismo, y no otro, hace el sacrificio por el pecado—Dios mismo en la persona del Hijo quien asumió nuestra naturaleza y murió por nosotros, Dios mismo en la Persona del Padre quien no escatimó a su Hijo sino que lo entregó por todos

nosotros. La salvación es tan gratis como el aire que respiramos; Suyo fue el horrible costo, nuestra la ganancia. “De tal manera amó Dios al mundo que dio a su único Hijo.” Tal amor es muy diferente a la complacencia del Dios de la predicación moderna; este amor es amor a todo precio; este amor es amor de verdad.

Este amor, y sólo este amor, produce verdadero gozo en los hombres. Ciertamente la iglesia liberal moderna busca gozo. Pero lo busca de falsas maneras. ¿Cómo podrá tener gozo la comunión con Dios? Obviamente, se nos dice, al enfatizar los atributos de Dios que nos hacen sentir cómodos—Su sufrida paciencia, Su amor. Dirijámonos a él, se nos anima, no como a un Déspota malhumorado, no como a un Juez justo y severo, sino como a un Padre amoroso. ¡Adiós a los horrores de la vieja teología! Adoremos a un Dios en el cual podamos regocijarnos.

Dos interrogantes surgen en cuanto a este método de hacer que la religión tenga más gozo. En primer lugar, ¿funciona? Y en segundo lugar, ¿es verdad?

¿Funciona? Tiene que funcionar, ciertamente. ¿Quién no estaría feliz de que el soberano del universo fuera declarado como el Padre amante de todos los hombres, el cual jamás infringiría dolor a Sus hijos? ¿Dónde queda el aguijón del remordimiento si todo el pecado necesariamente será perdonado? Aun así, los hombres curiosamente son desagradecidos. Después de que el predicador moderno ha hecho su parte con toda diligencia—después que todo lo desagradable acerca de la idea de Dios ha sido cuidadosamente eliminado, después de que su amor ilimitado ha sido celebrado con la elocuencia que merece—por alguna razón la congregación firmemente se rehúsa a estallar en el éxtasis del gozo. Lo cierto es que el Dios de la predicación moderna, a pesar de ser muy bondadoso, es poco atractivo. Nada es tan insípido como el buen humor

indiscriminado. ¿Es realmente amor algo que cuesta tan poco? Si Dios necesariamente nos perdonará sin importar lo que hagamos, ¿por qué deberíamos interesarnos en Él? Un Dios así quizás nos quite el miedo al infierno. Pero Su cielo, si es que tiene uno, rebosa de pecado.

La otra objeción a la animante idea de Dios es que no es verdadera. ¿Cómo puedes saber que Dios es sólo amor y bondad? No por la naturaleza, claro está, pues está llena de horrores. El sufrimiento humano puede ser desagradable, pero es real, y Dios tiene que tener algo que ver con él. Con seguridad, tampoco es algo sacado de la Biblia. Porque de la Biblia los viejos teólogos sacaron la idea de Dios que tú consideras pesimista. "El Señor tu Dios," dice la Biblia, "es fuego consumidor." O quizás sólo aceptas la autoridad de Jesús. No quedas en una posición mejor. Pues fue Jesús quien habló de la oscuridad de afuera y del fuego que no se apaga, del pecado que no será perdonado en esta era ni en la que vendrá. ¿O recurres acaso, para tu cómoda idea de Dios, a una revelación dada sólo a ti en el siglo veinte? Me temo que no convencerás a nadie, excepto a ti mismo.

La religión no se puede hacer más alegre al enfocarse en la parte agradable de Dios. Un Dios parcial no es un Dios real, y es sólo el Dios real el que puede satisfacer el deseo de tu alma. Dios es amor; pero, ¿es sólo amor? Dios es amor; pero, ¿es el amor Dios? Busca sólo gozo, entonces, gozo a cualquier precio, y no lo encontrarás. ¿Cómo se puede alcanzar, entonces?

La búsqueda del gozo en la religión parece haber terminado desastrosamente. Dios se encuentra envuelto en un misterio impenetrable, en una justicia abrumadora; el hombre se encuentra confinado a la prisión del mundo, tratando de sacar lo mejor de su

condición, decorando las paredes de su prisión con guirnaldas, pero aún así insatisfecho con su cautiverio, insatisfecho con una bondad relativa que en realidad no es bondad, insatisfecho en compañía de sus semejantes pecaminosos, incapaz de olvidar tanto su destino como su deber celestial, deseando tener comunión con el Dios Santo. Al parecer no hay esperanza; Dios se encuentra lejos de los pecadores; no hay espacio para el gozo, sino sólo la cierta y temerosa espera de juicio y de una ardiente indignación.

Sin embargo, tal Dios tiene al menos una ventaja sobre el cómodo Dios de la predicación moderna—tal Dios está vivo. Él es soberano; no está sometido a Su creación ni a Sus criaturas. Él puede hacer maravillas. ¿Podría salvarnos si quisiera? Nos ha salvado—ese es el mensaje del Evangelio. No podría haber sido predicho; menos podría haber sido predicha la manera en que ocurriría. Ese Nacimiento, esa Vida, esa Muerte. ¿Por qué fue así, en ese entonces, en ese lugar? Todo parece tan regional, tan particular, tan poco filosófico, tan diferente a lo que uno esperaría. "¿No son mejores nuestros métodos de salvación?" dicen los hombres. "Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel?" Pero, ¿y si fuera cierto? "Quien manifiesta todo poder, a su vez, manifiesta todo amor." — ¡El Hijo de Dios entregado por todos nosotros, la libertad del mundo, buscado por los filósofos de todas las épocas, ofrecido ahora libremente a toda alma simple, las cosas escondidas a los sabios y juicios han sido reveladas a niños, la larga lucha ha terminado, se ha alcanzado lo imposible, el misterio de la gracia ha vencido el pecado, plena comunión con el Dios Santo, nuestro Padre que está en el cielo!

Con seguridad esto, y sólo esto, es gozo. No obstante, es un gozo similar al temor. Caer en las manos del Dios vivo es algo de temer. ¿No estaríamos más seguros con un Dios inventado por nosotros mismos—amor y sólo amor, un Padre y nada más, frente

al cual podamos presentarnos sin miedo en base a nuestros propios méritos? El que quiera podrá estar satisfecho con un Dios así. Pero nosotros, ¡gracias a Dios!—tan pecadores como somos, nosotros veremos a Jehová. Desesperados, con esperanza, temblando, con una mitad dudando y con la otra creyendo, dejándoselo todo a Jesús, nos acercamos a la presencia de Dios mismo. Y en su presencia vivimos.

Sólo la muerte propiciatoria de Cristo presenta a pecadores como justos frente a los ojos de Dios; el Señor Jesús ha pagado condenación por sus pecados, y los ha vestido con Su perfecta justicia delante del trono de Dios el Juez. Pero Cristo ha hecho mucho más que eso por los cristianos. No sólo les ha dado una nueva y correcta relación con Dios, sino una nueva vida en la presencia de Dios para siempre. Los ha salvado tanto del poder como de la culpa del pecado. El Nuevo Testamento no termina con la muerte de Cristo; no termina con las triunfantes palabras de Jesús, "Consumado es." La resurrección siguió a la muerte, y tal como la muerte, la resurrección fue para nuestro beneficio. Jesús se levantó de entre los muertos a una nueva vida de gloria y poder, y es a esa vida a la cual Él trae a aquellos por quienes Él murió. En base a la obra redentora de Cristo, el cristiano no sólo ha muerto al pecado, sino que también vive para Dios.

Así fue completada la obra redentora de Cristo—la obra por la cual vino al mundo. El relato de tal obra es el "evangelio," las "buenas noticias." No podría haber sido de esperar, ya que el pecado no merece nada más que muerte eterna. Pero Dios triunfó sobre el pecado a través de la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Pero, ¿cómo se aplica la obra redentora de Cristo cada hombre cristiano? La respuesta del Nuevo Testamento es clara. Según el Nuevo Testamento, la obra de Cristo se aplica al hombre cristiano por medio del Espíritu Santo. Y esta obra del Espíritu Santo

es parte de la obra creadora de Dios. No es una obra efectuada por medios ordinarios; no se efectúa meramente usando lo bueno que está en el hombre. Por el contrario, es algo nuevo. No es una influencia en la vida sino el principio de una vida nueva; no es el desarrollo de lo que ya teníamos, sino un nuevo nacimiento. En el centro del cristianismo se encuentran las palabras, “Tú debes nacer de nuevo.”

Hoy estas palabras son miradas con desprecio. Involucran fenómenos sobrenaturales, y el hombre moderno se opone a lo sobrenatural tanto en la experiencia del individuo como en el ámbito de la Historia. Una doctrina cardinal del liberalismo moderno es que la maldad del mundo puede superarse por medio de la bondad del mundo; no se necesita ayuda del mundo exterior.

Esta doctrina es divulgada de varias maneras. Corre a través de toda la literatura popular de nuestra era. Domina la literatura religiosa, e incluso aparece al centro de la pista. Hace algunos años esta doctrina alcanzó gran popularidad por medio de una obra de teatro. La obra comenzaba con una escena en una residencial de Londres. Una escena bastante desalentadora. Las personas en tal residencial claramente no eran criminales desesperados, aunque a uno le hubiese gustado que lo fueran—habrían sido mucho más interesantes. Los personajes eran simplemente sórdidos, egoístas, ladrando y mordiéndose acerca de la comida y las comodidades—el tipo de personas del cual dan ganas de decir que no tienen alma. La escena expresaba lo horrendo de lo común y corriente. Hasta que en un momento entró el misterioso desconocido del “tercer piso” y todo cambió. No profesaba ningún credo ni religión. Simplemente conversaba con todos en la residencial y descubría lo bueno en cada una de sus vidas. En alguna parte de sus vidas se podía encontrar algo bueno—algún afecto verdaderamente humano, alguna noble ambición. Por largo tiempo había estado escondido detrás de una gruesa capa de sordidez y egoísmo; su

mera existencia había sido olvidada. Pero ahí estaba, y al ser sacado a la luz, toda la vida fue transformada. De esa forma, el mal que estaba dentro del hombre fue superado por el bien que ya estaba ahí dentro.

La misma cosa se enseña en maneras más prácticas. Por ejemplo, están aquellos que lo aplican a los presos en nuestras cárceles. Los reclusos en cárceles y penitenciarías obviamente no son material muy prometedor. Pero es un gran error—se nos enseña—decirles que son malos, insistir en su pecado y así desalentarlos. Por el contrario—se nos dice—lo que debemos hacer es buscar lo bueno en ellos y empezar a construir sobre esa base; debemos apuntar a algún sentido de honor latente que demuestre que incluso los criminales poseen vestigios de nuestra naturaleza humana común. Así, nuevamente, el mal que existe en el hombre debe ser superado por el bien que el hombre posee, no por medio de un bien externo.

Hay un gran elemento de verdad en este principio moderno, ciertamente. Ese elemento de verdad está en la Biblia. La Biblia ciertamente enseña que el bien ya presente en el hombre debe ser fomentado para así controlar el mal. Todo lo verdadero, lo puro, lo admirable—en tales cosas debemos pensar. Superar el mal del mundo con el bien ya presente en el mundo es un muy buen principio. Los teólogos de antaño reconocieron esto en su totalidad en la doctrina de "la gracia común." Incluso fuera del cristianismo hay algo en el mundo que detiene las peores manifestaciones del mal. Y ese algo debe ser utilizado. Sin usarlo, no se podría vivir en este mundo por un día siquiera. El uso de tal principio es muy bueno en verdad; ciertamente hará muchas cosas útiles.

No obstante, hay una cosa que no podrá hacer. No acabará con la enfermedad del pecado. En efecto mitigará los síntomas de la enfermedad; cambiará la forma de la

enfermedad. Hay veces en que la enfermedad se esconde, y existen aquellos quienes piensan que la enfermedad ha sido curada totalmente. Pero luego estalla de alguna manera diferente y sorprende al mundo, como en 1914. Lo que se necesita no es un ungüento que mitigue los síntomas del pecado, sino un remedio que ataque la enfermedad desde la raíz.

En realidad, el ejemplo de la enfermedad puede confundir. El único ejemplo—si es que en realidad puede ser llamado un mero ejemplo—es el que la Biblia usa. El hombre no está simplemente enfermo; el hombre está muerto en sus delitos y pecados; lo que en realidad necesita es una vida nueva. Esa es la vida que el Espíritu Santo da en la "regeneración" o en el nuevo nacimiento.

La Palabra de Dios enseña de muchas formas y en muchos pasajes la doctrina central del nuevo nacimiento. Uno de los mejores pasajes es Gálatas 2:20: "Con Cristo he sido juntamente crucificado; ya no soy yo quien vive, mas Cristo vive en mí." Bengel llama a este pasaje la médula del cristianismo. Y con toda razón lo llama así. El pasaje se refiere a la base objetiva de la obra redentora de Cristo, y al mismo tiempo contiene lo sobrenatural de la experiencia cristiana. "Ya no soy yo quien vive, mas Cristo vive en mí"—son palabras extraordinarias. Pablo está diciendo, "Si miras a los cristianos puedes ver muchas manifestaciones de la vida de Cristo." Si las palabras de Gálatas 2:20 fueran tomadas fuera de contexto, sin duda se les podría interpretar en un sentido místico o panteísta; podrían ser tomadas como si se incluyera un traspaso de la personalidad del cristiano a la personalidad de Cristo. No obstante, Pablo no tenía por qué temer tal tergiversación; en toda su enseñanza Pablo se había protegido de esta interpretación. La nueva relación del cristiano con Cristo, según Pablo, no incluye una pérdida de personalidad por parte del cristiano; por el contrario, esta es intensamente personal por dondequiera que se le mire; no es meramente una relación mística con el Todo ni el

Absoluto, sino una relación de amor entre una persona y otra. Ya que Pablo se había protegido de tal tergiversación, no temía ser tan extremamente audaz en su lenguaje. "Ya no soy yo quien vive, mas Cristo vive en mí"—estas palabras tienen un concepto tremendo del cambio que se produce en la vida de un hombre cuando se convierte a Cristo. Es casi como si tal hombre fuese una nueva persona—así de grandioso es el cambio. Estas palabras no fueron escritas por un hombre que consideraba al cristianismo simplemente como un nuevo elemento en la vida; Pablo creía con toda su mente y todo su corazón en la doctrina de la nueva creación, del nuevo nacimiento.

La doctrina representa un aspecto de la salvación que fue hecha por Cristo y que es aplicada por Su Espíritu. Pero hay otro aspecto de la misma salvación. La regeneración significa una nueva vida; pero también hay una nueva relación en la cual el creyente está frente a Dios. Esa nueva relación se constituye por la "justificación"—el acto de Dios por medio del cual un pecador es declarado justo ante Sus ojos gracias a la muerte propiciatoria de Cristo. No es necesario preguntar si la justificación viene antes de la regeneración o viceversa; en realidad, son dos aspectos de la misma salvación. Y ambas se encuentran al principio de la vida cristiana. El cristiano no tiene solamente la promesa de una vida nueva, sino que ya tiene una vida nueva. Y no sólo tiene la promesa de ser declarado justo frente a Dios (aunque la feliz declaración será confirmada en el día del juicio), sino que ya ha sido declarado justo aquí y ahora. En el principio de cada vida cristiana se encuentra, no un proceso, sino una acción definitiva de Dios.

Eso no quiere decir que todo cristiano sabe exactamente en qué momento fue justificado y nacido de nuevo. Algunos cristianos, por cierto, son capaces de decir el día y la hora de su conversión. Es un pecado lamentable que ridiculice la experiencia de tales hombres. A veces, ciertamente, tienen la inclinación a ignorar los pasos que Dios en Su

providencia les preparó para el gran cambio. Pero están bien en el punto central. Ellos saben que en tal día, estando aún en sus pecados, se arrodillaron y oraron, y que cuando se levantaron eran hijos de Dios, que jamás serían separados de Él. Tal experiencia es algo muy santo. Pero, por otro lado, es un error pedir que sea una experiencia universal. Hay cristianos que pueden decir la hora y el día de su conversión, pero la gran mayoría no sabe con exactitud en qué momento fueron salvos. Los efectos de la obra son evidentes, pero la obra en sí fue hecha en la quietud de Dios. Comúnmente, esa es la experiencia de los hijos de padres cristianos. No es necesario que todos pasen por agonías del alma antes de ser salvos; están aquellos cuya fe viene pacífica y fácilmente a través de la crianza de hogares cristianos.

Sea como sea manifestado, el principio de la vida cristiana es un acto de Dios. Es un acto de Dios y no un acto del hombre.

Sin embargo, eso no significa que en el principio de la vida cristiana Dios trata con nosotros como si fuéramos palos o piedras, incapaces de entender lo que se está haciendo. Por el contrario, Dios obra en nosotros como personas; la salvación tiene un lugar en la vida consciente del hombre; en nuestra salvación, Dios usa un acto consciente del alma humana—un acto que, a pesar de ser en sí una obra del Espíritu de Dios, es al mismo tiempo un acto del hombre. El acto del hombre que Dios produce y emplea en la salvación es la fe. La doctrina de la "justificación por la fe" se encuentra en el centro del cristianismo.

Al poner en alto la fe, no nos estamos ubicando directamente en contradicción al pensamiento moderno. De hecho, los hombres más modernos ponen a la fe muy en alto. Pero, ¿qué tipo de fe? Es ahí donde emerge la diferencia de opinión.

La fe es puesta tan en alto hoy en día que los hombres quedan satisfechos con cualquier tipo de fe, con tal de que sea fe. No importa qué es lo que se crea—se nos dice—con tal de que exista la bendita actitud de fe. La fe no dogmática—se dice—es mejor que la dogmática, pero es una fe más pura—es una fe menos debilitada por la adulteración del conocimiento.

Ahora, queda perfectamente claro que tal empleo de la fe meramente como un benéfico estado del alma tiene algunos resultados. La fe en las cosas más absurdas a veces produce los mejores resultados y de más largo alcance. Pero lo perturbador es que toda fe tiene un objeto. El observador científico puede pensar que no es el objeto el que hace el trabajo; desde su aventajado punto de vista puede ver claramente que es la fe, considerada simplemente como un fenómeno psicológico, lo que es realmente importante, y que cualquier otro objeto habría respondido de la misma manera. Pero aquel que cree siempre está convencido precisamente de que no es la fe lo que ayuda, sino el objeto de tal fe. En el instante que se convence de que es la fe meramente la que le está ayudando, la fe desaparece; pues la fe siempre involucra la convicción acerca de la verdad objetiva o fiabilidad del objeto. Si en realidad el objeto no es confiable, la fe es una fe falsa. Es verdad que esa fe falsa puede ayudar de vez en cuando a un hombre. Las cosas falsas lograrán muchas cosas útiles en el mundo. Si tomo una moneda falsa y con ella compro una cena, la cena no deja de ser buena, a pesar de que la moneda haya sido falsa. ¡Y sí que es útil una cena! Pero justo cuando me dirijo a comprar una cena para un hombre pobre, aparece un experto y me dice que mi moneda es falsa. ¡O miserable y cruel experto! Mientras que él habla y habla de los aburridos y sabiondos detalles acerca de la historia primitiva de esa moneda, un hombre pobre se muere de hambre sin pan. Lo mismo pasa con la fe. La fe es tan útil—nos dicen—que no debemos examinar su base a la luz de la verdad. Pero el gran problema es que el evadir tal examinación significa

destruir la fe. Pues la fe es esencialmente dogmática. A pesar de todo lo que puedas hacer, no puedes quitar el elemento de asentimiento intelectual que tiene la fe. La fe es creer que alguien hará algo por ti. Si esa persona hace algo por ti, entonces la fe es verdadera. Si no lo hace, entonces la fe es falsa. En el último caso, todos los beneficios del mundo no podrán hacer que la fe sea verdadera. Aunque haya llevado al mundo de las tinieblas a la luz, aunque haya producido miles de vidas gloriosamente sanas, sigue siendo un fenómeno patológico. Es falsa, y tarde o temprano se descubrirá que es falsa.

Tales falsificaciones deben ser eliminadas, no por amor a la destrucción, sino para dar lugar al oro puro cuya existencia queda implícita en la presencia de las falsificaciones. A menudo la fe se basa en el error, pero la fe no existiría si no se basara algunas veces en la verdad. Pero si la fe cristiana está basada en la verdad, entonces no es la fe la que salva al cristiano sino el objeto de la fe. Y el objeto de la fe es Cristo. La fe, por lo tanto, según la perspectiva cristiana, es simplemente la recepción de un regalo. Tener fe en Cristo significa cesar lo intentos por ganar el favor de Dios en base al carácter propio; el hombre que cree en Cristo simplemente acepta el sacrificio que Cristo hizo en el Calvario. El resultado de tal fe es una vida nueva y buenas obras; pero la salvación en sí es un regalo absolutamente gratuito por parte de Dios.

El concepto de fe que prevalece en la iglesia liberal es muy diferente. Según el liberalismo moderno, la fe es esencialmente lo mismo que “hacer a Cristo el Maestro” de la vida propia; al menos es hacer a Cristo el Maestro en la vida en la que se busca el bienestar del hombre. Sin embargo, ese pensamiento puramente significa que la salvación se obtiene por nuestra obediencia a los mandatos de Cristo. Tal enseñanza es simplemente una forma sublimada de legalismo. La base de la esperanza, desde esta perspectiva, no es el sacrificio de Cristo sino nuestra obediencia a la ley de Dios.

De esta manera, se ha abandonado todo el logro de la Reforma, y se ha vuelto a religión de la Edad Media. A principios del siglo dieciséis, Dios levantó a un hombre que comenzó a leer la Epístola a los Gálatas con sus propios ojos. El resultado fue el redescubrimiento de la doctrina de la justificación por la fe. Sobre tal redescubrimiento se ha basado toda nuestra libertad evangélica. Como Lutero y Calvino lo expusieron, la Epístola a los Gálatas se convirtió en la "Carta Magna de la libertad cristiana." Pero el liberalismo moderno ha vuelto a la vieja interpretación de Gálatas contra la cual lucharon tanto los reformadores. Por esa razón el elaborado comentario de la Epístola por el profesor Burton, a pesar de su extremadamente valiosa erudición moderna, es un libro medieval; ha vuelto a la exégesis de la anti-Reforma, por medio de la cual se cree que Pablo en su Epístola parece estar atacando detalle tras detalle la moralidad de los fariseos. Lo que a Pablo le interesa en realidad no es la religión espiritual contra el ceremonialismo, sino la gracia gratuita de Dios contra el mérito humano.

Piecemeal

La gracia de Dios es rechazada por el liberalismo moderno. Y el resultado es esclavitud—la esclavitud a la ley, la miserable cautividad por la cual el hombre toma la tarea imposible de establecer su propia justicia como base de aceptación frente a Dios. Puede resultar extraño a primera vista que el "liberalismo," cuyo nombre mismo significa libertad, sea en realidad una esclavitud miserable. Pero el fenómeno en realidad no es tan extraño. La emancipación desde la voluntad de Dios siempre involucra la esclavitud a un malvado capataz.

Entonces, de la iglesia liberal se puede decir, tal como de la Jerusalén del tiempo de Pablo, que "está en esclavitud junto con sus hijos." ¡Que Dios le conceda volver a la libertad del Evangelio de Cristo!

La libertad del Evangelio depende del don de Dios por medio del cual comienza la vida cristiana—un don que involucra justificación, es decir, la remoción de la culpa del pecado, y el establecimiento de una relación correcta entre el creyente y Dios; y la regeneración, es decir, el nuevo nacimiento, el cual hace al cristiano una nueva criatura.

Sin embargo, existe una objeción obvia a esta gran doctrina, y tal objeción lleva a una mejor comprensión de la salvación según el cristianismo. La objeción obvia a la doctrina de la nueva creación es que no parece estar en línea con los factores observados. ¿Son los cristianos nuevas criaturas? Ciertamente, no lo parecen. Están sometidos a las condiciones antiguas de la vida, tal como lo estaban antes; si los miras, no puedes notar en ellos un cambio evidente. Tienen las mismas debilidades y, desafortunadamente, a veces tienen los mismos pecados. La nueva creación, si en realidad es nueva, no parece ser suficientemente perfecta; difícilmente Dios podría mirarla y decir, como dijo en la primera creación, que todo es muy bueno.

Esta es una objeción muy real. Pero Pablo responde a ella gloriosamente en el mismo verso ya mencionado, en el cual la doctrina de la nueva creación es proclamada tan vigorosamente. "Ya no soy yo quien vive, mas Cristo vive en mí"—esa es la doctrina de la nueva creación. "Y lo que ahora vivo en la carne," continúa, "lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí." "Lo que ahora vivo en la carne"—ahí está el reconocimiento. Pablo admite que el cristiano vive una vida en la carne, sometido a las mismas condiciones terrenales y en una continua batalla con el pecado. "Pero," dice Pablo (y aquí responde a la objeción), "lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí." La vida cristiana se vive por fe y no por vista; el gran cambio no ha llegado en total realización

aún; el pecado no ha sido completamente vencido aún; el principio de la vida cristiana es un nuevo nacimiento, no la creación inmediata de un hombre adulto. Pero aunque la nueva vida no ha llegado en su plenitud, el cristiano sabe que la plenitud no fallará; tiene la seguridad de que el Dios que empezó la buena obra en él la completará en el día de Cristo; sabe que el Cristo que lo amó y se entregó a sí mismo por él no lo decepcionará, sino que a través del Espíritu Santo lo hará un hombre perfecto. Eso es lo que Pablo quiere decir con la vida cristiana vivida por fe.

Así, aunque la vida cristiana comienza con un acto de Dios en un momento particular, continúa en un proceso. En otras palabras—para usar lenguaje teológico—la justificación y la regeneración son seguidas por la santificación. En principio la vida cristiana ya está libre del presente mundo malvado, pero en la práctica la libertad aún debe ser conseguida. Así, la vida cristiana no es una vida de holgazanería, sino una batalla.

Esto es lo que Pablo quiere decir cuando habla de la fe que obra por el amor (Gálatas 5:6). La fe a la cual se refiere como el medio de la salvación no es una fe ociosa, como la fe que se condena en la Epístola de Santiago, sino una fe que trabaja. El trabajo que ejerce es el amor, y Pablo explica qué es el amor en la última sección de la Epístola a los Gálatas. El amor, en el sentido cristiano, no es meramente una emoción, sino algo muy práctico que incluye todas las áreas de la vida. Involucra nada menos que cumplir toda la ley de Dios. “Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Aún así, los resultados de la fe no implican que la fe en sí sea una obra. Es significativo que en la última sección de Gálatas, la sección “práctica,” Pablo no diga que la fe produce la vida de amor; Pablo dice que esta es producida por el Espíritu de Dios. En esa sección, entonces, el Espíritu es representado como quien hace

exactamente lo que se le atribuye en palabras cargadas de contenido a “la fe que obra por el amor.” La contradicción aparente simplemente lleva a la verdadera concepción de la fe. La fe verdadera no hace nada. Cuando se dice que la fe hace algo (por ejemplo, cuando decimos que puede mover montañas), es sólo para decirlo de manera breve. La fe es exactamente lo opuesto a las obras; la fe no da, sino recibe. Entonces cuando Pablo dice que hacemos algo por fe, es simplemente otra forma de decir que nosotros no hacemos nada; cuando se dice que la fe obra por medio del amor, eso significa que por medio de la fe la base necesaria para toda obra cristiana ha sido obtenida en la remoción de la culpa y en el nacimiento del nuevo hombre, y que el Espíritu de Dios ha sido recibido—el Espíritu que obra junto con y a través del hombre cristiano para una vida santa. La fuerza que entra a la vida cristiana por medio de la fe y que obra a través del amor es el poder del Espíritu de Dios.

Sin embargo, la vida cristiana no se vive sólo por fe; también se vive en esperanza. El cristiano se encuentra en medio de una dolorosa batalla. Sólo el corazón desalmado e indolente podría estar satisfecho con la condición general del mundo. Es totalmente cierto que la creación entera da gritos de dolores hasta el día de hoy. Incluso en la vida cristiana hay cosas que nos gustaría que acabaran; hay miedos interiores como también luchas exteriores; incluso en la vida cristiana hay tristes evidencias del pecado. No obstante, según la esperanza que Cristo nos ha dado, finalmente habrá victoria, y luego del sufrimiento en este mundo vendrán las glorias del cielo. Esta es una esperanza en toda la vida cristiana; el cristianismo no es absorbido por este mundo transitorio, sino que mide todas las cosas según una perspectiva eterna.

En este punto frecuentemente aparece una objeción. Se objeta la idea del “otro mundo” del cristianismo como una forma de egoísmo. Se dice que el cristiano hace lo

correcto por su esperanza en un cielo, pero ¡cuánto más noble es el hombre que, en nombre del deber, camina valientemente hacia la oscura aniquilación!

La objeción tendría algún peso si en la creencia cristiana el cielo fuera meramente diversión. Pero, de hecho, el cielo es la comunión con Dios y con Su Cristo. Reverentemente puede decirse que el cristiano desea estar en el cielo no sólo para sí mismo, sino también para Dios. Hoy nuestro amor es tan frío, nuestro servicio tan débil; pero un día lo amaremos y serviremos como Él se lo merece. Es perfectamente cierto que el cristiano está insatisfecho con el mundo presente, pero tal insatisfacción es santa; tal es el hambre y sed de justicia que nuestro Salvador bendijo. Ahora estamos separados de nuestro Salvador por el velo de nuestros sentidos y por los efectos del pecado, y no es egoísta querer verlo cara a cara. Dejar tal deseo de lado no es negarse a sí mismo; es como dejar padre y madre, esposa e hijos y no sentir dolor en el corazón. No es egoísta desear a Aquel amamos sin haber visto.

Tal es la vida cristiana—una vida de conflicto pero al mismo tiempo una vida de esperanza. El cristiano ve esta vida desde la perspectiva de la eternidad; este mundo pasará, y todo deberá ser presentado frente al trono de Cristo en Su juicio.

El “programa” de la iglesia liberal moderna es muy diferente. En tal programa, el cielo ocupa una pequeña parte; en realidad, este mundo lo es todo. No siempre el rechazo a la esperanza cristiana es definitivo o consciente; a veces el predicador moderno trata de conservar la creencia en la inmortalidad del alma. Pero la base real de la creencia en la inmortalidad ha sido removida junto con el rechazo de la resurrección de Cristo encontrada en el Nuevo Testamento.

En realidad, el predicador liberal tiene muy poco que decir en cuanto al otro mundo. Este mundo es el centro de todos sus pensamientos; la religión en sí, e incluso Dios mismo, son meramente un medio para el mejoramiento de las condiciones de este mundo.

De esa forma, la religión se ha convertido en una simple función de la comunidad o del estado. Así es considerada por los hombres de hoy. Incluso los testarudos hombres de negocios y políticos se han convencido de que la religión es necesaria. Pero es concebida como necesaria meramente como el medio para conseguir un objetivo. Hemos tratado de vivir sin religión—se dice—pero el experimento ha sido un fracaso; debemos hacer que vuelva y nos ayude.

Por ejemplo, hay un problema con los inmigrantes; grandes grupos de personas han encontrado lugar en nuestro país; ellos no hablan nuestro idioma y no conocen nuestras costumbres; y no sabemos qué hacer con ellos. Los hemos atacado con opresivas legislaciones y propuestas de ley, pero tales medidas no han sido completamente efectivas. Por alguna razón estas personas tienen una obstinada adhesión al lenguaje que aprendieron en el seno de su madre. Puede parecer extraño que un hombre tenga que amar tal lenguaje, pero esta gente sí que lo ama, y nosotros quedamos perplejos en nuestros esfuerzos por crear un pueblo norteamericano unido. Se pide ayuda a la religión, entonces; ahora estamos inclinados a acercarnos a los inmigrantes con una Biblia en una mano y con un pub en la otra, ofreciéndoles así los beneficios de la libertad. Eso es lo que se entiende muchas veces por la “americanización cristiana.”

Otro problema sin solución es el de las relaciones industriales. Se ha apelado al interés propio; empleadores y empleados han destacado las ventajas comerciales de un

acuerdo. Pero no ha dado resultado. La lucha de clases continúa en la destructiva batalla industrial. Y a veces la falsa doctrina da la base para una falsa práctica; siempre se puede sentir el peligro del bolchevismo en el aire. Medidas represivas se han aplicado aquí otra vez, sin resultado; la libertad de expresión y de prensa ha sido censurada radicalmente. Pero la legislación represiva parece incapaz de mantener bajo control el surgimiento de ideas. Quizás, entonces, incluso en estos asuntos, necesitamos la ayuda de la religión.

Un problema más enfrenta el mundo moderno—el problema de la paz internacional. También este problema pareció estar solucionado una vez; el interés propio parecía ser suficiente; hubo muchos que pensaron que los banqueros serían capaces de prevenir una guerra en Europa. Todas esas esperanzas fueron destrozadas cruelmente en 1914, y no hay una pizca de evidencia que tales esperanzas tengan más fundamento hoy que en ese entonces. Otra vez, entonces, el interés propio es insuficiente; se debe pedir ayuda a la religión.

Tales reflexiones han llevado a un renovado interés público en el tema de la religión; después de todo, la religión parece tener algo de utilidad. El problema es que, al mismo tiempo en que es utilizada, la religión es degradada y destruida. Cada vez más se piensa de la religión como un simple medio para un fin mayor. El cambio se detecta con especial claridad en la forma en que los misioneros se refieren a su causa. Cincuenta años atrás, los misioneros hacían su llamado en vistas de la eternidad. "Millones de hombres," decían normalmente, "se están yendo a la destrucción eterna; Jesús puede salvarlos, Él es suficiente; envíennos con el mensaje de salvación, entonces, mientras que aún haya tiempo." Gracias a Dios, algunos misioneros todavía hablan así. Pero muchos otros hacen un llamado muy diferente. "Vamos como misioneros a India," dicen. "India está en peligro; el bolchevismo está asechando; envíennos a India para que pongamos la amenaza

bajo control." O también dicen: "Vamos como misioneros a Japón; Japón será dominado por el militarismo a menos que los principios de Jesús ejerzan influencia; envíennos, entonces, para prevenir la guerra."

El mismo cambio radical aparece en la vida de la comunidad. Se ha formado, digamos, una nueva comunidad. Tiene muchas cosas que pertenecen naturalmente a una comunidad bien organizada; tiene una farmacia, un club de campo y una escuela. "Pero hay una cosa," se dicen a sí mismos los habitantes, "hay una cosa que falta; nos hace falta una iglesia. Una iglesia es una parte reconocidamente necesaria de toda comunidad saludable. Por lo tanto, necesitamos una iglesia." Entonces se llama un experto en construcción de iglesias para que tome las medidas necesarias. Las personas que hablan de esta manera usualmente tienen poco interés en la religión misma; jamás se les ha ocurrido entrar en el lugar secreto de comunión con el Dios Santo. Se piensa que la religión es necesaria para tener una comunidad sana; y, por lo tanto, por el bien de la comunidad, estamos dispuestos a tener una iglesia.

Lo que sea que se piense de esta actitud hacia la religión, es totalmente evidente que no se puede tratar a la religión cristiana de tal manera. En el instante que así se trata, deja de ser cristiana. Porque si algo claro hay, es que el cristianismo se rehúsa a ser tratado como el medio para un fin mayor.[24] Nuestro Señor lo dejó perfectamente claro cuando dijo: "Si alguno viene a mí, y no aborrece su padre, y madre… no puede ser mi

---

[24] Para una crítica incisiva a esta tendencia, especialmente en cuanto a que traerá como resultado el control de la educación religiosa por parte de la comunidad, y para una elocuente defensa de la postura contraria, la cual hace al cristianismo un fin en sí mismo, ver Harold McA. Robinson, *"Democracy and Christianity,"* en *The Christian Educator* Vol. No. 1, octubre, 1920, pp. 3-5.

discípulo” (Lucas 14:26). Lo que sea que tales grandiosas palabras signifiquen, ciertamente significan que la relación con Cristo tiene mucha más importancia que todas las otras, incluso que las relaciones más santas que existen entre marido y mujer, padre e hijo. Esas relaciones existen para el bien del cristianismo, no el cristianismo para el bien de ellas. El cristianismo ciertamente logrará muchas cosas útiles en este mundo, pero si es aceptado sólo para conseguir tales cosas, deja de ser cristianismo. El cristianismo luchará contra el bolchevismo; pero si se acepta sólo para combatir el bolchevismo, ya no es cristianismo: el cristianismo producirá una nación unida, de manera lenta pero satisfactoria; pero si es aceptado sólo para que produzca una nación unida, ya no es cristianismo: el cristianismo producirá una comunidad saludable; pero si es aceptado sólo para producir una comunidad saludable, ya no es cristianismo: el cristianismo buscará la paz internacional; pero si es aceptado sólo para buscar la paz internacional, ya no es cristianismo. Nuestro Señor dijo: “Buscad primero el Reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.” Pero si buscas primero el Reino de Dios y Su justicia para conseguir esas otras cosas que te serán añadidas, perderás ambas, las cosas añadidas y el Reino de Dios.

Pero si el cristianismo estuviera dirigido hacia otro mundo; si fuera una manera por medio de la cual los individuos pudieran escapar de la presente era malvada hacia un mejor lugar, ¿qué pasaría con el “evangelio social”? En este punto se detecta una de las líneas más obvias de escisión entre el cristianismo y la iglesia liberal. El evangelismo antiguo—dice el predicador liberal moderno—buscaba salvar a los individuos, mientras que el nuevo evangelismo busca transformar el organismo entero de la sociedad: el evangelio antiguo era individual; el evangelismo nuevo es social.

Esta formulación del asunto no es enteramente correcta, aunque contiene un elemento de verdad. Es cierto que el cristianismo histórico está en conflicto con muchos puntos del colectivismo de hoy; contra los reclamos de la sociedad, sí hace énfasis en el valor del alma individual. El cristianismo da al individuo un refugio para las corrientes fluctuantes de la opinión humana, un escondite de meditación en donde un nombre puede entrar personalmente a la presencia de Dios. Da al hombre el valor para enfrentar al mundo, si es necesario; firmemente se rehúsa a hacer del individuo un simple medio para un fin más alto, un simple elemento en la composición de la sociedad. Rechaza completamente cualquier medio de salvación que tome a los hombres en masa; trae al individuo cara a cara con su Dios. En ese sentido, es cierto que el cristianismo es individualista y no social.

Pero aunque sea individualista, no es sólo individualista. El cristianismo entrega todo lo necesario para las necesidades sociales del hombre.

En primer lugar, incluso la comunión del hombre individual con Dios no es realmente individualista, sino social. Un nombre no está aislado cuando está en comunión con Dios; sólo alguien que ha olvidado la real existencia de la Persona suprema puede decir que el hombre se encuentra aislado. Otra vez aquí, como en muchos otros lugares, la línea de escisión entre el liberalismo y el cristianismo realmente se reduce a una profunda diferencia en la concepción de Dios. El cristianismo es sinceramente teísta; con mucha suerte, el liberalismo también lo es, pero sólo parcialmente. Si un hombre alguna vez llega a creer en un Dios personal, entonces su adoración hacia Él no será descrita como un aislamiento egoísta, sino como el fin mayor del hombre. Eso no significa que la adoración a Dios desde la perspectiva cristiana se debe empujar hasta negar el servicio que se debe entregar a los semejantes—“aquel que no ama a su hermano a quien ha visto,

no puede amar a Dios a quien no ha visto”—pero sí significa que la adoración a Dios tiene valor por sí misma. Muy diferente es la doctrina prevaleciente del liberalismo moderno. Según la creencia cristiana, el hombre existe para Dios; según la iglesia liberal, en la práctica y probablemente en la teoría, Dios existe para el hombre.

Pero el elemento social del cristianismo no se encuentra sólo en la comunión del hombre y Dios, sino también en la comunión del hombre con el hombre. Tal comunión aparece incluso en instituciones que no son específicamente cristianas.

La más importante de tales instituciones, según la enseñanza cristiana, es la familia. Y tal institución cada vez es más relegada. Es relegada por la ocupación indebida de la comunidad y del estado. La vida moderna tiende más y más hacia la contracción de la esfera de control e influencia de los padres. La selección de escuelas se está dejando en poder del estado; la “comunidad” está tomando control sobre las actividades sociales y de recreación. Se podría preguntar cuán responsables son estas actividades comunitarias de la ruptura moderna del hogar; es muy probable que estén simplemente tratando de llenar el vacío que existe incluso desde antes. En cualquier caso, el resultado es evidente—las vidas de los niños ya no están rodeadas por la cariñosa atmósfera del hogar cristiano, sino por el utilitarismo del estado. Un avivamiento de la religión cristiana incuestionablemente traerá una inversión al proceso; la familia, contra todas las otras instituciones sociales, volverá a su lugar correcto.

Pero, incluso siendo reducido a sus límites apropiados, el estado tiene un lugar importante en la vida humana, y es apoyado por el cristianismo en la posesión de tal lugar. Más aún, el apoyo es independiente del carácter cristiano o no-cristiano del estado; fue en el Imperio Romano bajo la autoridad de Nerón que Pablo dijo: “no hay autoridad

sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas." Por lo tanto, el cristianismo no asume una actitud negativa hacia el estado, sino que reconoce, bajo ciertas condiciones, la necesidad de un gobierno.

El caso es similar con respecto a aquellos aspectos amplios de la vida humana que están asociados al industrialismo. La idea del "otro mundo" del cristianismo no involucra un escape de la batalla de este mundo; nuestro mismo Señor, en Su grandiosa misión, vivió en medio del alboroto y la presión de la vida. Claramente, entonces, el cristiano no debe simplificar su problema al salirse del ajetreo del mundo, sino que debe aprender a aplicar los principios de Jesús incluso en los complejos problemas de la vida industrial moderna. En este punto la enseñanza cristiana está en completo acuerdo con la iglesia liberal moderna; el cristiano evangélico no es fiel a su profesión de fe si se quita su cristianismo el lunes por la mañana. Por el contrario, toda la vida, incluyendo los negocios y todas las otras relaciones sociales, deben obedecer a la ley del amor. El hombre cristiano ciertamente debe mostrar interés por el "cristianismo aplicado."

Sólo el hombre cristiano—y aquí surge una enorme diferencia de opinión—cree que no puede existir un cristianismo aplicado a menos que exista un "cristianismo a ser aplicado."[25] Es ahí donde el cristiano difiere del liberal moderno. El liberal cree que el cristianismo aplicado es todo lo que hay de cristianismo, entendiendo el cristianismo simplemente como una manera de vivir; el hombre cristiano cree que el cristianismo aplicado es el resultado de un acto inicial de Dios. Entonces hay una enorme diferencia entre el liberal moderno y el cristiano en cuanto a las instituciones humanas como la

---

[25] Francis S. Downs, *"Christianity and Today,"* en *Princeton Theological Review*, xx, 1922 p. 287. Ver también el artículo completo, ibid.

comunidad y el estado, y con respecto a los esfuerzos de aplicar la Regla de Oro en las relaciones industriales. El liberal moderno ve estas instituciones con optimismo; el cristiano ve estas instituciones con pesimismo a menos que sean dirigidas por hombres cristianos. El liberal moderno cree que la naturaleza humana tal como está hoy en día puede ser moldeada por los principios de Jesús; el hombre cristiano cree que el mal sólo puede ser controlado—mas no destruido—por las instituciones humanas, y que debe haber una transformación del material humano antes de construir cualquier otra cosa. Esta no es una diferencia en teoría meramente, pues se hace sentir en todo ámbito del mundo práctico. Es particularmente evidente en el campo de las misiones. El misionero del liberalismo busca desplegar las bendiciones de la civilización cristiana (cualesquiera sean), sin estar particularmente interesado en llevar a los individuos a cambiar sus creencias paganas. Por el contrario, el misionero cristiano, más que el beneficio, ve el peligro de la satisfacción con la mera influencia de la civilización cristiana; él cree que su tarea principal es salvar almas, y que las almas no son salvas sólo por los principios éticos de Jesús sino por medio de su obra redentora. El misionero cristiano, en otras palabras, y el obrero cristiano en casa tanto como en el extranjero, a diferencia del apóstol del liberalismo, predica a todos los hombres en todas partes: “La bondad humana nada puede hacer por las almas perdidas; ustedes deben nacer de nuevo.”

Capítulo VII

La Iglesia

Se acaba de hacer la observación que al cristianismo, al igual que el liberalismo, le interesan las instituciones sociales. Pero la institución más importante aún no ha sido mencionada—la institución de la Iglesia. Cuando, según la creencia cristiana, almas perdidas son salvadas, los salvos son unidos a la Iglesia cristiana. Sólo a través de caricaturas sin fundamento se representa a los misioneros cristianos, como si no tuvieran interés en la educación o en el mantenimiento de una vida social en este mundo; no es cierto que sólo están interesados en salvar almas individuales y una vez que las almas son salvadas dejarlas solas para que hagan lo que les plazca. Por el contrario, los verdaderos cristianos deben ser unidos en todos lados a la hermandad de la Iglesia cristiana.

Es bien distinta la concepción cristiana de hermandad de la doctrina liberal de la "hermandad del hombre." La doctrina moderna liberal dice que todos los hombres en cualquier lugar, sin importar su raza o credo, son hermanos. En un sentido, esta doctrina puede ser aceptada por el cristiano. La relación en la que se encuentran todos los hombres frente al resto es análoga en algunos aspectos importantes a la relación de hermandad. Todos los hombres tienen el mismo Creador y la misma naturaleza. El hombre cristiano puede aceptar todo lo que el liberal moderno quiera decir en cuanto a la hermandad del hombre. Pero el cristiano también conoce una relación tanto más íntima que esa relación general del hombre, y es para esta relación más íntima que se reserva el término

“hermano.” La verdadera hermandad, según la enseñanza cristiana, es la hermandad de los redimidos.

No hay nada intelectualmente estrecho en esta enseñanza; porque la hermandad cristiana está abierta sin distinción para todos; y el hombre cristiano busca traer a todos a esta hermandad. El servicio cristiano, es cierto, no está limitado a la familia de la fe; todos los hombres, sean cristianos o no, son nuestros prójimos si están en necesidad. Pero si realmente amamos a nuestro prójimo, jamás estaremos contentos con sólo vendar sus heridas, ungirles con aceite, vino, o prestarles algún otro servicio inferior. Sin duda haremos estas cosas por ellos. Pero la mayor ocupación de nuestras vidas será traerlos al Salvador de sus almas.

Es sobre esta hermandad de pecadores nacidos de nuevo, esta hermandad de los redimidos, que el cristiano basa la esperanza de la sociedad. No encuentra esperanza sólida alguna en el mejoramiento de las condiciones terrenales, o en el moldeamiento de las instituciones humanas bajo la influencia de la regla de oro. Estas cosas, sin dudas, deben ser bienvenidas. Pueden aliviar los síntomas del pecado para que así quede tiempo para aplicar el verdadero remedio; pueden servir para producir condiciones sobre la tierra que sean favorables para la propagación del mensaje del Evangelio; incluso tienen valor en sí mismas. Pero por sí solas, para el cristiano, su valor es pequeño. Un edificio sólido no puede ser construido cuando todos sus materiales son defectuosos; una sociedad bendecida no puede estar formada por hombres que siguen bajo la maldición del pecado. Las instituciones humanas debieran ser moldeadas, no por principios cristianos aceptados por los no-conversos, sino por hombres cristianos; la verdadera transformación de la sociedad vendrá por la influencia de aquellos que han sido redimidos.

Así, el cristianismo difiere del liberalismo en la forma en la que la transformación de la sociedad se concibe. Pero según la creencia cristiana, al igual que según el liberalismo, realmente debe haber una transformación de la sociedad; no es cierto que el evangelista cristiano está interesado en la salvación de individuos sin estar interesado en la salvación de la raza. Y aun antes de que la salvación de toda la sociedad se logre, ya existe una sociedad de quienes han sido salvados. Esta sociedad es la Iglesia. La Iglesia es la respuesta más elevada a las necesidades sociales del hombre.

Y la Iglesia invisible, la congregación de los redimidos, encuentra su expresión en las comuniones de cristianos que constituyen la Iglesia visible hoy. ¿Pero cuál es el problema de la Iglesia visible? ¿Cuál es la razón de su evidente debilidad? Probablemente existen varias causas de debilidad. Pero una causa es totalmente evidente—la Iglesia de hoy ha sido infiel a su Señor al permitir la entrada de grandes grupos de personas no-cristianas, no sólo como miembros, sino también como participantes de los organismos de enseñanza. Sin duda, es inevitable que algunas personas, que no son verdaderamente cristianas, encuentren una forma de entrar a la Iglesia visible; hombres falibles no pueden discernir el corazón, y muchas profesiones de fe que pueden parecer genuinas, pueden ser en realidad falsas. Pero no es este tipo de error al cual nos referiremos. Lo que queremos decir con esto no es la admisión de individuos cuyas confesiones de fe pueden no ser sinceras, sino la admisión de grandes grupos de personas que jamás han hecho una confesión de fe adecuada y cuya actitud hacia el Evangelio es la contraria a la actitud cristiana. Tales personas, más aún, han sido admitidas no solamente a la membresía, sino también al ministerio de la Iglesia, y en gran medida se les ha permitido dominar sus concilios y determinar su enseñanza. La mayor amenaza para la Iglesia cristiana hoy viene, no de los enemigos de afuera, sino de los enemigos de adentro; viene de la

presencia dentro de la Iglesia de un tipo de fe y práctica que es anticristiana hasta la médula.

No estamos tratando aquí con preguntas personales delicadas; no estamos presumiendo decir si acaso tal o cual hombre es cristiano o no. Sólo Dios puede responder tales preguntas; ningún hombre puede decir con seguridad si la actitud de cierto individuo liberal hacia Cristo es de fe salvadora o no. Pero una cosa es totalmente clara—aun cuando no sabemos si los liberales son cristianos, queda perfectamente claro que el liberalismo no es cristianismo. Y siendo ese el caso, es altamente indeseable que el cristianismo y el liberalismo sigan siendo propagados dentro de los límites de la misma organización. Una separación entre los dos grupos en la Iglesia es la necesidad urgente del momento.

Muchos, sin duda, buscan evitar la separación. ¿Por qué, preguntan, no pueden los hermanos vivir en unidad? La Iglesia, se nos dice, tiene espacio tanto para liberales como para conservadores. A los conservadores se les permite quedarse si mantienen los temas insignificantes fuera de la palestra y se ocupan principalmente de "lo más importante de la ley." Y entre las cosas señaladas como "insignificantes" se encuentra la Cruz de Cristo como la verdadera reconciliación vicaria por el pecado.

Tal oscurecimiento del tema avala una estrechez intelectual realmente asombrosa por parte del predicador liberal. La estrechez intelectual no consiste en la devoción firme hacia ciertas convicciones o en el rechazo firme de otras. Pero el hombre con estrechez intelectual es el hombre que rechaza las convicciones del otro sin primero intentar entenderlas, el hombre que no hace esfuerzo alguno por mirar las cosas desde el punto de vista del otro. Por ejemplo, no es ser estrecho de mente si se rechaza la doctrina

católico-romana de que no hay salvación fuera de la Iglesia. No es ser intelectualmente estrecho si se trata de convencer a católicos romanos de que esa doctrina es errada. Pero sería de una gran estrechez intelectual decirle a un católico romano: “Tú puedes seguir sosteniendo tu doctrina respecto de la Iglesia y yo sostendré la mía, pero unámonos en el trabajo cristiano, porque a pesar de tan insignificantes diferencias, estamos de acuerdo respecto de los temas que son importantes para el bienestar del alma.” Por supuesto, este dicho ignoraría lo evidente; el católico romano no podría sostener su doctrina de la Iglesia y al mismo tiempo rechazarla, como se le requiere por el programa de unidad de la iglesia recién sugerido. Un protestante que hablara así sería intelectualmente estrecho, porque independientemente de la pregunta respecto de quién tiene la razón en relación a la Iglesia, él mostraría claramente que no hizo el más mínimo esfuerzo por entender el punto de vista católico romano.

El caso es similar con el programa liberal para la unidad de la Iglesia. Jamás podría ser respaldado por alguien que haya hecho el mínimo esfuerzo por entender el punto de vista de su oponente en la controversia. El predicador liberal dice al ala conservadora de la iglesia: “Unámonos en la misma congregación, ya que claramente las diferencias doctrinales son insignificantes.” Pero es la esencia misma del “conservadurismo” en la Iglesia el considerar las diferencias doctrinales no como insignificantes sino como temas de suprema importancia. Un hombre no puede ser un “evangélico” o “conservador” (o, como él mismo diría, simplemente un cristiano) y considerar la Cruz de Cristo como algo insignificante. El suponer que sí puede, es el extremo de la estrechez intelectual. No es necesariamente “estrecho de mente” rechazar el sacrificio vicario de nuestro Señor como el único medio de salvación. Puede estar muy equivocado al hacerlo (y nosotros creemos que si lo está), pero no es necesariamente intelectualmente estrecho. Pero suponer que un hombre puede seguir firme en el sacrificio

vicario de Cristo y al mismo tiempo menospreciar tal doctrina, suponer que un hombre puede creer que el Hijo eterno de Dios realmente cargó con los pecados del hombre sobre la cruz y al mismo tiempo considerar tal creencia como “insignificante” sin que eso tenga relación con el bienestar de las almas humanas—eso sí que es muy estrecho de mente y muy absurdo. Realmente no llegaremos a ningún lado con en controversia a menos que hagamos un esfuerzo sincero por entender el punto de vista de la otra persona.

Pero hay otra razón por la cual el esfuerzo de hundir las diferencias doctrinales y unir a la Iglesia bajo un programa de servicio cristiano es insatisfactorio. Es insatisfactorio porque, en su forma usual contemporánea, es deshonesto. Sin importar lo que se piense sobre doctrina cristiana, difícilmente puede ser negado que la honestidad sea parte de “lo más importante de la ley.” Sin embargo, el grupo liberal está renunciando a la honestidad al por mayor en muchos organismos eclesiásticos hoy.

Para reconocer este hecho no es necesario tomar una posición respecto de preguntas doctrinales o históricas. Supongamos que sea verdad que la devoción a un credo es un signo de estrechez intelectual e intolerancia; supongamos que la Iglesia debiera estar basada en la devoción por el ideal de Jesús o en el deseo de poner a su Espíritu en funcionamiento en el mundo, y no en una confesión de fe respecto de su obra redentora. Aun cuando todo esto fuera verdad, aun cuando una iglesia fiel al credo fuese algo indeseable, seguiría siendo verdad que de hecho muchas (sin dudas, en espíritu todas) iglesias evangélicas son iglesias fieles al credo, y que si un hombre no acepta su credo, no tiene derecho a ocupar un lugar en su ministerio de enseñanza. El carácter fiel al credo de las iglesias se expresa de forma diferente en los diferentes cuerpos evangélicos, pero el ejemplo de la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América quizás pueda servir como ilustración. Se requiere de todos los dirigentes de la Iglesia

Presbiteriana, incluyendo a los pastores, que al ser ordenados contesten claramente una serie de preguntas que comienza con las dos siguientes:

"¿Crees que las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento son la Palabra de Dios, la única regla infalible de fe y práctica?"

"¿Recibes y adoptas sinceramente la confesión de fe de esta iglesia, como contenedora del sistema de doctrina enseñado en las Santas Escrituras?"

Si estas "preguntas constitucionales" no fijan claramente la base ortodoxa de la Iglesia Presbiteriana, es difícil pensar cómo cualquier lenguaje humano pueda lograrlo. ¡Sin embargo, inmediatamente después de hacer tan solemne declaración, inmediatamente después de declarar que la Confesión de Westminster contiene el sistema de doctrina enseñado en infalibles Escrituras, muchos ministros de la Iglesia Presbiteriana procederán a despreciar esa misma confesión y esa doctrina de infalibilidad de las Escrituras a la que se acaban de suscribir solemnemente!

No estamos hablando de la membresía de la Iglesia, sino del ministerio, y no estamos hablando del hombre que está atribulado por serias dudas y se pregunta si con sus dudas puede continuar honestamente con su membresía en la Iglesia. Para grandes multitudes de estas almas aproblemadas, la Iglesia ofrece abundantemente su compañerismo y su ayuda; sería un crimen echarlos fuera. Hay muchos hombres de poca fe en nuestros tiempos difíciles. No es a ellos a quien nos referimos. ¡Que Dios permita que ellos obtengan consuelo y ayuda a través de los servicios de la Iglesia!

Pero estamos hablando de hombres bien distintos a estos hombres de poca fe—a estos hombres que están atribulados por dudas y que están buscando con gran seriedad la verdad. Los hombres a los cuales nos referimos no están en busca de la membresía en la Iglesia, sino un lugar en el ministerio, y no desean aprender sino enseñar. No son hombres que dicen, “Creo; ayuda mi incredulidad,” sino hombres que se enorgullecen en la posesión de conocimiento de este mundo, y buscan un lugar en el ministerio para poder enseñar lo que es directamente contrario a la confesión de fe a la cual se suscribieron. Para tomar esta decisión se utilizan varias excusas—el acostumbramiento a través del cual las preguntas constitucionales se supone se han convertido en letra muerta, las varias reservas mentales, las varias “interpretaciones” de la declaración (que, por supuesto, significan una completa inversión del significado). Pero estas excusas no pueden cambiar el hecho esencial. Sea deseable o no, la declaración de ordenación es parte de la constitución de la Iglesia. Si un hombre puede someterse a estas reglas puede ser un dirigente en la Iglesia Presbiteriana; si no puede, entonces no tiene ningún derecho de ser uno de los dirigentes en la Iglesia Presbiteriana. Y el caso es, sin dudas, esencialmente similar en otras iglesias evangélicas. Nos guste o no, estas iglesias están fundadas sobre un credo; están organizadas para la propagación de un mensaje. Si un hombre decide combatir ese mensaje en vez de propagarlo, no tiene ningún derecho, sin importar lo falso que el mensaje pueda ser, de lograr una posición ventajosa para combatirlo al hacer una declaración de su fe que—en términos claros—no es verdadera.

Pero si tal forma de actuar está mal, otro modo de acción se encuentra completamente abierto para el hombre que desee propagar “el cristianismo liberal.” Si encuentra que las iglesias “evangélicas” existentes están amarradas a cierto credo que él no acepta, puede unirse a otro organismo existente o fundar un nuevo organismo que le convenga. Existen, por supuesto, ciertas desventajas obvias de tomar tal curso—el

abandono de edificios de iglesia a los cuales uno está sujeto, el rompimiento de tradiciones familiares, el que se hieran los sentimientos de diversas formas. Pero hay una ventaja suprema que supera a todas estas desventajas. Es la ventaja de la honestidad. El camino de la honestidad en este tipo de temas puede ser duro y espinoso, pero puede ser recorrido. Y ya ha sido recorrido—por ejemplo, por la Iglesia Unitaria. La Iglesia Unitaria es honestamente, exactamente el tipo de iglesia que el predicador liberal desea—a saber, una iglesia sin una Biblia autoritativa, sin requerimientos doctrinales y sin un credo.

La honestidad, independientemente de todo lo que pueda ser dicho o hecho, no es una insignificancia, sino parte de lo más importante de la ley. Ciertamente tiene valor en sí misma, un valor bastante independiente de las consecuencias. Pero las consecuencias de la honestidad no serían, bajo el tema en discusión, insatisfactorias; aquí, al igual que en otros casos, la honestidad probablemente probaría ser la mejor política. Al alejarse de las iglesias adheridas a credos—esas iglesias que están fundadas sobre un credo derivado de las Escrituras—el predicador liberal sacrificaría, sin duda, la oportunidad, casi al alcance de su mano, de obtener tal control sobre esas iglesias confesionales como para cambiar su carácter fundamental. El sacrificio de esa oportunidad significaría que la esperanza de volcar los recursos de las iglesias evangélicas a la propagación del liberalismo se acabaría. Pero el liberalismo ciertamente no sufriría al final. Al menos no habría más necesidad de usar un lenguaje equívoco, no más necesidad de evitar ofensas. El predicador liberal obtendría el completo respeto personal incluso de sus oponentes, y todas las sesiones de discusión serían levantadas. Todo sería directo y completamente honesto. Y si el liberalismo está en lo cierto, la mera pérdida de recursos físicos no les impediría hacerse un camino.

A esta altura puede surgir una pregunta. Si debiera haber una separación entre los liberales y los conservadores en la Iglesia, ¿por qué razón no debieran ser los conservadores los que se retiran? Ciertamente eso puede terminar ocurriendo. Si el ala liberal obtiene el control absoluto de los concilios de las iglesias, entonces ningún cristiano evangélico podría seguir apoyando el trabajo de la Iglesia. Si un hombre cree que la salvación del pecado proviene sólo de la muerte reconciliadora de Jesús, entonces no puede apoyar de forma honesta, a través de sus dones y su presencia, una propaganda que tiene la intención de producir la impresión exactamente opuesta. Hacerlo provocaría el peor sentimiento de culpa que se pueda concebir. Si el ala liberal, por lo tanto, realmente obtiene el control de la Iglesia, los cristianos evangélicos deben estar preparados para retirarse sin importar lo que cueste. Nuestro Señor ha muerto por nosotros, y ciertamente no debemos negarlo por tratar de congraciarnos con los hombres. Pero hasta ahora tal situación aún no se ha presentado; las bases sobre el credo siguen estando firmes en las constituciones de iglesias evangélicas. Y hay una razón muy real del porqué no son los "conservadores" quienes debieran retirarse. La razón se encuentra en la confianza que mantienen las iglesias. Esa confianza incluye fondos de confianza del tipo más seguro. Y contrariamente a lo que parece ser la opinión imperante, nos atrevemos a considerar estos fondos como algo sagrado. Los fondos de las iglesias evangélicas están mantenidos bajo una confianza muy segura; están dedicados a los diversos organismos para la propagación del Evangelio como lo presenta la Biblia y las confesiones de fe. Si se consagran a cualquier otro propósito, aun cuando ese otro propósito sea en sí mismo mucho más deseable, sería una violación de la confianza.

Debe ser admitido que la presente situación es anómala.

Los fondos dedicados a la propagación del Evangelio por hombres y mujeres piadosos de previas generaciones o dadas por congregaciones completamente evangélicas hoy, son usados en casi todas las iglesias, en parte, para la propagación de lo que está diametralmente opuesto a la fe evangélica. Ciertamente esta situación no debe continuar; es una ofensa para cualquier hombre considerado y honesto, sea este cristiano o no. Pero al permanecer en las iglesias existentes, los conservadores están en una posición fundamentalmente distinta a los liberales; porque los conservadores están en pleno acuerdo con las constituciones de las iglesias, mientras el grupo liberal se puede mantener sólo a través de una suscripción equívoca a las declaraciones que, en realidad, no cree.

¿Pero cómo se acabará con una situación tan anómala? La mejor forma sería indudablemente el retiro de los pastores liberales de esas iglesias confesionales cuyas confesiones no aceptan, en el claro sentido histórico. Y no hemos abandonado del todo la esperanza de tal solución. Nuestras diferencias con el grupo liberal en la Iglesia son, sin dudas, profundas, pero con respecto a la obligación de un discurso honesto, algún acuerdo seguramente se puede alcanzar. Ciertamente el retiro de los pastores liberales de las iglesias fieles al credo sería un paso grande a favor de la armonía y la cooperación. Nada engendra el conflicto tanto como la unidad forzada, dentro de la misma organización, de aquellos que están en desacuerdo en forma fundamental en cuanto a objetivos.

¿Pero acaso no es el apoyo de tal separación, una instancia flagrante de intolerancia? Esta objeción es elevada comúnmente. Pero ignora totalmente la diferencia entre organizaciones voluntarias y no voluntarias. Las organizaciones involuntarias deben ser tolerantes, pero las organizaciones voluntarias, en cuanto al propósito fundamental de su existencia se refiere, debe ser intolerante o, de otra forma, cesar de existir. El estado es una organización involuntaria; un hombre es obligado a ser miembro de él, incluso si no

lo desea. Es, entonces, una interferencia con la libertad para el estado el recetar un tipo de opinión o un tipo de educación para sus ciudadanos. Pero dentro del estado, ciudadanos individuales que deseen unirse con algún propósito especial, deberían tener el permiso para hacerlo. Especialmente en la esfera de la religión, tal permiso de los individuos a unirse es uno de los derechos que descansa en la base misma de nuestra libertad civil y religiosa. El estado no escudriña lo correcto o incorrecto del propósito religioso por el cual tales asociaciones religiosas voluntarias son formadas—si asumiera tal escudriñamiento toda libertad religiosa se acabaría—sino meramente protege el derecho del individuo de unirse, por cualquier propósito religioso que pueda elegir.

Entre tales asociaciones voluntarias se encuentran las iglesias evangélicas. Una iglesia evangélica se compone de un número de personas que han llegado a acuerdo en cierto mensaje acerca de Jesús y que desean unirse en la propagación de ese mensaje, como lo muestra su credo basado en la Biblia. Nadie está obligado a unirse al cuerpo así formado; y a causa de esta total ausencia de obligación, no puede haber interferencia alguna con la libertad en el mantenimiento tanto de cualquier propósito específico—por ejemplo, la propagación de un mensaje—como del propósito fundamental de la asociación. Si otras personas desean formar una asociación religiosa con un propósito distinto al de la propagación de un mensaje—por ejemplo, el propósito de promover en el mundo, simplemente a través de la exhortación y a través de la inspiración del ejemplo de Jesús, un cierto tipo de vida—están en completa libertad de hacerlo. Pero para una organización que está fundada sobre el propósito fundamental de la propagación de un mensaje, el confiar sus recursos y su nombre a aquellos que están involucrados en combatir el mensaje, esto no es tolerancia sino simple deshonestidad. Sin embargo, es exactamente esta forma de actuar la que es defendida por aquellos que permitirían que la religión no-doctrinal fuera enseñada en el nombre de iglesias doctrinales—iglesias que

son claramente doctrinales tanto en su constitución como en las declaraciones que exigen a cada candidato a la ordenación.

El tema se puede aclarar a través de una ilustración de la vida secular. Supongamos que en una campaña política en Estado Unidos se forma un club democrático con el propósito de ayudar en el avance de la causa del Partido Democrático. Suponga que hay ciertos ciudadanos que se oponen a los principios del club democrático y en oposición desean apoyar al Partido Republicano. ¿Cuál es la forma honesta en la que ellos pueden llevar a cabo su objetivo? Clara y simplemente, es la formación de un club republicano que llevará a cabo una propaganda a favor de los principios republicanos. Pero suponga, que en vez de llevar a cabo este simple modo de acción, los defensores de los principios republicanos concibieran la noción de hacer una declaración de conformidad a los principios democráticos, de esa forma logrando una entrada al club democrático y finalmente transformando sus recursos en una propaganda antidemocrática. Ese plan puede ser ingenioso. Pero, ¿sería honesto? Sin embargo, es exactamente este plan el que es adoptado por los defensores de la religión no-doctrinal que, a través de la suscripción a un credo, logran la entrada al ministerio de enseñanza de iglesias evangélicas o doctrinales. Que nadie se ofenda con la ilustración tomada de la vida diaria. No estamos diciendo siquiera por un instante que la Iglesia no es más que un club político. Pero el hecho de que la Iglesia es más que un club político no significa que en asuntos eclesiásticos exista alguna abolición de los principios simples de honestidad. La Iglesia probablemente es más honesta, pero ciertamente no puede ser menos honesta, que un club político.

Ciertamente el carácter esencial conforme al credo de las iglesias evangélicas está firmemente fijo. Un hombre puede estar en desacuerdo con la Confesión de

Westminster, por ejemplo, pero difícilmente puede obviar lo que significa; al menos, difícilmente puede dejar de comprender el "sistema de doctrina" que se enseña en él. La Confesión, cualquiera sean sus faltas, ciertamente no carece de concreción. Y ciertamente un hombre que solemnemente acepta ese sistema de doctrina como propio no puede, al mismo tiempo, ser defensor de una religión no-doctrinal que considera algo insignificante aquello que es lo esencial y lo central de la Confesión y el centro mismo de la Biblia sobre la cual está basada. El caso es similar en otras iglesias evangélicas. La Iglesia Protestante Episcopal, algunos de cuyos miembros, es cierto, les puede molestar el título distintivo de "evangélico," está claramente fundada sobre un credo, y ese credo, incluyendo el supernaturalismo del Nuevo Testamento y la redención ofrecida por Cristo, es claramente parte del Libro de Oración Común que cada pastor en su propio nombre y en nombre de la congregación, debe leer.

La separación del liberalismo naturalista de las iglesias evangélicas sin duda reduciría el tamaño de las iglesias. Pero los trescientos hombres de Gedeón fueron más poderosos que los treinta y dos mil con los cuales comenzó la marcha contra los madianitas.

Ciertamente la situación presente está llena de extrema debilidad. Los hombres cristianos han sido redimidos del pecado, sin mérito propio, por el sacrificio de Cristo. Pero todo hombre que verdaderamente ha sido redimido del pecado anhela llevar a otros el mismo bendito Evangelio a través del cual él mismo ha sido salvado. La propagación del Evangelio es claramente el gozo y al mismo tiempo el deber de todo hombre cristiano. ¿Pero cómo será propagado el Evangelio? La respuesta natural es que será propagado a través de los organismos de la Iglesia—directiva de misiones y otros similares. Un deber obvio, por lo tanto, que recae sobre el hombre cristiano es de contribuir a los organismos

de la Iglesia. Pero a esta altura crece la perplejidad. El hombre cristiano descubre, para su consternación, que los organismos de la Iglesia no sólo están propagando el Evangelio como se lee en la Biblia y en los credos históricos, sino también un tipo de enseñanza religiosa que es, en cada punto, el opuesto diametral del Evangelio. Naturalmente surge la pregunta si acaso hay razón alguna para contribuir a tales organismos. Por cada dólar contribuido a ellos, probablemente la mitad va en ayuda de los verdaderos misioneros de la Cruz, mientras que la otra mitad va en ayuda de aquellos que están persuadiendo a los hombres de que el mensaje de la Cruz es innecesario o erróneo. Si parte de nuestros aportes serán usados para neutralizar la otra parte, ¿no es acaso completamente absurda la contribución a las directivas misioneras? La pregunta puede al menos ser hecha de forma natural. No debiera ser contestada con apuro de una forma hostil hacia la contribución de directivas misioneras. Quizás es mejor que el Evangelio sea predicado y combatido por el mismo organismo, en vez de que no sea predicado en lo absoluto. De cualquier forma, los verdaderos misioneros de la Cruz, aun cuando las directivas misioneras que los financian resulten ser muy malas, no deben dejarse desatendidos. Pero la situación, desde el punto de vista del evangélico cristiano, es en extremo insatisfactoria. Muchos cristianos buscan aliviar la situación al "designar" sus aportes, en vez de permitir que sean distribuidos por las directivas misioneras. Pero a esta altura uno se encuentra con la centralización de poder que está ocurriendo en la Iglesia moderna. Teniendo en cuenta esta centralización, la designación de aportes a veces se considera ilusoria. Si los aportes son dedicados por los donantes a una misión reconocida como evangélica, eso no siempre aumenta los recursos de esa misión; porque las directivas misioneras simplemente pueden reducir la proporción asignada a esa misión desde los fondos no designados, y el resultado final es exactamente igual al que hubiese habido sin designación alguna del fondo.

La existencia y la necesidad de directivas misioneras y organizaciones similares previenen, en general, una solución obvia para la presente dificultad en la Iglesia—la solución ofrecida a través de la autonomía local de la congregación. Se puede sugerir que cada congregación determine su propia confesión de fe o su propio programa de trabajo. Entonces cada congregación parecería ser responsable sólo de sí misma y parecería estar libre de la odiosa tarea de juzgar a otros. Pero la sugerencia es impracticable. Más allá de la pregunta de si un sistema puramente congregacional de gobierno eclesiástico es deseable en sí mismo, es imposible donde existe interés por los organismos misioneros. Para el apoyo de tales organismos, muchas congregaciones obviamente deben unirse; y surge la pregunta acerca de si las congregaciones evangélicas pueden honestamente apoyar a organismos que se oponen a la fe evangélica.

De cualquier manera, la situación no puede ser mejorada al ignorar los hechos. El hecho claro es que el liberalismo, sea este verdadero o falso, no es una mera "herejía"—no es una mera divergencia en puntos aislados de la enseñanza cristiana. Por el contrario, procede de una raíz completamente distinta y constituye, esencialmente, un sistema unitario en sí mismo. Eso no significa que todos los liberales sostienen todas las partes del sistema, o que cristianos que han sido afectados por la enseñanza liberal en un punto han sido afectados en todos los puntos. Existe a veces una saludable falta de lógica que previene la destrucción de la totalidad de la fe de un hombre cuando ha renunciado a una parte. Pero la verdadera forma en la cual se debe examinar un movimiento espiritual es en cuanto a sus relaciones lógicas; la lógica es la gran dinámica, y las inferencias lógicas de cualquier forma de pensamiento tarde o temprano serán resueltas. Y tomado como un todo, incluso como en realidad existe hoy, el liberalismo naturalista es un fenómeno bastante unitario; está tendiendo más y más a eliminar de sí mismo remanentes ilógicos de la creencia cristiana. Difiere del cristianismo en su visión de Dios, del

hombre, de la autoridad máxima y de la salvación. Y difiere del cristianismo no sólo en teología sino en la totalidad de la vida. Es cierto que a veces se dice que puede existir comunión en sentimientos donde la comunión en pensamiento se ha acabado, una comunión del corazón si se distingue de la comunión de la cabeza. Pero respecto de la presente controversia, tal distinción ciertamente no aplica. Por el contrario, al leer los libros y escuchar los sermones de profesores liberales recientes—tan relajados respecto del problema del pecado, tan carentes de toda compasión por una humanidad llena de culpa, tan propensos a abusar y ridiculizar las cosas más atesoradas por el corazón de todo hombre cristiano—uno sólo puede confesar que si el liberalismo regresa a la comunión cristiana, debe haber un cambio completo de corazón, tanto como un cambio de mente. ¡Que Dios permita que este tipo de cambio de corazón pueda llegar! Pero mientras tanto, la presente situación no debe ser ignorada sino enfrentada. El cristianismo está siendo atacado desde adentro por un movimiento que es anticristiano hasta la médula.

¿Cuál es el deber de los hombres cristianos frente a estos tiempos? ¿Cuál es el deber, en particular, de los dirigentes cristianos en la Iglesia?

En primer lugar, deben animar a aquellos que se están ocupando de la lucha intelectual y espiritual. No deben decir, en el sentido en el que algunos laicos lo dicen, que se debe dedicar más tiempo a la propagación del cristianismo y menos a la defensa del cristianismo. Ciertamente debe haber propagación del cristianismo. Los creyentes ciertamente no deben contentarse con rechazar ataques, sino que también deberían desplegar, de forma ordenada y positiva, las completas riquezas de Evangelio.

Pero quieren decir mucho más que eso los que llaman a menos defensa y más propagación. Lo que realmente pretenden es la desincentivación de la completa defensa

intelectual de la fe. Y sus palabras llegan como un golpe en el rostro para aquellos que están peleando la gran batalla. De hecho, no menos tiempo, sino más tiempo debiera ser dedicado a la defensa del Evangelio. En efecto, la verdad no puede ser establecida claramente sin ser contrastada con el error. Así, gran parte del Nuevo Testamento es polémico; el anuncio de la verdad evangélica fue ocasionado por los errores que habían surgido en las iglesias. Así será siempre, como consecuencia de las leyes fundamentales de la mente humana. Más aún, la presente crisis debe ser tomada en cuenta. Puede haber existido un día cuando podía haber propagación del cristianismo sin defensa. Pero, como sea, ese día ya pasó. En el presente, cuando los oponentes del Evangelio están casi al control de nuestras iglesias, la más pequeña elusión a la defensa del Evangelio es simplemente una completa deslealtad al Señor. Ha habido grandes crisis previas en la historia de la Iglesia, crisis casi comparables a esta. Una apareció en el siglo dos, cuando la vida misma del mundo cristiano fue amenazada por los gnósticos. Otra vino en la Edad Media cuando el Evangelio de la gracia de Dios pareció haberse olvidado. En tales tiempos de crisis, Dios siempre ha salvado a la Iglesia. Pero siempre la ha salvado, no a través de pacifistas teológicos, sino a través de fuertes contendientes de la verdad.

En segundo lugar, los dirigentes cristianos en la Iglesia debieran realizar su labor al tomar decisiones sobre las calificaciones de los candidatos para el ministerio. La pregunta "¿A favor de Cristo o contra Él?" constantemente aparece en la examinación de los candidatos a la ordenación. Usualmente hay intentos por oscurecer el tema. Normalmente se dice: "El candidato sin duda se moverá en dirección a la verdad; que ahora se le permita salir tanto a aprender como a predicar." Y así otro oponente al Evangelio entra en los concilios de la Iglesia y otro falso profeta surge para animar a los pecadores a aproximarse al trono del juicio de Dios vestido en los trapos miserables de su propia justicia. Tal acción no es realmente "amable" hacia el candidato mismo. Nunca es

amable el animar a un hombre a entrar a una vida de deshonestidad. Regularmente parece olvidarse que las iglesias evangélicas son organizaciones puramente voluntarias; no se le requiere a nadie el entrar a su servicio. Si un hombre no puede aceptar las creencias de tales iglesias, hay otros cuerpos eclesiásticos en los que puede encontrar un lugar. La creencia de la Iglesia Presbiteriana, por ejemplo, es claramente presentada en la Confesión de Fe y la Iglesia jamás proveerá la calidez de la comunión o se dedicará con real vigor alguno a su trabajo hasta que sus pastores estén de acuerdo de todo corazón con esa creencia. Es extraño cómo, para lograr una amabilidad totalmente falsa para con los hombres, los cristianos a veces están dispuestos a renunciar a su lealtad hacia el Dios crucificado.

En tercer lugar, los dirigentes cristianos en la Iglesia debieran mostrar su lealtad a Cristo en su capacidad como miembros de las congregaciones individuales. El asunto normalmente aparece en conexión con la elección de un pastor. Tal o tal hombre, se dice, es un predicador brillante. Pero, ¿cuál es el contenido de su predicación? ¿Está su predicación llena del Evangelio de Cristo? La respuesta es a menudo evasiva. El predicador en cuestión, se dice, es de buena reputación en la iglesia, y jamás ha negado las doctrinas o la gracia. Por lo tanto, se insta a que sea llamado al pastorado. Pero, ¿quedaremos satisfechos con tales garantías negativas? ¿Quedaremos satisfechos con predicadores que meramente "no niegan" la Cruz de Cristo? ¡Que Dios permita que tal satisfacción sea destrozada! La gente está pereciendo bajo el ministerio de aquellos que "no niegan" la Cruz de Cristo. De seguro se necesita algo más que eso. ¡Envíanos, Dios, pastores que, en vez de meramente evitar la negación de la Cruz, sean apasionados por la Cruz, cuya vida entera sea un sacrifico encendido de gratitud hacia el bendito Salvador que los amó y se dio a Sí mismo por ellos!

En cuarto lugar—lo más importante de todo—debe haber una renovación de la educación cristiana. El rechazo al cristianismo se debe a varias causas. Pero una causa muy potente es simple ignorancia. En incontables casos, el cristianismo es rechazado porque los hombres simplemente no tienen la más mínima noción de qué es el cristianismo. Un hecho destacado de la historia reciente del cristianismo es el horrible crecimiento de la ignorancia en la Iglesia. Varias causas, sin duda, pueden ser asignadas a este lamentable desarrollo. El desarrollo se debe en parte al deterioro general de la educación—al menos en lo que respecta a la Historia y la literatura. Los colegios de hoy están siendo minados con la absurda noción de que la educación debiera seguir el camino más fácil, y de que algo puede ser "extraído" de la mente antes de que algo sea ingresado a ella. También están siendo minadas por un énfasis exagerado en la metodología en desmedro del contenido, y en lo que es materialmente útil en desmedro de la elevada herencia espiritual del ser humano. Estas lamentables tendencias, más aún, están en riesgo de ser hechas permanentes a través de la extensión siniestra de control por parte del Estado. Pero algo más que el deterioro general de la educación se necesita para dar cuenta del especial crecimiento de la ignorancia en la Iglesia. El crecimiento de la ignorancia en la Iglesia es el resultado lógico e inevitable de la noción falsa de que el cristianismo es una vida pero no es, al mismo tiempo, una doctrina; si el cristianismo no es una doctrina entonces, por cierto, la enseñanza no es necesaria para el cristianismo. Pero sean cuales sean las causas del crecimiento de la ignorancia en la Iglesia, la maldad debe ser corregida. Debe ser corregida primeramente a través de la renovación de la educación cristiana en la familia, pero también a través del uso de cualquier otra agencia educacional que la Iglesia pueda encontrar. La educación cristiana es la ocupación primordial del momento para todo hombre cristiano serio. El cristianismo no puede subsistir a menos que los hombres sepan lo que es el cristianismo; y la cuestión justa y lógica es aprender qué es el cristianismo, no a través de los oponentes, sino de aquellos

que son cristianos. El método de procedimiento sería el único método justo en el caso de cualquier movimiento. Pero es aun más importante en el caso de un movimiento como el cristianismo que ha sentado las bases de todo lo que consideramos como lo más importante. Los hombres tienen oportunidades abundantes hoy para aprender lo que puede ser dicho en contra el cristianismo, y es justo que también puedan aprender algo respecto de la materia que está siendo atacada.

Tales medidas se necesitan hoy. El presente no es un tiempo para el relajo o el placer, sino para un trabajo ferviente y un trabajo en oración. Una terrible crisis indudablemente ha aparecido en la Iglesia. En el ministerio de las iglesias evangélicas se encuentran multitudes de aquellos que rechazan el Evangelio de Cristo. A través del uso equívoco de frases tradicionales, a través de la representación de diferencias de opinión como si sólo fueran diferencias respecto de la interpretación de la Biblia, la entrada a la Iglesia se asegura a aquellos que son hostiles hacia los mismos fundamentos de la fe.

Y ahora hay algunas indicaciones de que la mentira de la conformidad con el pasado debe ser quitada, y que al verdadero significado de lo que ha estado ocurriendo se le debe permitir la entrada. La Iglesia, se supone aparentemente, ha sido educada casi hasta el punto en donde los grilletes de la Biblia pueden ser abiertamente desechados y la doctrina de la Cruz de Cristo puede ser relegada al limbo de las sutilezas descartadas.

Sin embargo, en la vida cristiana no hay espacio para la desesperación. Nuestra esperanza no debiera estar fundada sobre la arena. Debiera estar fundada, no sobre una ciega ignorancia del peligro, sino exclusivamente sobre las preciosas promesas de Dios. Los laicos, al igual que los pastores, deberían volver, en estos días de prueba, con una nueva actitud ferviente, al estudio de la Palabra de Dios.

Si la Palabra de Dios es atendida, la batalla cristiana será luchada tanto con amor como con fidelidad. Las pasiones partidarias y las animosidades personales serán sacadas del camino, pero por otro lado, aun los ángeles del cielo serán rechazados si predicasen un evangelio diferente al bendito evangelio de la Cruz. Cada hombre debe decidir de qué lado se parará. ¡Dios permita que decidamos de manera apropiada!

No podemos saber lo que el futuro inmediato pueda traer. El resultado final sin dudas es claro. Dios no ha abandonado a su Iglesia; la ha guiado a través de tiempos aun más oscuros que aquellos que ponen a prueba nuestro coraje ahora; y sin embargo, la hora más oscura siempre ha llegado antes del amanecer. Tenemos hoy la entrada del paganismo a la Iglesia en el nombre del cristianismo. Pero en el siglo dos, una batalla similar fue luchada y ganada. Desde otro punto de vista, el liberalismo moderno es como el legalismo de la Edad Media, con su dependencia en los méritos del hombre. Y otra Reforma vendrá en los tiempos que Dios estime conveniente.

Pero mientras tanto, nuestras almas están cansadas. Sólo podemos intentar hacer nuestra labor con humildad y en dependencia exclusiva del Salvador que nos compró con su sangre. El futuro está en las manos de Dios, y no sabemos los medios que usará para cumplir Su voluntad. Puede ser que las iglesias evangélicas de hoy se enfrenten a los hechos, y recuperen su integridad mientras aún haya tiempo. Si esa solución es adoptada, entonces no hay tiempo que perder, ya que las fuerzas que se oponen al Evangelio están ya casi al control. Es posible que las iglesias existentes sean entregadas completamente al naturalismo, para que los hombres puedan ver entonces que las necesidades fundamentales del alma son satisfechas, no adentro, sino afuera de las iglesias existentes, y que así nuevos grupos cristianos puedan ser formados.

Pero sea cual sea la solución, una cosa es clara. En algún lado debe haber grupos de hombres y mujeres redimidos que puedan congregarse humildemente en el nombre de Cristo, para darle gracias por Su indescriptible regalo y para adorar al Padre a través de Jesús. Tales grupos pueden satisfacer las necesidades del alma. En la actualidad, hay un anhelo del corazón humano que es a menudo olvidado—es el profundo y sufrido anhelo del cristiano de compañerismo con sus hermanos. Uno escucha mucho, es cierto, acerca de la unión, armonía y cooperación cristiana. Pero la unión a la que se refieren, es a menudo una unión con el mundo y contra el Señor, o, en el mejor de los casos, una unión forzada de comités de maquinación y tiranía. ¡Cuán diferente es la verdadera unidad del Espíritu en el vínculo de paz! A veces, es cierto, el anhelo de compañerismo cristiano es satisfecho. Hay congregaciones, aun en la etapa de conflicto actual, que realmente se encuentran congregadas alrededor de la mesa del Señor; hay pastores que son pastores realmente. Pero tales congregaciones, en muchas ciudades, son difíciles de encontrar.

Cansado con los conflictos del mundo, uno entra a la Iglesia, en busca de refresco para el alma. ¿Y con qué se encuentra uno? Por desgracia, muy a menudo, uno encuentra sólo la confusión del mundo. El predicador surge, no de algún lugar secreto de meditación y poder, no con la autoridad de la Palabra de Dios impregnando su mensaje, no con la sabiduría humana empujada bien al fondo para dar paso a la gloria de la Cruz, sino con opiniones humanas acerca de los problemas sociales del momento o soluciones fáciles al problema global del pecado. Tal es el sermón. Y luego quizás el servicio es concluido con uno de esos himnos que expresan las furiosas pasiones de 1861, que son encontradas en la parte de atrás de los himnarios. Así las disputas del mundo han entrado incluso a la casa de Dios. Y triste, sin duda, es el corazón del hombre que ha llegado en busca de paz.

¿Acaso no hay refugio de las disputas? ¿No hay un lugar de refresco en donde un hombre puede alistarse para la batalla de la vida? ¿No hay un lugar en donde dos o tres pueden congregarse en el nombre de Jesús, para olvidar por un momento todas esas cosas que dividen a las naciones y las razas, para olvidar el orgullo humano, para olvidar las pasiones de la guerra, para olvidar los desconcertantes problemas de las disputas industriales y para unirse en gratitud rebosante a los pies de la Cruz? Si existiese tal lugar, entonces esa es la casa de Dios y la puerta del cielo. Y debajo del umbral de esa casa correrá un río que revivirá al mundo cansado.

GLOSARIO (número de páginas varía según el formato de publicación)

I. NOMBRES Y TEMAS